

Solo tres citas

...y una mentira

*Victoria
Vilchez*



Solo tres citas

...y una mentira

Solo tres citas

...y una mentira

Victoria
Vilchez

TITANIA

Argentina • Chile • Colombia • España

Estados Unidos • México • Perú • Uruguay

1ª. edición Febrero 2020

Reservados todos los derechos. Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo público.

Copyright © 2020 *by* Victoria Vilchez

All Rights Reserved

© 2020 *by* Ediciones Urano, S.A.U.

Plaza de los Reyes Magos, 8, piso 1.º C y D – 28007 Madrid

www.titania.org

atencion@titania.org

ISBN: 978-84-17780-66-1

Fotocomposición: Ediciones Urano, S.A.U.

Al amor, al de verdad, imperfecto pero real.

Prólogo

Cuenta la leyenda que originalmente los humanos poseían cuatro piernas, cuatro brazos, dos rostros y una sola cabeza, y en ellos convivían el sexo femenino y masculino; pero Zeus, sintiéndose amenazado por la fortaleza de estos seres, les lanzó un rayo y los dividió en dos, condenándolos a vivir sin su mitad y a vagar en busca de ella para estar completos.

Podría llegar a sonar romántico si no fuera porque, como veréis, mi mejor amiga se había tomado dicha leyenda como una especie de credo y parecía empeñada en que yo también formase parte de su secta.

Por cierto, soy Nadia, una mujer independiente, extrovertida, algo friki y con bastante carácter. Y no, contrariamente a lo que pensaba mi amiga, no quería encontrar al hombre de mi vida.

Y sí, ya sé lo que estáis pensando: que esta es la historia de cómo termino tragándome mis propias palabras...

1

—No, Julia, no voy a dejar que me prepares ni una sola cita a ciegas más.

Julia, mi mejor amiga y vecina, vivía a tres puertas de mí. Era más alta, más guapa y más delgada que yo. También estaba loca, aunque en ese detalle nos parecíamos bastante y no sabría decir a quién de las dos se le ocurrían las ideas más disparatadas. El caso era que, desde que había encontrado al «amor de su vida» un par años atrás, su afán se concentraba en que yo también lo hiciera.

Al principio me lo había tomado como un juego, una más de nuestras locuras de las que luego nos reíamos frente a una taza de café y una porción de tarta. Pero con el tiempo la cosa había empezado a salirse de madre y había comenzado a encontrarme a tíos solteros hasta en la puerta de casa. Esa condición —la de la soltería— no siempre se cumplía, no creáis. Así que allí estaba yo, armada de paciencia, tratando de explicarle a mi amiga que aquello tenía que acabarse.

—En algún momento darás con el adecuado —replicó, como si enamorarse fuera cuestión de acertar con la talla de los pantalones; cosa harto difícil hoy día, por cierto.

Hacía tiempo que me había reconciliado con mis curvas y con mi cuerpo en general. También con mi pelo, de un pelirrojo muy llamativo que me había valido más de un mote en el colegio, pero que ahora consideraba uno de mis puntos fuertes. Ya me lo había dicho mi madre por aquel entonces —qué poco caso le hacemos a nuestros progenitores y cuánta sabiduría acumulan—. Solía argumentar que el color que en ese momento tanto me disgustaba sería la envidia de otras mujeres más adelante. No sabía si provocaba envidia o no, pero a mí me encantaba.

Ese día lo llevaba recogido en una larga trenza que caía sobre mi hombro izquierdo y me llegaba por debajo del pecho. No quería ver unas tijeras ni en pintura, y las pocas veces que acudía a la peluquería entraba por la puerta repitiendo la cantinela de «solo las puntas, por favor».

Mi falta de interés a la hora de encontrar pareja no tenía nada que ver con mi aspecto ni con algún que otro kilito de más, tampoco era tímida ni me costaba entablar una conversación. Lo único que me pasaba era que no me apetecía. Gozaba de total libertad, entraba y salía de mi casa —pequeña, pero solo mía— cuando me daba la gana, y hacía lo que quería y cuando quería. Resumiendo: no necesitaba a un hombre para sentirme realizada ni para encontrarle sentido a mi vida.

—Solo una más, por favor —suplicó Julia.

Sí, a las súplicas habíamos llegado, pero me mantuve firme.

—No.

Sabía que su intención era buena, pero había entrado en un bucle destructivo.

—Prometo que me esforzaré al máximo para elegirlo.

—¿Quiere decir eso que hasta ahora no lo has hecho?

Me dio un empujoncito en el hombro y a punto estuve de devolvérselo, pero con un poco más de entusiasmo. Me contuve por muy poco. En realidad, reprimí el instinto asesino solo porque Julia era la mejor amiga que se podía tener. Muy pesada, eso sí. Había estado a mi lado en mis peores momentos y eso era algo que no olvidaría nunca.

—Uno, solo uno —repitió, alzando el dedo índice frente a mi rostro.

Yo hice lo mismo, pero con el dedo corazón.

—¿Te vale este?

Nos reímos juntas; si algo solíamos hacer, era eso, reír como desquiciadas.

—Está bien, hagamos un trato.

—Los tratos suelen ser acuerdos ventajosos para ambas partes y los que hago contigo siempre terminan metiéndome en alguna situación rocambolesca.

Resopló, pero continuó erre que erre. Señor... ¡Bendita cabezonería!

—Una última cita con el tipo que yo elija. Si sale mal, no volveré a mencionar el asunto ni me meteré más en tu vida amorosa.

Cualquiera con dos dedos de frente se hubiera negado, pero yo solía ser un poco kamikaze y, durante un momento, la posibilidad de que Julia desistiera de sus intentos de celestina fue un reclamo poderoso. Si algo tenía mi amiga, era palabra; siempre mantenía sus promesas. Si tragaba una vez más, me dejaría tranquila.

—No puedo creer que estés negociando con mis sentimientos —lloriqueé para ablandarla.

No funcionó.

—Tengo algunas condiciones que debes cumplir.

—Ya decía yo que era muy bueno para ser verdad.

Ignoró mi sarcasmo.

—Tienes que tratarlo bien y darle una oportunidad real. No me vale que saques tu mala leche para espantarlo —comenzó a enumerar—. Tendréis tres citas... tres. Cualquiera puede tener un mal día. Tú misma, por ejemplo —señaló, mostrándome una espléndida sonrisa—. Si después de tres citas no quieres saber nada de él, eres libre de plantarlo y yo colgaré las alas.

—¿Qué alas?

—Las de Cupido —repuso, agitando las pestañas con expresión risueña.

Ahora fui yo la que resoplé.

—¿Te das cuenta de que no vas a encontrar a un tipo al que no le importe que me dé atracones de Netflix algunos fines de semana? —inquirí, por oponer algo de resistencia.

—Pan comido.

Arqueeé las cejas. Desconfiaba de ella, mucho, pero no se dio por aludida. Miró el reloj. Nuestros desayunos se alargaban cada vez más.

—Me lo pensaré —repuse, mientras ella comenzaba a recoger la mesa.

—Aceptarás —sentenció—. ¿Alguna petición?

Me reí por lo bajo porque me lo había puesto demasiado fácil.

—Ya que estamos pidiendo... Una buena manguera será bienvenida.

Estallamos en carcajadas al mismo tiempo.

2

Durante los siguientes días, Julia no mencionó más nuestro presunto acuerdo, y digo «presunto» porque yo no estaba aún muy segura de querer aceptarlo. Pero no era tan ilusa como para pensar que iba a dejarlo correr. La conocía demasiado bien para saber que debía estar tramando algo muy muy gordo. Era como la versión rubia de Maquiavelo.

Mis sospechas se materializaron en la puerta de mi casa justo una semana después de aquel fatídico desayuno. Tocaron al timbre y, al abrir, me encontré a un tiarrón de metro ochenta que parecía haberse escapado de una agencia de tíos buenos a domicilio, si es que eso existía.

Fruncí el ceño, valorando la posibilidad de que a Julia le hubiera dado por contratar un *stripper* para tomarme el pelo, no sería la primera vez...

El tío sonrió y me mostró una sonrisa luminosa. Mi mirada fue de sus labios a la cesta de Navidad que cargaba con ambas manos. En cuanto me percaté de ese detalle, se me ocurrió que tal vez aquello no fuera cosa de Julia, sino de Pedro, mi jefe, que a decir verdad ese año se había «olvidado» del aguinaldo. Pero el tipo, con sus dientes de anuncio y sus profundos ojos azules, me tendió la cesta y dio al traste con la posibilidad de que mi jefe se hubiera repuesto de su ataque de tacañería.

—Me envía Julia —aseguró, tosiendo previamente para aclararse la garganta.

Gracias a su turbación fui consciente de la escasez de mi atuendo y bajé la vista para comprobar que, efectivamente, tan solo llevaba un pantaloncito corto con palmeras y tucanes que había pillado de oferta ese verano y que empleaba para dormir. Al menos en la parte superior lucía una camiseta que tapaba lo necesario. Pero, sin duda, mis muslos estaban expuestos orgullosos y sin complejos. Algo de lo que también era consciente aquel tío, porque, al levantar la mirada, lo pillé observándolos con descaro.

Fui yo la que tosí entonces para atraer su atención y, cuando la tuve, descubrí que ¡se estaba ruborizando! Aquello seguro que era una broma de Julia. Me jugaba el bollito de Nutella del desayuno.

—Te envía Julia —repetí, cruzándome de brazos y apoyándome en el marco de la puerta sin rastro alguno de vergüenza.

Él asintió, con aquella cesta repleta de turrónes y mazapanes aún entre las manos, y yo me dediqué a imaginar cómo lo habría engañado mi amiga para que me la trajera a casa.

—Y eso es para mí, supongo.

Otro asentimiento. Cualquiera diría que un hombre con semejante planta sería un poco más hablador.

—Pues gracias —le dije, y me hice por fin con la cesta.

Acto seguido, le cerré la puerta en las narices.

En mi defensa diré que aún no me había tomado el primer café de la mañana y que sentí remordimientos de inmediato. Ni siquiera había aceptado ser parte de aquella locura y Julia ya se había venido arriba, cesta navideña incluida. Aunque eso último era un detalle, la verdad.

Valoré la idea de que, al abrir la puerta de nuevo, ya se hubiera marchado. Podría decirle a Julia que carecía de sentido del humor y que por ahí yo sí que no pasaba. Sin embargo, lo encontré allí plantado. Su sonrisa era algo más insegura y me dio un poco de pena que hubiera sido víctima de mis salidas de tono.

—Ya me advirtió Julia que tenías un carácter un poco... peculiar —comentó, y mi ceja izquierda se elevó interrogante.

Ya hablaría con mi amiga acerca de sus descripciones sobre mí. Por lo pronto, sentía algo de insana curiosidad.

—Julia a veces no sabe lo que dice ni lo que hace —señalé, porque aquel tipo no podía conocer demasiado bien a mi amiga si se había dejado embaucar por ella. Aunque, pensándolo bien, yo también lo había hecho.

—¿Puedo pasar? —inquirió, y su imagen de chico tímido se fue al traste.

Mi sequía sexual no duraba tanto como para no saber cómo iba aquello. Yo lo dejaba entrar... Ji, ji... Ja, ja... «Tómame algo»; te arranco la ropa y tú me la arrancas a mí —a veces ni eso—. Y acabas dándote un revolcón desenfrenado. Sexo del bueno en el mejor de los casos, lo cual, por desgracia, no se daba siempre. Luego llegaba el momento incómodo en el que no sabías muy bien qué hacer a continuación.

No era que tuviera la certeza de que él deseara llevarme a la cama, pero, siendo cosa de Julia, había un ochenta por ciento de posibilidades de que así fuera, un ochenta y cinco tal vez. Mi amiga tenía una especie de radar para citarme con tipos sedientos de sexo.

—No. No es un buen momento —expliqué, suavizando mi negativa inicial, pero eso no pareció desalentarlo.

—¿Podríamos quedar entonces otro día para un café? Si te apetece, claro.

La última parte me dio a entender que él también trataba de normalizar la situación. No sé si porque Julia le habría dicho que todo aquel experimento era algo así como una última oportunidad para mí o directamente que yo era una causa perdida.

—Voy a estar ocupada durante el fin de semana. Maratón de Netflix —aclaré sin pudor.

Me encantaba salir con Julia a cenar, a dar un paseo o a dejarnos la piel en cualquier garito en el que pusieran buena música y pudiéramos demostrar nuestra destreza en lo que al baile se refiere. Sin embargo, quedarse en casa, meterse bajo una manta y perder la noción del tiempo devorando un capítulo tras otro de cualquier serie estaba a otro nivel, sobre todo en invierno, cuando las temperaturas nocturnas de Madrid rondaban los cero grados. En esas noches, salir de fiesta estaba sobrevalorado.

—¿*Stranger things*?

—Voy al día —repliqué, comprendiendo lo que preguntaba—. *Vikingos*. La estoy viendo entera de nuevo.

El tipo me miró con renovado respeto.

—Oh, joder, es de mis preferidas.

¿Más casualidades? No lo creo. ¡Por Dios! ¡Seguro que Julia le había dado instrucciones! Me planteé de nuevo si no sería un profesional, uno de esos chicos de compañía. Mi mejor amiga no tenía límites. Igual creía que, si dejaba en manos expertas lo de hacerme pasar un buen rato, yo no le haría cumplir su parte del trato.

—Sí, venga ya —repuse, poco dispuesta a tragarme su historia.

—¿Bromeas? Tercera temporada. La escena de la iglesia en París —terció él, evidentemente animado—. Fue épica.

Bueno, al menos sí que había visto la serie. Esa era también una de las escenas que más me habían gustado a mí. No obstante, continuaba sin fiarme. Las jugarretas de Julia sí que eran épicas.

—Me pensaré lo del café —cedí finalmente, porque antes quería hablar con mi amiga.

—¿Esta tarde te va bien?

Titubeé. Diciembre era un mes mortal cuando trabajabas de contable, aunque enero no sería mucho mejor.

—Lo más probable es que llegue tarde.

—Una cena entonces. ¿Te va bien a las nueve?

Me dedicó otra de esas sonrisas brillantes.

—Mejor a las diez —lo corregí por inercia. Empezaba a creer que estaba perdiendo el control de la situación.

—A las diez entonces.

Sin añadir nada más, dio media vuelta y se alejó en dirección a las escaleras. Aproveché para darle un repaso similar al que él me había dado a mí, salvo por la parte en que se ruborizaba, a mí me quedaba lejos la época en la que mis mejillas enrojecían. El tipo tenía la espalda ancha y musculosa. Estaba segura de que era de los que se machacaban en el gimnasio día tras día, porque su trasero parecía igual de fibroso y también respingón, justo como me gustaban.

No, el enviado de Julia no estaba nada nada mal.

3

Tras perderlo de vista, fui directa a aporrear la puerta de mi vecina. Con suerte, aún no se habría marchado a trabajar. La puerta se abrió y, tras ella, apareció Julia. Se había quitado el pijama, pero todavía llevaba puestas las pantuflas de unicornio que le regalé por su cumpleaños, a juego con las mías, y le faltaba un pendiente.

—Te parecerá bonito —le espeté, tan pronto como puse un pie en el interior de su apartamento.

—Precioso —replicó, metiéndose en el dormitorio. La seguí—. ¿Puedo saber exactamente de qué estamos hablando?

Se descalzó y se sentó en la cama para, acto seguido, subirse a unos taconazos impresionantes.

—Hablo de...

Me quedé en blanco. Había quedado con un hombre para cenar y no tenía ni idea de cómo se llamaba. ¿En qué demonios estaba pensando para dejarme liar de esa manera?

—¿Has tomado ya café? No te veo muy lúcida.

—Ja, ja —fingí reír—. Hablo de la cesta de Navidad y del *mensajero* que me has enviado con ella.

—¿A que está macizo? Pero macizo nivel empotrable, no simplemente buenorro a secas.

—No creo que necesitemos hablar ahora mismo de tu escala de tíos buenos, pero sí, diría que alcanza esa categoría.

Y tanto que la alcanzaba, pero no iba a darle más cuerda, que Julia era de las que, en vez de ahorcarse sola, te arrastraba con ella.

La seguí hasta el salón, donde se puso a buscar solo Dios sabe qué. Empezaba a tener complejo de perrito faldero.

—Me falta un pendiente, ¿verdad? —preguntó, llevándose las manos a las orejas—. ¿Dónde lo habré metido?

—¿Vas a contarme qué le has dicho? —inquirí, obviando el tema de sus complementos y su desprecio por el orden. La mayoría de los días, o bien no sabía dónde había aparcado el coche, o bien no tenía ni idea de dónde había dejado las llaves.

—¿A quién? ¿A Raúl? —Al menos ya sabía cómo se llamaba mi cita. Julia echó un vistazo rápido a la pantalla de su móvil antes de meterlo en el bolso—. Al grano que llego tarde.

—Tú siempre llegas tarde. Es una especie de superpoder que tienes. No logro entender cómo lo haces para retrasarte incluso cuando sales de casa con tiempo suficiente.

—No me lo recuerdes. Borja me amenazó con despedirme la última vez.

—¿Y eso fue...?

—Ayer —confesó con ese dramatismo tan suyo, y no pude evitar reírme.

Tras dar varias vueltas sobre sí misma optó por quitarse el pendiente que llevaba puesto y lo dejó sobre la mesita de centro que hacía las veces también de mesa de comedor. Decidí darle una tregua, no fuera que acabaran por ponerla de patitas en la calle por mi culpa.

—Llámame a la hora de comer —le advertí, mientras salíamos al descansillo—. Tenemos que hablar de Raúl. —Realizó un movimiento de cejas insinuante en cuanto lo mencioné—. ¡No te olvides!

No solo no me llamó al mediodía, sino que dejó en visto los mensajes que le envié a lo largo de la tarde. En eso también nos parecíamos; o bien contestaba a los dos segundos, o tardaba tres días, no había término medio para mí.

Tampoco fue que tuviera demasiado tiempo para andar cruzando mensajes o audios con ella. Pasé toda la jornada laboral encerrada en mi despacho de jefa del departamento de contabilidad. Mi cargo resultaría mucho más atractivo de no ser porque yo era la única que formaba parte de ese departamento. No había nadie a quien pedirle ayuda con el cierre del año o con el que pudiera lamentarme. Sepultada entre la multitud de facturas que generaba la empresa de *catering* para la que trabajaba, las horas pasaron volando. No regresé a casa hasta las nueve y media de la noche, lo que me dejaba treinta minutos escasos para prepararme.

Me resigné a no tener noticias de Julia y comencé a arreglarme. Tras un día repleto de números y balances, salir a cenar para despejarme sonaba realmente bien. No había motivo para no disfrutar de aquella cita extraña.

Raúl llamó a mi puerta a las diez en punto, sorprendiéndome; no por su puntualidad, sino por el hecho de que no hubiese tocado para que le abriera el portal.

—¡Enseguida voy! —grité.

Me eché unas gotas de perfume y me planté frente al espejo de cuerpo entero de mi dormitorio para darle un último repaso a mi aspecto. No conocía cuáles eran los planes y, con mi suerte, acabaría como aquella vez que un tipo me llevó al McDonald's y ni siquiera nos bajamos porque pidió la cena desde el coche. Aun así, había elegido un bonito vestido de punto y unas botas de tacón que me llegaban por debajo de la rodilla. El pelo lo llevaba suelto, formando ondas que caían sobre mi espalda y los hombros.

Dejé el abrigo en el salón y acudí a abrir la puerta.

—Vaya... Estás preciosa.

Agradecí el halago con una sonrisa. Había que concederle que sabía saludar, de eso no había duda. Sus ojos chispearon, juguetones, y mi sonrisa se amplió sin que fuera muy consciente de ello. Su atuendo consistía en un jersey negro que le sentaba como un guante y unos vaqueros del mismo color. De su brazo colgaba un abrigo y de sus labios una media sonrisa.

—¿Estás lista?

No lo estaba; pero, a pesar de que la cita no dejaba de ser una artimaña para librarme de las maquinaciones de Julia, aquel hombre empezaba a suscitar mi interés.

4

Ni nos acercamos al McDonald's. Raúl había reservado mesa en un pequeño pero coqueto restaurante del centro de Madrid. Durante el trayecto en taxi charlamos sobre cosas de escasa importancia, ya sabéis: el tiempo, el tráfico de la ciudad... También me preguntó por mi trabajo y, aunque no fuera el tema de conversación más interesante del mundo, le relaté a grandes rasgos mi labor en la empresa de *catering*.

El ambiente del restaurante era bastante animado para tratarse de un día entre semana. Nos acomodaron en una mesa en uno de los laterales del local y, mientras ojeábamos la carta, nos sirvieron una copa de vino tinto que el camarero nos recomendó.

—Bueno, y tú ¿a qué te dedicas?

Le di un sorbo a mi bebida. No puedo negar que una parte de mí esperaba que confesara que era chico de compañía o algo por el estilo.

—Soy bombero.

Mi boca expulsó el vino que no había llegado a tragar como si de un aspersor se tratase, incluso creo que parte del líquido también salió por mi nariz, y nos regó a él, a mí y todo lo que había en medio. Platos, cubiertos... no hubo objeto que se salvara.

Apenas atiné a tomar la servilleta y taparme la boca, aunque el mal ya estaba hecho.

«Que tenga una buena manguera», recordé.

Lo de Julia empezaba a ser preocupante. Bien pensado, comenzaba a creer que había alleccionado a aquel pobre tipo para que fuera exactamente como yo lo había descrito.

—Lo siento —me disculpé—. Lo siento mucho. Me he atragantado.

«Con tu manguera.» Me entró la risa floja ante tal pensamiento.

Él, sin dejar de mirarme, se pasó la servilleta de tela por la cara y después por el jersey. Al menos estaba sonriendo.

—No, ahora en serio. ¿En qué trabajas?

Hubo uno de esos silencios que nunca he sabido cómo rellenar y que empleé en secar las gotas de vino de mi plato con un afán considerable.

—Soy bombero —repitió, con evidente diversión—. De los que apagan fuegos.

La aclaración no habría tenido lugar si no me hubiera mostrado tan suspicaz, pero su tono y su expresión divertida dejaron claro que no le había molestado en absoluto.

—Bombero —insistí, sintiéndome un poco estúpida—, y te gusta *Vikingos* —añadí, y él asintió.

Intenté recordar qué le había dicho a Julia además de lo de la manguera, que, por cierto, tenía su gracia.

—Así es. También soy fan de *Juego de Tronos*, no sé si eso me hace sumar puntos —señaló, sin

dejar de sonreír.

—Las intrigas por el poder son lo mío —admití yo, entrecerrando los ojos—. No te haces una idea de lo mucho que me gusta la sangre.

La última parte igual sobraba, pero ya estaba dicho, y él no pareció muy afectado por la confesión. Seguía pensando que mi mejor amiga había hecho algo más que buscar a un tío con el que emparejarme; estaba casi segura de que, esta vez, lo había *creado* para mí. Era un movimiento desesperado por su parte y me inquietaba pensar que me creía igual de desesperada.

Eché un vistazo a mi alrededor. Había otras parejas disfrutando del ambiente íntimo del local, aunque también vi grupos de amigos e incluso un par de familias. La inspección del lugar se debió más al hecho de asegurarme de que Julia no se encontraba en una de las mesas, espiando nuestros movimientos, que por un interés real en la clientela del restaurante. Creía a mi amiga capaz de eso y de mucho más.

—Así que bombero, ¿eh? —El comentario escapó de mis labios en cuanto centré mi atención de nuevo en él.

Sus ojos chispearon para acompañar a la sonrisa torcida que me dedicó.

—Ya veo que te he impresionado.

Fue mi turno para sonreír.

—No soy tan fácil de impresionar —repliqué, y, por mi tono, cualquiera diría que estaba coqueteando.

No era eso, ¿no? Solo cumplía con mi parte de aquel estúpido pacto con Julia. Debía comportarme... o algo así.

Mi sonrisa se amplió.

—Seguiré intentándolo —terció él.

Parecía mucho más relajado que cuando había aparecido en mi puerta horas antes.

«Bombero», me repetí mentalmente. Sí, las cosas se estaban poniendo interesantes. Los hombres de uniforme habían resultado ser una perdición para mí con anterioridad; en el buen sentido, quiero decir.

—Entonces conocerás a Manu, el hermano de Julia, ¿no? —inquirí, dispuesta a indagar más en su historia.

Todavía no estaba segura de que no fuera una treta de mi mejor amiga.

Él asintió. Tomó un sorbo de su copa y tragó antes de responder.

—Claro que sí, estuvimos destinados un tiempo juntos —explicó, mientras el camarero depositaba los entrantes sobre la mesa. Raúl le dio las gracias y prosiguió—: Luego yo me marché unos años al extranjero y, ahora que he vuelto, he tenido la suerte de que me han asignado al mismo parque en el que está él.

Si aquello era una mentira, empezaba a resultar bastante elaborada; pero vosotros no conocéis a Julia como yo.

—¿En el extranjero? —le tiré de la lengua.

—Fui a Nepal con un grupo militar de emergencia para prestar ayuda humanitaria después del terremoto del 2015.

Juro que pensaba que me tomaba el pelo. Julia esta vez se había empleado a fondo y no solo me había mandado a un tío guapo y con una bonita sonrisa, además de un culo estupendo, sino que encima le gustaban las mismas series que a mí, daba las gracias a los camareros y, para rematar, era solidario. Ah, ¡y bombero! Decía que era bombero...

—Te burlas de mí.

Él bajó la vista y se quedó mirando su plato unos segundos.

—Ya me gustaría, ojalá hubiera sido una broma, pero dudo que pueda olvidar lo que he vivido durante estos años allí —replicó él, abatido, y el alma se me cayó a los pies.

Levantó la barbilla y tomé conciencia de que la tristeza que se acumulaba en sus ojos no podía ser en modo alguno fingida. Al menos ese detalle de su vida era verdad, y yo acababa de meter la pata hasta el fondo al reírme de él.

5

—Lo siento —me apresuré a disculparme—. Yo... no tenía ni idea.

Raúl se esforzó para mostrarme una de sus sonrisas brillantes, pero la alegría evitó sus ojos y yo maldije de nuevo.

—Bueno, no pasa nada. Ahora estoy aquí y me alegra haber regresado a casa.

Aquello tampoco sonó demasiado bien. Estaba segura de que ahí había terreno para escarbar, pero decidí que ya había sido suficientemente bocazas para toda la noche.

—Así que Manu y tú trabajáis en el mismo parque.

Él asintió, algo más animado con el cambio de tema.

—No esperaba que pudiéramos estar de nuevo juntos. Nos compenetramos bien —añadió—, y las guardias con él son más divertidas.

Me guiñó un ojo, un gesto al que nunca le había encontrado el encanto hasta ese momento. Lo hizo de una forma tan natural, y sin ninguna mala intención detrás, que resultó más que bienvenido. Continuó contándome algunas anécdotas de esas noches de guardia que habían compartido, y yo le presté toda mi atención. Cuanto más hablaba, más me olvidaba de que era el *enviado* de Julia. Al darme cuenta del rumbo que tomaban mis pensamientos, me prometí no hacer ninguna tontería. Sí, era un tío encantador, que había visto mundo y, seguramente, de los que no salían corriendo a la mañana siguiente —aunque, en honor a la verdad, yo tampoco solía desear que se quedaran—, pero yo había decidido no caer en viejos hábitos; menos aún cuando estos venían de la mano de mi mejor amiga.

—Manu es un buen tipo —le dije, aunque en ese comentario mío también había tela que cortar.

El hermano de mi mejor amiga había sido mi amor platónico de la adolescencia. Nunca había habido nada entre nosotros, pero porque yo había sido lo bastante consciente de que él no era un chico al que se pudiera atar y no estaba dispuesta a tirar por la borda mi amistad con Julia. Salir con el hermano de tu mejor amiga o tener un lío con él podía convertirse en una sentencia de muerte para cualquier amistad. Prefería mantenerme alejada de él y de sus líos de faldas.

—Es un golfo —replicó Raúl, y yo me reí al comprender que era verdad que lo conocía.

—Sí, un poco sí.

—Ni yo ni ninguno de los otros compañeros de unidad quiere nunca presentarle a nuestras novias.

Mi sonrisa perdió un poco de brío al escuchar la última palabra.

—¿Novia? —Enarqué las cejas.

Él bebió otro sorbo de vino y yo fui a hacer lo mismo, pero me había acabado la copa sin ser consciente de ello. Se apresuró a rellenármela.

—Exnovia —aclaró, pero la pausa que se había tomado antes de responder me dijo que la separación debía de ser reciente, o dolorosa.

Continuamos comiendo en silencio durante un rato. Hubo cruces de miradas y de sonrisas, pero la conversación parecía haberse estancado, y resultaba extraño, porque yo no era muy dada a quedarme sin palabras.

Dimos buena cuenta del plato principal, con muchos más intercambios de miradas sugerentes, y también de dos botellas de vino. En algún momento entre una y otra, se nos soltó la lengua y comenzamos a charlar de nuevo.

Me habló de que le estaba costando un poco acostumbrarse de nuevo a vivir en Madrid, del regreso a su vieja vida y de cómo, al final, había tenido que partir casi de cero.

—He tenido suerte de que Manu me consiguiera un sitio en el que vivir —me dijo, mientras esperábamos por el postre.

—Te irás acostumbrando. Si necesitas cualquier cosa, ya sabes.

¿De verdad acababa de ofrecerle mi ayuda sin más? Tuve que pararme a pensar si lo había dicho por decir, pero me di cuenta de que no; parecía un buen tío y estaba dispuesta a echarle una mano si la necesitaba.

Me sorprendió. Aunque no me considero una persona egoísta, empezaba a estar bastante cansada de que se aprovecharan de mi buena voluntad. Creo que por eso últimamente disfrutaba más encerrada en casa viendo una serie o una película que relacionándome con la gente.

—Tal vez necesite a alguien para compartir las palomitas y un buen maratón, de esos que dejan el sofá con la forma de tu cuerpo —rio, y, ahora sí, su sonrisa iluminó el local.

Me quedé mirándolo y le devolví la sonrisa, aunque estoy segura de que la mía fue mucho más bobalicona. El vino comenzaba a pasarme factura. Lo peor fue cuando él fijó sus ojos en mí y la curva de sus labios se torció un poco. ¿Estaría imaginando lo mismo que yo? Porque mis pensamientos en ese instante eran de sesión de cine, pero de las que tienen varias X después del título.

—Cuando quieras —me escuché decir.

«Ay, no, Nadia. No», se lamentó mi mente, dándose de cabezazos contra una pared imaginaria. Pobrecilla, hay que ver cómo la maltrataba.

Llegó el postre. Yo había pedido un *brownie*, y lo presentaron rodeado de una espiral de sirope de chocolate. Él había optado por un helado de frutos del bosque que tenía una pinta deliciosa y que habían coronado con una frambuesa.

—¿La quieres? Mójala en el chocolate —propuso, pero fue él el que alargó la mano y la sumergió en el líquido espeso de mi plato.

Yo seguí su mano con la vista hasta que completó el movimiento y tuve la fruta frente a mi rostro. Podría decir que no sabía en lo que pensaba cuando, en vez de cogerla con los dedos, me incliné hacia él y la atrapé entre mis labios; pero sí que lo sabía, al menos esa parte instintiva de mi cerebro que suele ser la que me mete en todos los líos. Siempre había querido hacer algo así y,

creedme, resultaba tan erótico como en las películas, aunque ayudaba tener a alguien como Raúl delante.

Al menos podía haber tenido la poca vergüenza de metérmela toda en la boca —por mal que eso os suene—, pero le di un pequeño bocado y mastiqué despacio, obligándolo a sostener el resto de la fruta, y la mirada en mis labios, mientras me la terminaba.

Él observaba la escena con atención. En vez de salir huyendo de una loca como yo, lo que hizo fue soltar una carcajada y, justo en ese momento, fue cuando supe que estaba perdida...

Me contagié la risa y me atraganté, por imbécil. Empecé a toser y a reírme a la vez, y casi acabo devolviéndole la frambuesa a medio masticar. Agradezco no tener un sentido del ridículo muy desarrollado, porque eso me evitó enrojecer hasta la raíz del pelo.

—Bebe un poco de vino —sugirió, muerto de risa.

No lo culpé por ello, eso me pasaba por ir de diva. El incidente terminó, después de que me bebiera la mitad de la copa, conmigo riendo también a carcajadas. Me fastidiaba mucho aceptarlo, pero me sentía atraída por él de una forma en la que pocas veces me había sentido atraída por un hombre, menos aún de una manera tan precipitada.

«Es el vino», se rio de mí mi mente perversa, y yo le di la razón. Aquello solo era una cena.

Cuando terminamos, pagamos a medias como harían dos amigos entre los que hay confianza suficiente para no discutir por quedar bien y hacerse cargo de la cuenta. Al salir a la calle, Raúl me tendió su brazo.

—¿Paseamos?

Era tarde. Habíamos quedado a las diez y ya pasaba de las doce; yo tenía que trabajar al día siguiente y me dolían los pies, pero le dije que sí.

—¿Vosotros no hacéis eso del calendario benéfico? —le pregunté, o tal vez fuera el vino el que hablaba—. Porque yo lo compraría encantada.

Raúl rio mientras sacudía la cabeza negando, y no pude evitar sentirme un pelín decepcionada.

—Ya veo que eres muy solidaria —apuntó, sonriendo.

—Ni te lo imaginas —dije yo, y ladeé la cabeza, buscando su mirada.

También él parecía un poco achispado. Dos botellas de vino eran muchas botellas de vino...

Caminamos cogidos del brazo por la Gran Vía. Entre el dolor de pies y las vueltas que me daba la cabeza, agradecí poder apoyarme en él. Las luces de Navidad relucían sobre nuestras cabezas y nos acompañaron durante el paseo, iluminando nuestros rostros con multitud de colores diferentes.

—¿Y cómo pasarás tus primeras navidades después de tanto tiempo en el extranjero? —me atreví a preguntar.

Habíamos congeniado tan rápido que no pensé que le molestara mi curiosidad.

—Trabajando. Mis padres viven en Valencia, en cuanto se jubilaron se mudaron en busca de un clima algo más cálido —comentó—, y yo trabajo en Nochebuena, así que de todas formas no podría estar con ellos. Fin de Año será diferente, lo tengo libre y, aunque tampoco me va a dar tiempo de ir a verlos, nos juntaremos varios compañeros y montaremos algo. ¿Y tú?

—Con Julia y su familia. Mis padres también están lejos, aunque los míos porque se han ido a pasar las fiestas a Canarias —le dije, mientras cruzábamos una calle.

Al subir de nuevo a la acera tropecé y Raúl me sujetó antes de que me fuera directa al suelo. Mi torpeza no tenía límites esa noche.

—Creo que es hora de volver a casa —sugerí, aunque de ser por mí me hubiera animado incluso a ir en busca de algún bar en el que poder marcarme uno o dos bailes.

Raúl no puso ninguna objeción.

Aunque nos llevó un rato encontrar un taxi libre, finalmente conseguimos uno. Tenerlo tan cerca, junto con el aroma delicioso que desprendía, creo que contribuyó bastante a que el alcohol que había consumido se me subiera de golpe y me entró la risa floja.

—¿De qué te ríes? —me preguntó, pero yo negué.

—Pensaba en lo embarazoso que va a ser cuando lleguemos y no sepamos cómo despedirnos —solté, y me quedé tan ancha.

En circunstancias normales no iba dejando caer ese tipo de perlititas, pero esa noche estaba en racha. Seguramente, él saldría corriendo y no volvería a verlo más, aunque no podía negar que Julia me había hecho pasar una noche divertida.

Colocó una de sus manos sobre mi mejilla, sus ojos fijos en los míos, y mi risa se fue apagando al darme cuenta del modo en que me estaba mirando.

—Quizás podamos quitárnoslo ya de encima, ¿no te parece?

Recuerdo que pensé que tenía unos ojos preciosos, pero que lo que en realidad resultaba perturbador era su sonrisa, un poco torcida, canalla sin duda. De lo que no tengo ni idea es de quién se inclinó sobre quién; solo sé que al segundo siguiente nos estábamos besando.

6

Los besos de Raúl eran como él, cálidos y amables, al menos al principio. Luego nos vinimos arriba y le dimos un espectáculo de lo más entretenido al taxista, al que pillé echándonos miraditas por el retrovisor durante parte del trayecto.

Raúl besaba bien, muy bien, a decir verdad. Mantenía mi cara entre sus manos mientras su lengua recorría cada rincón de mi boca, y mentiría si dijera que no deseaba que estas descendieran un poco y se pasearan por mi cuerpo. La dulzura inicial había dado paso a algo mucho más apasionado, y el beso se hizo tan profundo que yo empecé a desear más.

No dejó de besarme hasta que el coche se detuvo y el conductor tosió para llamar nuestra atención. Para entonces, ambos respirábamos de forma agitada y teníamos los labios hinchados y enrojecidos.

—Hemos llegado —dijo el hombre, por si no nos había quedado claro.

Raúl sacó la cartera y yo le dejé hacer porque no me había recuperado aún del todo. Seguía ardiendo, y ese pensamiento hizo brotar mi risa tonta de nuevo.

«Estás con un bombero.» Mi risa se intensificó.

Raúl le dedicó una mirada de disculpa al taxista y abrió la puerta para bajarse. Luego me ayudó a bajar a mí, y mi cuerpo decidió que era un buen momento para invadir su espacio personal y descubrir un poco más de su encanto. Me vi rodeada por sus brazos antes siquiera de que pudiera cerrar la puerta para que el taxi reemprendiera la marcha.

—Ya nos hemos besado —le dije. La curva que formaron sus labios me indicó que él también lo había disfrutado—. Ahora ¿qué?

Dejó ir al taxista y deslizó un brazo en torno a mi cintura. Avanzamos hasta la entrada del portal.

—Ahora voy a acompañarte arriba y a asegurarme de que llegas bien a casa.

—¿Hasta la puerta? —inquirí, y él asintió.

—Pero...

—Detrás de esa palabra nunca viene nada bueno, ¿sabes? Es una mierda de palabra —solté, en un arranque de los míos.

Seguro que estaba haciendo el ridículo, pero ¿qué es la vida sin algo de emoción? Mañana ya podría morirme de la vergüenza por mi fantástica actuación.

Le tendí las llaves y abrió la puerta, aunque no se separó de mí para entrar, sino que lo hicimos juntos. Una de mis manos fue a parar a su estómago y, tal y como imaginaba, me encontré con una tableta de chocolate bajo la tela de la camisa.

Sonreí como una estúpida, que probablemente es lo que era.

—Hemos bebido más de la cuenta —dijo él, mientras esperábamos el ascensor. Yo asentí; era

obvio que había sido así—. Pero lo he pasado genial esta noche, Nadia.

Pronunció mi nombre con una dulzura exquisita a la vez que bajaba la mirada hasta mi rostro, y yo no pude evitar estremecerme. ¿Qué demonios le había dicho Julia para que actuara así? Porque parecía demasiado irreal para que aquello me estuviera pasando a mí.

La mayoría de las primeras citas con un hombre resultaban un desastre y, de las que no, no solía salir nada bueno, al menos en mi caso. No se trataba de que yo hubiera estado quedando con cientos de hombres últimamente, aunque eso tampoco habría marcado una gran diferencia, pero las que había tenido habían sido tirando a normalitas. En alguna ocasión había repetido y habían acabado en un revolcón, y a la mañana siguiente... ¡puf! Nada.

No era que yo quisiera que me prometieran amor eterno, pero tampoco veía esa necesidad de huir sin siquiera esperar para desayunar juntos. Ya hacía años que había aprendido a diferenciar la atracción y el sexo del amor; aun así, era de las que pensaban que un buen rato de cama no tenía que acabar de una manera tan fría. Resultaba irónico, ¿no creéis?

—Yo también —le dije.

Nos metimos en el ascensor a trompicones, riendo como dos adolescentes que saben que están saltándose las normas. Yo me apoyé en la pared del fondo y dejé caer la cabeza hacia atrás, y él le dio al botón de mi planta y se giró hacia mí. Sonreía del mismo modo en que lo había hecho en el restaurante y me entraron ganas de volver a besarlo, arrastrarlo al interior de mi apartamento y dar rienda suelta a mi imaginación; lo cual es decir bastante, porque lo de que fuera bombero daba para mucho.

Fue él el que se acercó a mí despacio. Sus manos se colaron bajo mi abrigo y me sujetó por las caderas.

—Mañana tienes que trabajar —murmuró, sus ojos fijos en mis labios—. Me encantaría quedarme y no dejarte dormir en toda la noche, pero...

—Te he dicho que no me gusta esa palabra —repliqué, colocando mis manos sobre su nuca.

Él se inclinó y hundió la cara en el hueco de mi cuello, donde depositó primero un beso y luego me propinó un pequeño mordisco. A esas alturas, estaba tan excitada que no recordaba ni a Julia, ni nuestro trato de las tres citas, ni ninguna otra cosa que no fuera a Raúl. Él también lo estaba, lo supe en cuanto pegó su cuerpo al mío; no hizo nada por ocultar su erección.

El ambiente del ascensor comenzó a saturarse con la tensión que acumulábamos. Cuando el timbre que señalaba que habíamos llegado a mi planta sonó, no hicimos nada por salir de allí. Nos quedamos abrazados; Raúl recorrió mi cuello y parte de mi clavícula con los labios, mordiendo pequeños trozos de piel y succionando tras ello para aliviar lo que sus dientes provocaban, y a mí se me escaparon unos cuantos gemidos sin que fuera consciente de ello.

Las puertas se cerraron de nuevo, pero el ascensor no se movió.

—Hueles de una forma increíble —farfulló—, y sabes aún mejor.

Deslicé las manos por su espalda hasta alcanzar su trasero y lo apreté más contra mí. Entonces el que gimió fue él.

Cuando el pitido del ascensor volvió a sonar, ni siquiera lo percibimos. Las puertas se abrieron y Raúl, con una mano ya ascendiendo por el interior de mi muslo, tardó lo suficiente en reaccionar como para que una de mis vecinas se percatara de lo que estaba sucediendo.

Ambos nos separamos del otro con rapidez. Y por el rabillo del ojo lo vi apretar los labios para contener la risa.

—Buenas noches, señora Carmen —saludé a la anciana que vivía en mi misma planta, pero en el lado contrario del pasillo.

¡Por el amor de Dios! ¿Qué hacía aquella mujer bajando la basura a la una de la madrugada?

—Mejores para algunos que para otros —respondió ella con desparpajo, y Raúl casi se atraganta de la risa.

A pesar de mi carencia de vergüenza, me sonrojé. Raúl se percató de ello y a punto estuvo de ceder a las carcajadas. La situación hubiera resultado graciosa si no me estuviera sucediendo a mí.

Carmen, que tenía edad para ser mi abuela, continuaba inmóvil frente a nosotros, enfundada en una bata y con las zapatillas de estar por casa puestas. Raúl lucía divertido, mientras que yo estaba esperando a que la tierra me tragara o, en su defecto, a que el ascensor se descolgara y terminara con mi sufrimiento.

—¿Salís ya o aún no habéis terminado? —preguntó mi vecina con una sonrisita que me avergonzó aún más.

Tuve que apretar el botón de apertura de las puertas porque empezaron a cerrarse de nuevo, aunque por un momento había dudado y casi lo permito solo para perder a la mujer de vista. Finalmente, recuperé la compostura.

—Sí, sí, ya nos vamos.

Agarré a Raúl de la mano y tiré de él. Carmen tuvo que hacerse a un lado para dejarnos pasar con la poca dignidad que nos quedaba.

Alcanzamos el descansillo de mi apartamento sin resuello; me había echado a correr por el pasillo para escapar de la mirada divertida de Carmen. Raúl, por su parte, dejó de reprimirse y rompió a reír a carcajadas, no parecía en absoluto avergonzado.

—Se lo ha tomado bastante bien, ¿no? —señaló.

A pesar de que la neblina provocada por el alcohol en mi mente se había disipado de golpe tras el encontronazo, no me paré a pensar en si debía invitar a Raúl a entrar o despedirme de él. Sencillamente, pasé al interior y dejé la puerta abierta tras de mí. Cuando solté el bolso y me descalcé, me giré para mirarlo y Raúl estaba ya atravesando el umbral.

Mi casa no era demasiado grande, tan solo tenía un dormitorio, pero yo no necesitaba más. Con los actuales precios de Madrid tampoco podía permitirme nada mayor. Aun así, me gustaba.

Mientras me quitaba el abrigo, él se entretuvo echando un vistazo alrededor. Por desgracia, su mirada recayó en lo único que yo hubiera querido que no descubriera.

—¿Son tuyos? —preguntó.

Asentí. Si había algo que me daba un poco de vergüenza era que alguien viese mis dibujos, pero no tenía otro espacio que aquel rincón para pintar y la verdad era que las visitas no solían fijarse demasiado en él, salvo Julia, que me torturaba a todas horas. No hacía más que repetirme «Quiero que me dibujes como a una de tus chicas francesas, Jack», como si ella fuera Kate Winslet y yo Leonardo DiCaprio en *Titanic*. Nos partíamos de risa cada vez que lo sacaba a relucir.

—¿De verdad son tuyos?

Me encogí de hombros, restándole importancia.

—No son más que un caos de trazos —le dije, y no se trataba de falsa modestia, sino de la necesidad de que dejara de prestarles atención.

Me desplomé en el sofá de una manera muy poco digna; mantener las formas nunca había sido lo mío.

—Son más que eso, Nadia. Eres una auténtica caja de sorpresas —añadió, volviéndose hacia mí.

La atracción que en el ascensor no habíamos sido capaces de controlar había pasado ahora a un segundo plano. Aunque continuaba latiendo bajo mi piel, y puede que también bajo la suya, ninguno de los dos hizo nada por dejarla salir de nuevo.

—Me gustan mucho —afirmó, señalando los bocetos—. ¿Puedo?

Había varios más sobre una mesita colocada junto al caballete, y él no parecía dispuesto a dejarlo pasar. Hice un gesto de asentimiento y los tomó para echarles un vistazo.

Esbozó una sonrisa mientras los observaba.

—Es como si pintaras según tu estado de ánimo... —murmuró, distraído, más para él mismo que para mí—. Hay algunos cargados de nostalgia, tristes incluso, aunque no menos bonitos — reflexionó en voz alta—. Otros, en cambio, están repletos de tonos cálidos y son mucho más alegres e intensos. Haces un uso del color...

Levantó la vista de los bocetos y clavó sus ojos en mí. Me sentí desnuda, pero él rio y agitó la cabeza, negando.

—Lo siento, debo parecerte un pedante.

Devolvió los dibujos a su sitio con extremo cuidado y se acercó hasta el sofá, aunque no se atrevió a sentarse. Yo lo miré desde abajo, con las piernas estiradas sobre el *chaise longue* y el bajo del vestido más arriba de lo que resultaba decente. Sin embargo, Raúl me miraba directamente a los ojos.

—Es tarde, debería dejarte descansar.

Yo asentí por pura inercia. Estaba agotada y había sido un día muy largo, pero no me apetecía que se marchase. Miré en dirección al caballete y luego de nuevo hacia él.

—Pensaba que Julia te habría informado también sobre esta afición.

Él pareció desconcertado, pero no dijo nada durante un instante.

—¿Qué te parece una segunda cita? —propuso, en cambio, y su sonrisa volvió a iluminar todo a su alrededor.

Pensé en la promesa de tener tres citas que le había hecho a Julia, pero no fue eso lo que me empujó a tomar la decisión. Di un par de golpecitos en el sofá, justo a mi lado, invitándolo a sentarse. Tras unos segundos, él hizo lo que le pedía.

El calor de su brazo rozando el mío resultó tan agradable como el olor que desprendía, una mezcla de jabón y de su propio aroma corporal. Inspiré sin ser consciente de ello y mis pulmones se saturaron de él.

—¿Tan loco estás que quieres repetir?

Dejé que mi cabeza reposara sobre el respaldo y cerré los ojos. Aquel era mi lugar favorito de la casa, en el que podía tirarme durante horas a leer, ver un capítulo de alguna serie o, simplemente, dormir.

—¿Tú no? —terció él.

—No has contestado a mi pregunta.

Esperé su respuesta con los ojos cerrados y esta llegó en forma de un suave roce sobre mis labios, tan delicado que no me hubiera extrañado que lo hubiera imaginado.

—Lo he pasado muy bien —repitió, tal y como ya había dicho antes, y creí que no diría nada más—. Las últimas semanas han sido difíciles para mí.

Me besó otra vez y, en esa ocasión, el beso fue un poco más intenso. Antes de separarse, aprisionó mi labio inferior entre los suyos y tiró de él con suavidad; luego lo dejó ir.

—¿Por lo de Nepal? —pregunté, abriendo los ojos para mirarlo.

—Por todo.

No dio más explicaciones. Pasó un brazo bajo mis rodillas y otro por detrás de mi espalda. Sin apenas esfuerzo, se levantó conmigo en brazos.

—¿Esa es tu habitación? —me preguntó. Asentí, y él abrió la puerta con el pie.

No sabía lo que iba a ocurrir a continuación, aunque mi mente me hizo un buen número de sugerencias, pero Raúl me dejó muy despacio sobre la cama y se retiró.

—Quiero otra cita —afirmó, y esa, junto con una sonrisa torcida, fue su única despedida.

8

A la mañana siguiente, resaca incluida, me arrastré fuera de la cama a duras penas. Me di una ducha mientras maldecía, no porque la cabeza me fuera a explotar, que también, sino porque caí en la cuenta de que no le había pedido el número de teléfono a Raúl. Lo bueno era que podía conseguirlo a través de Manu, el hermano de Julia; la propia Julia seguro que también lo tendría. Lo malo era que lo mismo sucedía en su caso...

¿Sabéis esa regla de que no hay que llamar hasta el tercer día? Pues yo estaba bastante dispuesta a saltármela, incluso gruñendo como estaba por la falta de horas de sueño y el exceso de vino de la noche anterior. Pero lo primero que quería hacer era asegurarme de que Julia no se había pasado de la raya adoctrinando a Raúl. Sin embargo, la charla con mi amiga iba a tener que esperar; llegaba tarde a trabajar. Iba a salir pitando de casa cuando descubrí uno de mis pósits verdes fosforescentes pegado en la puerta de entrada.

«QUIERO OTRA CITA —decía, con una letra estilizada que me arrancó una sonrisa de inmediato—. TE LO HE APUNTADO POR SI TE CUESTA RECORDAR LO QUE SUCEDIÓ ANOCHE.»

Puede que resulte una tontería, pero el detalle mejoró de forma considerable mi humor. Llegué a la oficina tarde, pero contenta. Marco, uno de mis compañeros y el único de la empresa al que consideraba también un amigo, me interceptó en cuanto puse un pie dentro. Me agarró del brazo y me arrastró en dirección opuesta a mi despacho.

—Es el cumple de Marga —me recordó, mientras nos dirigíamos a la zona de cocina.

Por norma general, en la empresa reinaba un ambiente de trabajo excelente y los cumpleaños se celebraban siempre a primera hora de la mañana. Los cocineros preparaban una tarta y hasta cantábamos y aplaudíamos cuando se soplaban las velas.

—¿Qué hiciste anoche, peque? —me preguntó, por lo bajo, antes de entrar en la cocina—. Pareces salida de una película de zombis.

Marco era un buen tipo, muy directo y con la sensibilidad de una piedra, pero un buen tipo. Creo que esa sangrante sinceridad nos convertía en la pareja de amigos perfecta.

—Follar como una loca en un ascensor —le solté, porque fue lo primero que se me ocurrió.

Cuando se giró hacia mí para mirarme, no pude evitar romper a reír, lo que dejó claro que estaba mintiendo. No dijo nada porque habíamos llegado hasta donde estaban los demás, aunque se encargó de acorralarme tras el brindis con el que terminó la pequeña celebración.

—Tengo trabajo, Marco —le dije, escabulléndome hacia mi despacho—. Montañas y montañas de papeles. Si yo no trabajo, tú no cobras. Te recuerdo que soy la que hace las transferencias de las nóminas.

La amenaza fue vana. La filosofía de vida de mi compañero era muy sencilla: disfrutar, siempre

y todo lo que pudiera, cada día. Lo que se dice un «viva la vida». Formaba parte de la plantilla de cocina, la que preparaba los pedidos, y sus manos eran oro puro en lo que se refería a la gastronomía. También presumía de ser igual de diestro en otros aspectos, pero yo nunca lo había comprobado ni pensaba hacerlo. Éramos buenos amigos, nada más.

—Vamos, cuéntame —me dijo, y se acomodó en la butaca situada frente a mi escritorio.

—Si pones los pies en la mesa, te mato. Y no hay nada que contar.

Me dedicó una sonrisita que dejaba claro que no se creía una palabra.

—Tendría que estar ya preparando un pedido, tú verás... Cuanto antes desembuches, antes me iré a cumplir con mi trabajo. —Se incorporó y se inclinó sobre el escritorio—. Vamos, peque, estás deseando soltarlo.

Puse los ojos en blanco.

—Solo te diré una cosa: es bombero.

Sus carcajadas no se hicieron esperar. Marco, junto con Julia, eran mis compañeros de fatigas amorosas, aunque con Marco las conversaciones resultaban más jocosas. Él me aconsejaba, y yo procuraba hacer lo contrario de lo que me decía, solo por si acaso. Lo pasábamos bien fastidiándonos mutuamente.

—Pero ¿hubo o no hubo hoguera que apagar? —inquirió, sin dejar de reír.

—Un jodido incendio en toda regla —le dije, aunque en realidad las cosas entre Raúl y yo no habían ido demasiado lejos.

—Algún día te enseñaré lo que es un verdadero incendio, peque.

Los alardes e insinuaciones de Marco me resbalaban mucho, y él lo sabía, pero era algo innato en su forma de ser y yo me lo pasaba genial rechazándolo.

—En tus sueños, fantasma.

Fingió indignarse y se puso en pie de forma apresurada cuando el jefe pasó por delante de mi despacho. Ambos lo saludamos y Marco se dirigió a la puerta despacio, entreteniéndose para darle tiempo de que se metiera en su propio despacho. Cuando estuvo seguro de que no lo escucharía, me dijo:

—Esto no acaba aquí.

Le enseñé la lengua y él me lanzó un beso. Acababa de salir cuando su cabeza apareció de nuevo por el hueco de la puerta.

—Por cierto, yo sí que follé anoche.

Le lancé el bolígrafo que tenía en la mano y me eché a reír.

—¡Mentiroso! —grité, a riesgo de que me escuchara el jefe; aunque, conociendo a Marco, no dudaba de que estuviera diciendo la verdad.

El día transcurrió como el anterior, sin apenas descanso. A pesar de que Julia era casi tan desastre como yo en lo referente al móvil, me extrañó que no me llamara o me mandara un mensaje para preguntarme por Raúl y nuestra cita. Aunque en el fondo lo agradecí. Quería tenerla delante cuando la interrogara sobre él. Una parte de mí estaba segura de que me diría que todo

aquello no era más que uno de sus planes siniestros, que Raúl ni era bombero ni amigo de Manu, y que lo había preparado a conciencia para que me vendiera la moto y yo se la comprara sin preguntarle siquiera el precio.

Hacer que me enamorara de un tío para luego decirme que todo era un montaje parecía cruel, pero Julia a veces hacía cosas de lo más estúpidas, y su convencimiento de que había por ahí una media naranja para mí era tal que era capaz de romperme el corazón solo para demostrarme que tenía uno.

Eché el enésimo vistazo a la nota de Raúl. La había metido en el bolso y ahora estaba pegada en el borde de la pantalla de mi ordenador. La sonrisa regresó a mis labios y el recuerdo de sus besos la acompañó.

—Julia, si esto es una broma, juro que voy a matarte —farfullé en voz alta.

Pensaba plantarme esa misma tarde en su casa y arrancarle la verdad fuera como fuese.

9

Llevaba dos días aporreando la puerta de mi mejor amiga y llamándola por teléfono, y todo lo que había recibido de ella era un wasap en el que decía que pasaría unos días en casa de Álvaro, su novio. No respondía a mis llamadas y no quise mencionar a Raúl por mensaje. Seguía empeñada en verle la cara a Julia cuando hablásemos de él, pero estaba empezando a desesperar.

Antes de perder los nervios, decidí que lo mejor era pasar el fin de semana tirada en el sofá en pijama, con una buena provisión de palomitas y chucherías, y pegarme un atracón cinéfilo vía Netflix. En esas estaba el sábado por la tarde cuando llamaron a la puerta. Me levanté de un salto; esperaba que se tratase de Julia, aunque siempre podría ser la señora Carmen. Me la había cruzado el día anterior en el portal y me había preguntado por Raúl sin cortarse lo más mínimo.

—Un muchacho muy guapo —me había dicho, con un movimiento de cejas insinuante.

Me había reído, claro, qué otra cosa podía hacer.

No había nadie cuando abrí. Eché un vistazo a ambos lados del pasillo, pero estaba desierto. Sin embargo, al ir a meterme de nuevo en casa, descubrí otro pósito pegado en la puerta, esta vez por fuera. Lo retiré y regresé al interior antes de leerlo.

«TÚ Y YO. SESIÓN DOBLE DE CINE. PASO A POR TI EN UNA HORA».

No había nombre ni firma, pero sabía que se trataba de Raúl. Su letra elegante era perfectamente reconocible. Sonreí. ¿Cómo demonios se había colado en el edificio para dejarme esa nota? Creía muy posible que Carmen lo hubiera dejado entrar solo para seguir disfrutando del culebrón.

No me lo pensé. Me metí corriendo en la ducha y, cuando terminé, empecé a prepararme sin perder un segundo. Mi conciencia se rio de mí: «Ahí va la que no quería ni una cita más», se burló.

Seguía sin quererlas, la verdad, pero con Raúl no me lo planteaba como tal. Resultaba difícil de explicar, y contradictorio, porque con toda probabilidad aquello era lo más parecido a una cita de verdad que hubiera tenido en meses. Después de elegir una blusa de manga larga semitransparente y unos vaqueros oscuros, no cometí el error de la vez anterior y me calcé unas botas con un tacón mucho menor. No quería preocuparme por el dolor de pies, aunque fuésemos a estar sentados.

Unos cincuenta minutos más tarde ya estaba vestida y maquillada; nada demasiado escandaloso, no fuera a ser que me llevara a ver un drama y acabara pareciendo un panda. Yo soy muy de llorar en las películas.

Raúl llamó a la puerta del apartamento a las ocho en punto.

—¿Te has aliado con la señora Carmen? —le dije, conforme abrí.

Luego me callé, porque mis ojos descendieron por su pecho y se perdieron en él sin disimulo alguno. Llevaba un jersey gris marengo que se pegaba a su torso y dejaba más bien poco a la

imaginación. Aunque debería haberme avergonzado por comérmelo con los ojos de aquella manera, no sentí ningún pudor.

—Buenas noches a ti también —replicó él.

Sonreía. Yo seguía con la vista fija en su pecho, pero lo supe por el tono de su voz.

—Buenas noches —respondí, alzando por fin la mirada.

Sus ojos azules brillaban, divertidos. Estoy segura de que se había percatado de lo que su escandaloso cuerpo provocaba en mí. No obstante, su sonrisa le hacía una dura competencia; no creía ser capaz de elegir entre ambos.

—¿Nos vamos?

—¿Cómo has entrado? —inquirí, suspicaz, y eché un vistazo rápido a la puerta de Julia.

En teoría ella no estaba en casa, pero lo mismo todo aquello formaba parte de su plan diabólico. Recordaba que la vez anterior también lo había encontrado frente a mi puerta.

—¿Entrado? —repitió él, perplejo—. Vivo aquí, pensaba que lo sabías.

—¿Aquí aquí? ¿En el mismo edificio?

Él señaló hacia el techo, y entonces sí que estuve convencida de que disfrutaba con mi desconcierto.

—En la planta de arriba —aclaró, mordiéndose el labio inferior para reprimir la risa—. ¿Sabes cuando subes demasiado el volumen de la tele? Pues yo la oigo desde mi salón. Y juraría que también tus ronquidos por las noches.

Le di un pequeño pellizco en el brazo.

—¡Eh! Que yo no ronco.

Raúl fingió pensárselo mientras yo seguía alucinando por mi reciente descubrimiento.

—No sé si creérmelo. Ya veremos.

Arqueé las cejas y me crucé de brazos, y sus ojos se desviaron brevemente hasta mi pecho. Él fue mucho más cortés que yo y retiró la vista de inmediato. Eso le daba puntos —y me los quitaba a mí.

—No sé yo si vas a verlo —le solté, siguiéndole el juego.

Me decidí, por fin, a salir al rellano y cerré la puerta tras de mí.

—Esta es nuestra segunda cita —replicó, y con un gesto de la mano me cedió el paso con caballerosidad—. Quién sabe... tal vez en una tercera.

Definitivamente, aquello tenía que ser cosa de Julia. Lo observé durante unos pocos segundos, pero no encontré ni rastro de burla en su expresión. Si estaba fingiendo, lo disimulaba muy bien.

—Yo me preocuparía más de que mañana tu vecina de abajo no decida que es buena idea poner la música a todo volumen a las siete, porque eso podría pasar perfectamente.

Frunció los labios en una mueca que lo hizo parecer adorable, y yo me eché a reír.

—Mañana trabajo. A las siete estaré en pie y desayunando. Quizás sea yo el que ponga la música para despertar a la vecina que vive en el piso de abajo, que es preciosa por cierto, para que suba a desayunar conmigo —dijo él, y me guiñó un ojo.

El tonteo —porque eso era lo que hacíamos, tontear— se alargó durante el tiempo que nos llevó tomar el ascensor y bajar hasta la calle. Intercambiamos pullas y miraditas provocadoras a partes iguales, hasta que se plantó frente a una moto que parecía sacada del infierno de los vehículos a motor. Sacó una llave del bolsillo y la metió en el arranque.

—Yo ahí no me subo —solté, dando un paso atrás.

Raúl se volvió hacia mí con una mueca traviesa en el rostro, y eso casi me dio más miedo que la propia moto. Sin mediar palabra, se puso la chaqueta de cuero que colgaba de su brazo, una de esas que llevan refuerzos en todos los sitios que cubren zonas vitales del cuerpo, y se agachó para desenganchar los dos cascos que había atados a la rueda.

—Vamos, si hasta he salido a buscar un casco para ti —trató de convencerme, y yo seguí negando.

No me había subido a una moto en la vida. Yo, que presumía de amante del riesgo y las emociones fuertes, en realidad era una cagada.

—Te prometo que iré despacio y seré prudente. El tráfico de Madrid es una tortura y vamos con el tiempo justo; si vamos en taxi, no llegamos.

—Hoy es sábado, no hay tanto tráfico.

Él sonrió.

—Es sábado por la noche —apuntó, y con aquello debió creer que zanjaba la discusión, porque pasó una pierna por encima y se subió a la moto.

No negaré que ahí montado, enfundado en la chaqueta de cuero y mientras se ponía el casco, la parte más perversa de mi mente comenzó a aplaudir como si acabara de presenciar un espectáculo impresionante. Lo era, un verdadero espectáculo, que no os quepa duda. Pero otra parte de mí, la miedica, andaba reproduciendo toda una sarta de improperios que voy a obviar por educación.

—Tómalo como una aventura —prosiguió azuzándome—. ¿Podrías tener una aventura conmigo, Nadia? Por favor.

Agité la cabeza. Yo pensaba que estaba negando, pero cuando quise darme cuenta comprendí que la movía de arriba abajo. ¿Cómo iba a decirle que no si me estaba mirando con esos ojos azules y ese amago de puchero en los labios?

—Si me mato de esta, te juro que te llevo conmigo —lo amenacé, muy seria, mientras lo apuntaba con el dedo.

Ya se había puesto el casco, pero se subió la visera y me mostró una sonrisa deslumbrante.

—Eso no va a pasar. Y si pasa —me quedé con mi casco a medio poner, pendiente de sus palabras—, te prometo que deo que me lleves contigo.

—No intentes camelarme —lo reprendí, y escondí mi propia sonrisa bajo el casco.

Él alzó las manos y me mostró las palmas. Su expresión de inocencia no me engañó.

—No es eso lo que trato de hacer.

Me quedé con las ganas de preguntarle qué era entonces lo que hacía —lo que hacíamos—, porque yo no tenía ni idea. Se había girado ya y esperaba a que montara tras él. Cuando lo hice,

antes siquiera de que arrancara, yo ya había pasado los brazos en torno a su cintura y estaba tan apretada contra su espalda que luego no habría manera de despegarme.

Raúl colocó una mano en la parte externa de mi muslo izquierdo durante unos segundos y, ahora sí, me miró por encima de su hombro.

—¿Lista? —Asentí—. Pues no me sueltes, preciosa.

10

No me solté. Es más, en cuanto aceleró y salió a la calzada, me agarré aún con más fuerza a él. Atravesar las calles de Madrid subida en el asiento de una moto como aquella tenía cierto encanto, aunque lo encantador de la situación seguramente fuera el hombre que iba sentado delante de mí. Podría haber empleado el trayecto hasta el cine para realizar una reflexión profunda sobre los motivos por los que había terminado allí con él, pero no voy a engañaros, me dediqué a disfrutar como una niña pequeña el día de Navidad.

La sensación era maravillosa y mis miedos se esfumaron en cuanto dio la primera curva, tumbó un poco la moto y mis muslos se apretaron por sí solos para ceñir los suyos, como si supieran lo que tenían que hacer, como si hubieran hecho aquello miles de veces.

—¿Todo bien ahí atrás? —gritó para hacerse oír por encima del ruido del motor.

—¡Síííí! —repliqué yo, también a gritos, y juraría que escuché sus carcajadas.

Me daba igual lo que pensara. No me hubiera importado siquiera que decidiera meterse en la M-30 y ponerse a dar vueltas alrededor de la ciudad hasta que se agotara la gasolina.

Me reí yo sola, amparada por la seguridad del casco, y juro que el trayecto se me hizo excesivamente corto. Al estacionar en el aparcamiento del centro comercial en el que se encontraba el cine no hice amago de bajarme.

Raúl se deshizo del casco, lo colgó del manillar y se giró para mirarme.

—Ya puedes quitártelo —me dijo, luchando para no echarse a reír—. Y también bajarte, si quieres.

Lo último lo dijo en un susurro. Sus labios habían quedado a solo unos centímetros de mi visera, tan cerca que su aliento la empañó. Permanecimos un instante así y agradecí de nuevo llevar el casco puesto; estaba segura de que no hubiera podido reprimir el deseo de besarlo.

Finalmente, ya con los pies en el suelo, fue él quien me lo sacó. Se colocó a mi lado para, acto seguido, tirar del casco hacia arriba con suavidad. Ahora ya no había barrera alguna entre nuestros labios y sí muchas ganas de saborear otra vez su boca. Apartó un par de mechones de mi cara con la punta de los dedos y, aunque apenas si rozó la piel de mi mejilla, me estremecí.

—Hace frío —dijo él, y me tendió la mano para ayudarme a bajar—. Entremos.

No temblaba por la baja temperatura, a pesar de que bien podría haber sido así después del paseo en moto en pleno mes de diciembre, sino por la dulzura que empleaba Raúl al dirigirse a mí o tocarme.

«Demasiado bueno para ser verdad.»

—Vamos —le dije, apartando el pensamiento.

Si Julia había montado aquel lío, pensaba disfrutarlo. Solo serían tres citas, ¿qué podía salir

mal? No iba a colgarme de un tío después de verlo tan solo tres veces, ¿no?

Raúl me brindó de nuevo su brazo y yo acepté el gesto aunque no lo necesitara. Podía caminar perfectamente, pero resultaba muy agradable hacerlo junto a él.

—¿Qué vamos a ver? —pregunté, porque no tenía ni idea y él no lo había mencionado.

—*Los crímenes de Grindelwald*. La segunda parte de *Animales fantásticos y dónde encontrarlos*.

Me detuve en seco y le eché un vistazo por el rabillo del ojo. Él no me llamó loca ni nada por el estilo, que es lo que seguramente yo hubiera hecho de estar conmigo misma, sino que se mantuvo a la espera.

—¿Te gusta *Harry Potter*?

—¿Bromeas? —soltó él, inmóvil al lado mío—. Solo una *muggle*¹ haría esa pregunta.

Ahora sí que me miró y me dedicó una mueca de desagrado antes de echarse a reír, pero yo no me inmuté.

—¿Casa?

—*Slytherin*, por supuesto.

Me solté de su brazo y me planté frente a él con los brazos en las caderas, indignada.

—¡Ja! ¡Lo sabía!

Él volvió a reír. Puso sus manos sobre las mías y tiró de mí hasta que ya no quedó espacio entre nosotros.

—De *Griffindor*, ¿no? —me dijo, y, acto seguido, se hizo con mi boca y me regaló un beso largo y profundo—. Te pones deliciosamente preciosa cuando te enfadas.

¿Me derretí? Sí, me derretí. Creo que hasta podría perdonarle que fuera de la casa más odiada por los miembros de *Griffindor*. Me besó de nuevo y, esta vez, llevé las manos hasta su nuca y hundí los dedos en su pelo para corresponderle como se merecía. Se demoró lo suficiente para que incluso me planteara olvidarme de la sesión de cine; y eso ya es decir, porque me moría por ver esa película.

—La segunda la eliges tú, ¿te parece?

Asentí y continuamos andando.

La película fue todo lo que esperábamos y más, y disfruté tanto de ella como de la compañía. Ser una friki del mundo mágico de *Harry Potter* no era fácil cuando ninguno de tus amigos sentía la misma pasión que tú. Poder comentarla con él mientras la veíamos resultó una experiencia maravillosa y muy estimulante, y ni siquiera me acordé de que podía ser que aquello no fuera real del todo. No pensé en Julia ni en nuestro trato, y tampoco en el trabajo o en mi vida en general. Solo en ese momento y en lo que sucedía en aquella sala de cine. Ni siquiera volvimos a besarnos ni nos metimos mano aprovechando la oscuridad, pero sí que nos reímos juntos, mucho, y nos susurramos comentarios al oído para no molestar al resto de la gente.

Cuando terminó, descubrí que nos habíamos pegado más de dos horas cogidos de la mano. Creo que él tampoco se había percatado de ello; al encenderse las luces, hubo un momento en el que

fijó la vista en nuestras manos unidas y, avergonzado, esbozó una sonrisa de disculpa.

—¿Qué quieres ver ahora? —me preguntó, pero yo negué.

—Necesito seguir comentándola.

Él rio, pero estuvo de acuerdo en que nos fuéramos a comer algo para seguir hablando de la película. La cena, un refresco y unos perritos calientes que engullimos con ansia para poder continuar charlando, transcurrió en el mismo ambiente animado que nos había acompañado hasta entonces.

[1.](#) Personas no mágicas del mundo de *Harry Potter* creado por J. K. Rowling.

Raúl había dicho que tenía que madrugar al día siguiente, pero creo que tampoco él quería volver a casa aún.

—¿Una copa antes de irnos a dormir? —sugirió, y yo acepté.

Lo último que me apetecía era meterme en la cama, al menos yo sola. Regresamos en moto al centro de Madrid y el viaje resultó tan estimulante como el de ida.

—Quiero una —afirmé, señalándola, cuando mis pies estuvieron de nuevo sobre el suelo—. No entiendo cómo he podido vivir sin esto.

La frase, que carecía de doble intención, adquirió un significado muy diferente al pronunciarla en voz alta. Sin embargo, no resultó incómodo, y Raúl no pareció captar nada raro en ella. Acarició el lateral del chasis, de color azul noche, y le dio unos suaves golpecitos.

—Te gusta, ¿eh?

Asentí; adoraba aquel cacharro del infierno.

Nos acercamos a la puerta de un local que Raúl conocía por sus compañeros de trabajo y del que yo ni siquiera había oído hablar, pero el portero nos cortó el paso.

—Está lleno.

Raúl le hizo un gesto de comprensión con la cabeza y nos retiramos para apartarnos de la puerta. Sacó el móvil del bolsillo, toqueteó durante un momento la pantalla y se lo puso contra la oreja.

—Eso, llama a emergencias y diles que hay una fuga de gas —propuse, riendo—. ¡Que se jodan!

Él soltó una carcajada y fue a replicar, pero a quien fuera que estaba llamando debió coger el teléfono en ese momento y no llegó a contestarme.

—¿Hulk? ¿Me oyes? —Arqué las cejas, aunque no lo interrumpí—. Estoy en la puerta, pero me dicen que el aforo está completo. —Hizo una pausa y, tras un instante en silencio, añadió—: Vale, te espero en la entrada.

Colgó y volvió a guardarse el móvil en el bolsillo del pantalón.

—¿A quién has llamado? ¿A *Los Vengadores*? —me burlé.

—Esta noche estás particularmente animada.

Lo estaba. Era, con diferencia, mi noche más divertida en meses. Lo observé unos segundos y el azul de sus ojos casi me traga entera. No había manera de mirarlo y no perder un poco más la cordura cada vez, y que conste que no me estaba refiriendo solo a lo atractivo que me resultaba.

—¿Sabes lo que creo? —le dije, mientras esperábamos a su amigo—. Que Zeus existe y es un cabrón con muy mala leche.

Raúl no tenía ni idea de lo que le hablaba, por supuesto, pero yo empezaba a pensar que el dios

griego se había pasado un par de pueblos con aquello de dividir a la gente en dos mitades. No me consideraba una persona incompleta, ni necesitaba un hombre para sentirme realizada; no se trataba de eso, sino de lo condenadamente divertido que era esto de jugar a encontrar otra pieza de un mismo puzle.

—Me he perdido.

Hice un gesto con la mano para restarle importancia a mi absurdo comentario.

—Es una vieja discusión que suelo mantener con Julia. Empiezo a creer que tiene algo de razón —le expliqué, desconcertándolo aún más de lo que ya lo estaba—. Pero ni se te ocurra decírselo o no me dejará en paz.

Casi esperaba que el amigo de Raúl fuera un tipo grande y verde con cara de pocos amigos, y lo era... salvo por lo de verde. Debía medir alrededor de dos metros y sus manos eran del tamaño de pizzas familiares; parecía capaz de darte una hostia y empadronarte en otro pueblo del golpe. Su alarmante parecido con Mark Ruffalo en el papel de uno de los vengadores, sin duda, le había valido el sobrenombre con mucho acierto.

El tipo se acercó a nosotros a grandes zancadas y yo me sentí más bajita que nunca.

—¡Eh! ¿Qué hay, tío?

Le estrujó la mano a Raúl y yo temí por la integridad física de sus huesos, aunque él no se quejó. Se volvió hacia mí y nos presentó.

—Esta es Nadia, mi vecina, es también amiga de Julia, la hermana de Manu.

—Hija de Arathorn, heredera de Isildur, señora de los Dunedain, heredera al trono de Gondor... —murmuré para mí misma, y agradecí que ninguno de los dos se percatara de las chorradas que decía.

Sinceramente, creo que la felicidad se me estaba subiendo a la cabeza; no había vino que compitiera con aquello.

El gigante me dio dos besos mientras yo reprimía la risa y, a continuación, nos guio hacia la entrada del bar. El portero no protestó; si yo fuera él, tampoco lo hubiera hecho, porque estaba segura de que Hulk podría cogerlo y clavarlo en la acera de un solo golpe en la cabeza.

El local era amplio y estaba hasta los topes. Fuimos directos hacia una zona de la barra en la que nos esperaban otros dos bomberos: Luka y Carlos, ambos altos y de espaldas anchas. Desde luego, el camarero no podría decir que no nos atendía porque no nos veía.

Me pedí un ron con cola y Raúl, en cambio, se hizo con un botellín de agua. No iba a beber, la moto no era compatible con el alcohol.

—¿Todos trabajáis mañana? —les pregunté. Raúl había dicho que eran compañeros de unidad. Hulk señaló a Raúl y a Luka, y entendí que Carlos y él libraban—. ¿Y no deberíais estar descansando? Si mañana le pego fuego a mi apartamento, no sabría si fiarme de que estuvierais en forma para acudir en mi rescate.

Luka rio y, tras un trago a su copa, señaló a Raúl.

—Seguro que él iría corriendo a socorrerte.

Raúl, a mi lado, pasó un brazo en torno a mi cintura y me acercó un poco para susurrarme en el oído.

—Procura no prenderle fuego a nada —murmuró, y la risa bailaba en su voz.

La música estaba demasiado alta para que pudiéramos mantener una conversación normal y el reloj corría en nuestra contra, por lo que no nos quedamos demasiado con sus amigos. Hulk era un poco huraño y miraba a su alrededor como si esperara que en cualquier momento alguien fuera a saltar sobre su espalda; algo que resultaba ridículo, porque habría que subirse a la barra para poder encaramarse a él. Luka y Carlos, por el contrario, se mostraron más amables.

Nos despedimos de ellos al cabo de una hora y salimos de nuevo al frío de la madrugada madrileña.

—¿Estás cansada? —me preguntó Raúl, mientras nos poníamos los cascos para subirnos a mi nuevo juguete favorito.

Negué con más entusiasmo del necesario.

—No soy yo la que tiene que madrugar.

La verdad es que, al pensar en que esa era la segunda cita de las tres que se suponía que íbamos a tener, no albergaba ningún deseo de que se acabara. Resultaba tan fácil pasar el rato con Raúl que era complicado no empezar a desear más, mucho más de todo.

—¿Me permites que te lleve a un sitio, Nadia?

Planteó la cuestión con un tono excesivamente educado, pero ¿adivináis en qué lo tradujo mi mente? La respuesta apta para todos los públicos fue un «sí, claro»; el resto, con vuestro permiso, me lo voy a guardar para mí.

Callejamos por Madrid, mucho menos congestionada que a plena luz del día, y yo me convencí de que realmente necesitaba una moto; cómo iba a conducirla sin darme una hostia era otro tema. Cuando, tras atravesar parte de la ciudad, Raúl se detuvo frente a un edificio con unos portales tan grandes que podría atravesarlos un camión —uno de bomberos, para ser más exactos—, me pareció increíble que me hubiera llevado a su lugar de trabajo. Eran más de las dos de la mañana. Yo me había tomado solo una copa, aunque, en la práctica, estaba igual de borracha que si me hubiera tragado una botella entera de ron; y apenas restaban unas horas para que Raúl tuviera que presentarse allí, pero para trabajar.

—Vamos —me dijo, y entrelazó los dedos con los míos.

12

Me llevó hasta una puerta lateral, mucho más pequeña que las demás, y accedimos al edificio en silencio. Yo me enamoré del lugar a primera vista. El techo era muy alto y las luces estaban todas encendidas; había tres camiones alineados frente a los portales, listos para salir a la calle en el momento en el que se produjera alguna emergencia. Siempre me ha gustado el color rojo, y allí todo era rojo, muy rojo y brillante.

Raúl se dirigió hacia una escalerilla de metal que había en un lado de la sala y me llevó por ella hasta una especie de altillo. Se detuvo antes de abrir la puerta.

—¿Puedes esperar un momento aquí? Voy a asegurarme de que los chicos estén presentables.

A saber lo que hacían allí por las noches...

Raúl entró en la salita y dejó la puerta entornada. No podía ver quién había dentro, pero la acústica era perfecta para enterarse de todo.

—¿Qué pasa, pringado? ¿Te aburres tanto un sábado por la noche que te vienes al curro antes de tiempo? —Reconocí enseguida la voz de Manu, el hermano de Julia.

—No seas capullo —le respondió Raúl—. ¿Y los demás?

—Abajo, echando una cabezada.

—He traído... Un momento... —Se interrumpió y escuché un forcejeo, ¿qué demonios hacían? —. ¡Qué cabrón! —soltó Raúl, y se notaba que estaba partiéndose de risa—. No me lo puedo creer, ¿estabas teniendo sexo vía Skype con uno de tus ligues?!

Yo sí que me lo creía, eso era muy típico de Manu, ni en el trabajo podía dejar de pensar en sexo.

—Tío, vengo con alguien y la conoces, pero me niego a que te acerques a ella antes de que te laves las manos.

Escuché un par de gruñidos, nuevos forcejeos y más risas provenientes de Raúl. Estaba claro que le habíamos cortado el rollo a Manu.

Unos pocos segundos más tarde, la puerta se abrió del todo y Raúl se asomó para hacerme un gesto e invitarme a pasar.

—¡Joder, Nadia! ¿Qué haces tú aquí con este impresentable? —soltó Manu en cuanto me vio. Al menos llevaba los pantalones puestos.

Se acercó a mí, pero alcé los brazos entre nosotros para detenerlo.

—¡Quieto ahí! —le advertí—. Ni se te ocurra tocarme.

Raúl estaba descojonado y yo no pude evitar echarme a reír también. A Manu aquello no le resultaba en modo alguno bochornoso y yo no iba a darle más importancia de la que le daba él.

Nos salimos con la nuestra y, finalmente, Manu se fue al baño a *adecentarse*. Regresó

enseguida, y solo entonces le permití que me envolviera con los brazos y me levantara del suelo bajo la atenta mirada de mi acompañante.

—¿Qué haces aquí, preciosa? —preguntó el hermano de Julia al devolverme al suelo—. Y con... este.

No detecté un recelo real en el comentario, solo ese tono jocoso tan habitual en él. Sin embargo, mantuvo un brazo en torno a mis hombros en un ademán posesivo que me hizo poner los ojos en blanco. Le pegué un codazo en las costillas para que se apartara.

—Ni lo pienses —protesté, y me situé a medio camino entre Raúl y él—. Conmigo no vayas a ponerte en plan hermano mayor; para eso ya tienes a Julia, y para el caso que le haces...

—Nunca pensaría en ti como en una hermana.

—Deja de intentar seducir a mi cita —intervino Raúl.

Manu cruzó los brazos sobre el pecho, tan ancho como el de Raúl, y trató de parecer más serio de lo que sus facciones le permitían. Ambos eran muy atractivos, cada uno a su manera; mientras que Raúl era un morenazo de esos que te hacen volver la cabeza a su paso, el hermano de Julia, rubio, contaba con un magnetismo natural y ese descaro que empleaba siempre para salirse con la suya. Vestido de bombero, además, ganaba puntos. Los líos de faldas lo perseguían, y supuse que con Raúl no debía ser muy distinto.

—Tu cita —repitió Manu—. Sabía que no tenía que haberte conseguido ese piso en el edificio de mi hermana. Te hago un favor y tú vas y me levantas a la novia.

Raúl y yo soltamos una carcajada al mismo tiempo. Él, riendo, se sentó en una de las sillas, y yo, que nunca me cortaba cuando se trataba de fastidiar a Manu, fui hasta donde estaba Raúl y me acomodé en su regazo. No sé quién de los dos se sorprendió más, si Manu o él.

Raúl me rodeó la cintura con los brazos y le dedicó a Manu una sonrisa de suficiencia.

—¿Qué tal la noche? —le preguntó.

—Un muermo —replicó Manu, y fue a sentarse en la silla del escritorio en el que reposaba un portátil; suponía que se trataba del arma del delito con la que se comunicaba en las largas noches de guardia.

—Cualquiera diría que estás deseando que arda Madrid entera para pasar el rato —dije yo.

Raúl había metido las manos bajo mi abrigo y había empezado a trazar círculos sobre mis vaqueros, justo en la parte interior de uno de mis muslos. El movimiento me distraía, y más que lo hizo cuando detecté otro movimiento pero, esta vez, bajo mi trasero.

Si Manu se dio cuenta de algo, no nos puso en evidencia, pero no tardó en intentar deshacerse de nosotros.

—Anda, ve y enséñale a Nadia el resto del parque. —Lo apuntó con el dedo—. Pero nada de ponerse a hacer el guarro en los camiones, que luego me toca limpiar a mí.

Raúl me dio una palmada en la misma zona que había estado acariciando y yo me puse en pie.

—Mira quién fue a hablar —repuse, y le enseñé la lengua—. Si no das abasto con lo tuyo...

Manu señaló la puerta.

—Largaos —nos ordenó, y su atención se centró luego en Raúl—. Y tú, capullo, mucho cuidadito con cómo la tratas.

Manu no solía tomarse nada en serio, pero me pareció que esa última advertencia no se trataba de una broma más. Se miraron un momento y luego Raúl me hizo salir de la sala.

Hicimos un recorrido completo por las instalaciones, que concluyó en la entrada, junto a los camiones. Me apoyé en el lateral de uno de ellos.

—¿Quieres subir? —me preguntó, y abrió la puerta de la cabina—. Pero nada de poner las luces, y mucho menos la sirena.

Le enseñé las manos.

—Prometo mantener los dedos quietecitos.

«Y ahí vamos de nuevo», pensé para mí, tras esbozar una media sonrisa cargada de intención y que él me la devolviera. Decir que la tensión que había entre ambos se podía cortar con un cuchillo era el eufemismo del siglo, y no me refería a tensión de la mala, sino de la buena, de la que implicaba sueños tórridos y mucha piel expuesta. Nos miramos y saltaron chispas; mi mente se había desbocado y ya estaba imaginándose la escena en la que nos lo montábamos a lo bestia en el interior del camión.

«Luego te quejas de Manu...», pensé.

Aunque, bueno, no había mejor lugar para sucumbir al fuego que este, ¿no?

Raúl me ayudó a acceder a la cabina y él entró detrás; cuando cerró la puerta yo no sabía si besarlo de una vez o arrancarme directamente la ropa. Pero nos miramos, solo eso; nos quedamos observando al otro con tanta atención que yo me perdí en sus ojos azules, en la sonrisa que se adivinaba en sus labios y en todo lo que no nos estábamos diciendo, pero yo no podía evitar imaginarme.

Raúl se deslizó sobre el asiento y se acercó más a mí, y el cuero crujió bajo él. Eso, y nuestras respiraciones cada vez más agitadas, era lo único que se escuchaba en el habitáculo. Su aroma se intensificó y me llenó los pulmones. Levantó la mano y, solo con la yema de los dedos, recorrió el contorno de mi rostro. La delicada caricia no hizo más que avivar las llamas en las que yo me estaba quemando.

—Eres preciosa, Nadia —susurró.

Era un piropo bastante manido, por lo que ya lo había escuchado alguna vez —cinco minutos antes de boca de Manu, sin ir más lejos—. Pero en los labios de Raúl sonó diferente, sincero y hasta original. Quizás porque lo dijo mirándome directamente a los ojos. Me sentí preciosa, preciosa de verdad, y comprendí lo acertado que puede resultar cualquier cosa que te diga alguien si es la persona adecuada.

No me detuve a reflexionar sobre las implicaciones de ese pensamiento. Yo no buscaba a la persona adecuada, no buscaba a nadie, pero sin querer había tropezado con Raúl. O Julia me había hecho tropezar con él, aún no lo tenía demasiado claro.

En honor a la verdad, tuve que admitir que empezaba a preocuparme.

Me gustaría contaros que mis fantasías se convirtieron en realidad. Sin embargo, por el momento, Raúl y yo continuábamos sentados en el interior del camión; muy juntos, eso sí, bromeando y charlando de forma animada, pero sin sexo de por medio. La verdad era que no me molestaba. Yo le hablé de mi trabajo y de mis propios compañeros, de Marco y su falta de filtro, y él comentó que le encantaría gozar de ese tipo de desparpajo. No pude evitar pensar que, aunque adoraba a Marco, Raúl no tenía nada que envidiarle.

También hablamos sobre Nepal y la destrucción causada por el terremoto, y de cómo eso lo había empujado a marcharse de España para prestar ayuda a una población que había quedado devastada. Resultaba escalofriante escucharlo hablar de ello; las cifras de muertos habían sido astronómicas. Me di cuenta de lo poco que valora la gente, yo incluida, las comodidades de las que disfruta en su vida diaria, y de lo absurdas que resultan algunas de nuestras preocupaciones si las comparamos con las de personas que lo han perdido todo, en ocasiones hasta la vida, y cuyo mundo se ha venido abajo en tan solo un instante.

No se trataba de un tema agradable, pero allí estábamos, intercambiando vivencias como dos viejos amigos que se reencuentran para ponerse al día. Raúl se había recostado en el asiento y yo me encontraba entre sus brazos, con la cabeza sobre su hombro, casi encima de él. Sus pies asomaban por el hueco de la ventanilla y mis piernas reposaban en la parte libre del asiento. En ese instante, no hubiera deseado estar en ninguna otra parte, ni siquiera en mi lugar favorito del pequeño apartamento en el que vivía.

—¿Piensas marcharte de nuevo?

La pregunta acudió a mis labios con tanta naturalidad que no me paré a sopesarla. Hacía menos de una semana que nos conocíamos y yo, por regla general, no era de las que pensaba a largo plazo, ni siquiera planeaba las vacaciones hasta que me encontraba en casa sin nada que hacer. Así que ¿por qué le estaba preguntando por sus planes?

Raúl me miró de reojo, todo lo que la postura le permitía, y no dijo nada en los siguientes cinco o seis segundos; a mí ese pequeño lapso se me hizo interminable, jodidamente interminable.

—No lo sé.

«¡Qué más da lo que vaya a hacer!», tuve que obligarme a pensar. Tres citas, ni una más ni una menos. Solo tres citas.

—Deberías descansar.

No quería que aquella noche terminara, pero no podía obviar que apenas si le iba a dar tiempo de ir a casa y echarse un rato. Sus brazos se apretaron un poco más en torno a mi cuerpo, como si quisiera dejar claro que no pensaba ir a ningún lado.

—Estoy bien —afirmó, y su aliento agitó un mechón de mi pelo—. Demasiado bien, a decir verdad.

Una sonrisita se dibujó en mi rostro.

—¿Vas a empatar nuestra cita con tu turno? Puedo pillarme un taxi y volver yo sola.

Aquello al menos le daría un rato de calma antes de empezar a trabajar.

—¿Estás intentando deshacerte de mí? —rió él, y su boca pasó de estar a la altura de mi sien a encontrarse junto a mi oído—. Porque yo estaba a punto de proponerte una tercera cita. Quiero más, Nadia —terminó por susurrar.

Su voz recorrió mi cuerpo como una descarga eléctrica, despertando de nuevo mi deseo. La mano que él había mantenido sobre mi estómago ascendió por mi costado y dibujó la curva de mi pecho. Sin pensarlo, giré la cabeza para darle acceso a mi boca.

—Me lo estás poniendo muy difícil —dijo él, y no supe a qué se refería hasta que continuó hablando—. No va a ser fácil superar la cita de esta noche.

—Se me ocurren una o dos ideas.

Sonrió mientras me sostenía la barbilla con la punta de los dedos, y no creo que me cansé de repetir lo mucho que me gustaba su sonrisa y el brillo que salpicaba sus ojos cuando sus labios se curvaban. Mi lado más cursi, ese que no creía tener, pensó en lo especial que era aquel hombre; por primera vez desde que me había metido en ese lío de citas con desconocidos y pactos con amigas poco cuerdas, temí que nada de lo sucedido fuese lo que parecía, que las dos citas no hubieran sido más que un espejismo, una farsa en la que yo iba cayendo poco a poco, segundo a segundo.

—Puedo imaginármelas —murmuró muy cerca de mis labios.

Hubo un primer roce muy suave, solo una pequeña tentativa, y a mí se me incendió la piel. Se acumulaban el deseo y las ganas, y la ansiedad que no dejaba de crecer conforme me preguntaba en qué demonios me estaba metiendo y si iba a saber salir de allí. Aún peor, ¿de verdad quería salir? Porque en ese momento lo único que deseaba era perderme en sus labios.

Raúl no tardó en satisfacer mi anhelo, quizás porque el suyo debía ser muy parecido. Tiró un poco de mí para incorporarme y yo olvidé la poca vergüenza que pudiera tener y me senté a horcajadas sobre sus caderas. Era fácil olvidar con él, demasiado fácil, y nos olvidamos de todo: su cuerpo olvidó cuál era mi espacio personal y lo invadió por completo; mi boca olvidó separarse de la suya para tomar aliento; sus manos olvidaron que la ropa se interponía entre ellas y mi piel; y mi espalda, que mis caderas se clavaban en las suyas cada vez que se arqueaba.

Raúl me devoró. Bebió de mí a tragos largos, saboreando cada pequeño gemido que escapaba de mis labios. Mi abrigo yacía arrugado en el suelo de la cabina y su jersey terminó acompañándolo. Deslicé las yemas de los dedos sobre su pecho desnudo y él rio contra mi boca cuando estos alcanzaron las líneas de su estómago. El sonido de su risa reverberó en el reducido espacio del habitáculo y me erizó la piel de la nuca.

Luego fueron sus manos las que se colaron bajo mi blusa, sus dedos los que se clavaron en mi

cintura, y el balanceo de mis caderas contra las suyas se convirtió en una tortura a la que ambos le dimos la bienvenida. Su erección resultaba evidente, la percibía en cada roce, pero ninguno de los dos hizo nada para convertir aquello en algo más. Seguimos besándonos con ansia, pero disfrutando de la sencillez de cada caricia, como si dispusiéramos de una noche eterna para continuar haciéndolo.

Pero el reloj, caprichoso, no fue capaz de detenerse. Llegó el amanecer y nos encontramos enredados el uno en el otro, con los labios hinchados y la mirada extraviada, cargada de deseo y de satisfacción, y también expectante por lo que no había llegado a suceder.

Raúl quería más, o eso había dicho.

Yo también.

Cuando fue evidente que él iba a tener que pasar esa jornada laboral sin dormir, se ofreció a llevarme de vuelta a casa antes de que tuviera que empezar su turno. Me negué en redondo y le dije que cogería un taxi. Insistió y le agradecí el detalle, para después mandar su caballerosidad a paseo con una sonrisa y un espectacular beso de despedida que nos dejó a ambos mucho más despiertos de lo que debíamos de haber estado dadas las circunstancias; eso sin contar con el cachondeo de sus compañeros de guardia, Luka entre ellos, que llegaban en ese momento y nos pillaron dándonos el lote en la puerta.

—Piensa en esa tercera cita —me gritó, desde la acera, cuando ya me metía en el taxi.

Yo no quería ni pensarlo. La idea me excitaba tanto como me aterraba.

El resto de mi día transcurrió como el clásico domingo de resaca, pero la mía era una muy particular y no la que suele provocar el alcohol. Pasé toda la mañana durmiendo y no almorcé hasta pasadas las tres de la tarde. En el móvil, ningún mensaje de Julia, y sí algunos selfis de Marco con una chica morena y preciosa en vete tú a saber qué local de moda. Los mensajes de mi compañero de trabajo eran poco habituales, pero siempre me arrancaban una sonrisa. Nunca se molestaba en escribir nada; sin embargo, era capaz de transmitir su estado de ánimo a base de fotografías.

Después de comerme un sándwich, porque no pensaba hacer ningún tipo de esfuerzo innecesario y ponerme a cocinar, me lancé en el sofá armada con el mando a distancia, una manta, un refresco y un paquete de patatas fritas por si más tarde me entraba el gusanillo. No tenía ni idea de a qué hora saldría Raúl de trabajar, pero supuse que se iría directo a la cama para recuperar las horas de sueño perdidas.

Resultaba curioso, a una parte de mí no le corría prisa tener un nuevo encuentro con él, y eso me hizo pensar en si lo que realmente me pasaba era que estaba acojonada. Al final, el pacto realizado con Julia se había apoderado de mi mente y de mi voluntad, y estaba convencida de que la tercera cita con Raúl sería una especie de prueba final. Era estúpido creer que después de esa no pudiera haber una cuarta, una quinta... Las que ambos deseásemos. Pero ¿y si todo aquello no era más que el resultado del plan de mi amiga para hacerme ver la luz? Al principio me había dado igual que así fuera, pero ahora...

Me puse una película y tomé la decisión de no darle más vueltas; aunque una cosa era lo que yo quería, y otra, lo que mi mente hiciera. En ese aspecto, teníamos diferencias irreconciliables. Me enteré solo de la mitad de la película, la otra la pasé en Babia o dormitando. Con lo tarde que me había levantado y las cabezadas que estaba dando, esa noche no iba a pegar ojo.

A eso de las diez llamaron a la puerta y yo me emocioné tanto con la posibilidad de que se tratara de Raúl que olvidé incluso las pintas de vagabunda que llevaba. Al abrir me encontré con la única persona a la que deseaba ver más que a él, la loca que me había metido en ese lío.

—Entra aquí —le dije, tirando de su brazo y arrastrándola al interior de mi apartamento sin darle opción a resistirse—. ¿Se puede saber para qué tienes móvil si no lo usas?

Cerré la puerta y me planté frente a ella; creo que sabía que se avecinaba tormenta, porque retrocedió un par de pasos.

—En el pueblo no hay casi cobertura, ya lo sabes.

—¡Pero si te ibas a casa de Álvaro! —protesté, elevando los brazos por encima de la cabeza, a dramática no me ganaba nadie.

Ella negó.

—Decidimos hacernos una escapada a casa de mis padres. En Navidad el pueblo está precioso...

Empezó a divagar y a detallarme la decoración y la iluminación de cada calle, y hasta la disposición de las figuritas del belén que había colocado el ayuntamiento en la plaza principal. Cuando cogía carrerilla era difícil pararla, pero yo me iba calentando por momentos y estaba a punto de hacer implosión si no le preguntaba ya acerca de Raúl.

—Julia —la atajé, pero ella siguió con su perorata—. Julia. ¡Julia! —grité por último, y ella se calló por fin.

Su mirada recorrió mi figura, deteniéndose brevemente en los agujeros de mi camiseta, una que había comprado en el primer concierto de Muse al que había acudido y de la que me negaba a deshacerme por motivos obvios; antes muerta que tirar ese tesoro.

—Llevas todo el fin de semana metida en casa, ¿no? —inquirió, y movió la cabeza en señal de desaprobación.

Esa fue la gota que colmó el vaso.

—Pero ¿qué me estás contando, Julia? —le espeté, perdiendo la paciencia—. ¿Sabes perfectamente dónde he estado! ¿O te crees que no sé lo que has hecho?

Tengo que reconocer que la expresión desconcertada de Julia era lo bastante natural como para hacerme dudar, pero yo conocía de sobra sus dotes de actriz y esta vez no estaba dispuesta a que me la colara.

—No sé de qué me estás hablando, pero suena interesante —rio, y entonces fue ella la que tiró de mí y me arrastró hasta el sofá.

Que ignorara mi enfado no mejoró las cosas.

—¡De Raúl! ¡Te hablo de Raúl! ¡Joder, Julia! ¡¿Se puede saber qué has hecho?! —le pregunté, y a continuación, sin suavizar el tono, añadí—: ¡No tengo ni idea de por qué te estoy gritando!

Pero lo sabía, sí que lo sabía. Si mi amiga confesaba su fechoría, no sabía cuál debía ser mi reacción o qué se suponía que tenía que sentir al respecto, y si resultaba que no tenía nada que ver con todo aquello... Las dos posibilidades me daban el mismo miedo. ¿Desde cuándo me había vuelto tan cobarde?

Me tranquilicé lo suficiente para narrarle a Julia lo sucedido en las dos citas con Raúl, y su mandíbula se fue descolgando conforme yo avanzaba en el relato. Eso no podía ser buena señal.

—Te lo estás inventando —me dijo, entre detalle y detalle.

Comencé a reírme como una loca, en plan bruja del este, y yo creo que eso fue lo que terminó de hacerle pensar que había estado bebiendo o drogándome, o ambas cosas.

—Dime que es cosa tuya.

Prácticamente le estaba suplicando, pero no sabía si para que me hiciera caso o, por el contrario, para que confirmara su inocencia.

Abrió la boca y la volvió a cerrar.

—Julia... —le advertí, para que contestara de una vez.

—Raúl estuvo el otro día en casa —comenzó a hablar, muy despacio—. Se mudó hace nada al piso que estaba libre sobre el tuyo y, como fue mi hermano el que se lo consiguió, pasó a decirme que ya se había instalado y que lo avisara si necesitaba cualquier cosa. El día anterior, en el curro, yo había afanado una cesta de Navidad para ti, ya que tu jefe este año está en plan rancio y no te ha regalado ni un turrón. —Se estaba enrollando y yo quería que fuera al grano, pero no me atreví a interrumpirla—. Le pedí a Raúl que te llevara la cesta. Yo llegaba tarde al trabajo, como siempre, y no quería entretenerme más, y él se mostró encantado de poder hacerme un favor. —Hizo una pausa, como si no se atreviera a continuar—. Nadia, eso fue lo único que le pedí, nada más.

El silencio se hizo en el salón mientras yo procesaba lo que Julia acababa de decirme. Tardé al menos un minuto en asumir la información.

—Me dijo que le habías hablado de mí —señalé. Lo recordaba perfectamente.

Julia ladeó la cabeza y su expresión adquirió un matiz culpable.

—Le dije que tuviera cuidado porque a veces mordías un poco, sobre todo por las mañanas antes de tomarte el café.

—¿Y qué más? —insistí yo, pero ella negó.

—Eso es todo...

La seriedad de su rostro no dejaba lugar a dudas sobre su sinceridad, y yo la creí.

¿Era eso lo que quería? ¿Que las dos citas con Raúl hubieran sido reales? ¿Que su risa fuera de verdad; su dulzura, parte de su forma de ser, y sus miradas, carentes de engaño? Ante el baño de realidad que acababa de darme mi amiga, mis carcajadas se desataron. Creo que mi mente buscaba una ruta de escape segura.

—Bueno —dije en voz alta, aunque ni siquiera hablaba con Julia—, no pasa nada. Nadie se enamora en solo tres citas. No es para tanto.

Y ese fue el clavo al que me aferré con todas mis fuerzas. Ni siquiera estaba obligada a tener esa última cita con Raúl; estaba a salvo de Zeus y de sus retorcidos planes.

Durante esa semana, mientras yo me hallaba sumida en una fase de negación en toda regla, Raúl no apareció, pero sí lo hicieron regularmente más pósitos en mi puerta. A veces no había en ellos más que una carita sonriente y un «BUENOS DÍAS, PRECIOSA», y otras me prometía una tercera cita épica. A la señora Carmen solo le faltó plantar una silla en el pasillo y sentarse allí a comer palomitas. Sabía que la mujer estaba al corriente de las idas y venidas de Raúl por nuestra planta y de cada una de las notas que me dejaba. Debía estar encantada.

Marco intentó sonsacarme, pero me negué a hablar de ello, y Julia parecía tan desconcertada que se limitó a asegurarse de que no me estaba volviendo majareta. Yo, por mi parte, intentaba concentrarme en el trabajo, pero no me aguantaba ni a mí misma. Por suerte, en unos días, después de Nochebuena, me tomaría unas pequeñas vacaciones; hacía un par de años había acordado con mi jefe que, dado que enero era un infierno en lo que a contabilidad se refería, bien me merecía descansar un poco antes de afrontarlo.

—No sé por qué estás así —soltó Julia una tarde, en una de sus visitas de control—. Entendería que te hubieras enfadado si Raúl te hubiera mentado, pero...

—Pero nada —corté su tentativa de sacarlo a colación.

—¿Todo esto es solo para no darme la razón? Porque, si es así, te estás luciendo.

La fulminé con la mirada, pero me di el gusto de contestarle.

—Es demasiado perfecto.

Ella arqueó las cejas.

—¿Raúl? —inquirió. No me gustó el tono que empleó, daba a entender que yo estaba equivocada—. Tiene defectos, Nadia. Unos cuantos.

Mi voluntad se dividió entre el deseo de saber cuáles eran y el de continuar viviendo en la ignorancia. Como Julia vio que no preguntaba, pero tampoco me había puesto a gritar, se animó a continuar:

—Según Manu, tiene problemas en lo que respecta al compromiso y... es bastante celoso.

Estallé en carcajadas de nuevo, la ocasión lo merecía.

—¿Manu? ¿Ese al que no se le conoce ninguna novia que le haya durado más de un fin de semana? ¿Ese Manu? —No sabía por qué defendía a Raúl con tanto ímpetu, si bien no me detuve ahí—. Vamos, Julia, tu hermano no sabe siquiera lo que significa esa palabra.

Julia se encogió de hombros. Mis palabras no la habían ofendido, conocía a su hermano tan bien como yo; era ella la que más caña le daba siempre.

—Tuvo una novia...

Aquello volvió a despertar mi curiosidad.

—¿Manu o Raúl? —pregunté para asegurarme. Lo de Manu me hubiera sorprendido, la verdad.

—¿Tú qué crees? —«Raúl entonces»—. Estaban saliendo cuando él se marchó a Nepal, y a su regreso...

Levanté la mano para hacerla callar.

—No quiero saberlo. —Mi comentario terminó de desconcertarla del todo. Yo tampoco lo entendía, pero traté de explicárselo lo mejor que pude—. Prefiero que me lo cuente él, si es que hay algo que contar. No quiero hurgar en su pasado de esta forma.

Yo sí me indigné al descubrir la expresión de sorpresa en el rostro de mi mejor amiga, que muy pronto pasó a ser una mueca burlona.

—Pero si la niña se nos ha hecho mayor en unos pocos días —se mofó, echándose a reír.

Le contesté con un empujón que la hizo caer de lado sobre el sofá, y no tardé en acurrucarme junto a ella.

—Entonces, ¿cuál es el problema? —me preguntó—. Vas a tener que explicármelo despacito y en versión niño pequeño para que te entienda.

¿Había en realidad un problema o me estaba montando la película yo solita? Un tío encantador, inteligente y divertido, cuyos besos eran capaces de ponerme a mil, había llamado a mi puerta, literalmente. Había tenido con él dos citas que no podían haberse desarrollado mejor y la química entre nosotros era arrolladora. Nadie decía que tuviera que casarme con él ni que aquello fuera a convertirse en algo serio, todo lo que me había pedido Raúl era una tercera cita, pero lo que estaba claro era que no iba a saber qué sucedía entre nosotros si no me arriesgaba.

Miré a Julia y me tragué el orgullo.

—Tengo miedo.

Enarcó las cejas, pero no se burló de mí, sino que esbozó una sonrisa comprensiva.

—Eso es de lo más normal, Nadia. Todos tenemos miedo, a veces de forma constante. Miedo a equivocarnos, a que nos hagan daño, a fallarle a alguien importante para nosotros... A no ser suficiente —enumeró, y, con cada palabra, me fui encogiendo sobre mí misma—. Pero tú eres una mujer fuerte y valiente, lo sé porque te conozco. Eres mi mejor amiga, y, aunque te caigas, volverás a levantarte. A eso sí podrías tenerle miedo, a no ser capaz de levantarte, pero eso no va a pasar porque yo estaré a tu lado para ayudarte a hacerlo. Inténtalo —añadió—, ten esa cita con Raúl y descubre si es el hombre del que podrías enamorarte. ¿Qué podría pasar?

—Que me cuelgue de él y él pase de mí, o que sea él el que se cuelgue de mí y yo pase de él...

—¿Y si os colgáis los dos y vuestras citas no se acaban nunca? ¿No sientes curiosidad por descubrir lo que planea?

No, eso no me inquietaba. En las anteriores tampoco habíamos hecho nada digno de mención: una cena, ir al cine... No era capaz de explicárselo a Julia, pero no se trataba del «dónde», sino del «cómo» y el «quién».

Permanecimos en silencio. No sé en qué estaría pensando ella, pero yo no podía pensar en nada en concreto. Estaba abrumada y era bastante probable que todo fuera por nada, seguramente le

estaba dando más importancia de la que tenía; era muy posible que Raúl ni siquiera se hubiera planteado nada más allá de salir por tercera vez y, con suerte, darse un revolcón conmigo.

—Dime una cosa, estás disfrutando con todo esto, ¿verdad? —le pregunté, sonriendo, un poco más calmada.

Julia también sonrió.

—Tal vez un poquito, solo un poquito.

—Te odio.

—Qué va, me adoras —me dijo, divertida—. Lo que pasa es que te cuesta expresar tus sentimientos. —Lo dijo bromeando, pero llevaba más razón de la que creía.

16

La tormenta pasó en gran parte gracias a Julia. Ambas teníamos que trabajar al día siguiente, pero nos montamos una fiesta de pijamas en cuestión de segundos. Terminamos el día en mi cama, acurrucadas bajo el edredón, riendo a carcajadas mientras arreglábamos el mundo como solo pueden hacerlo dos mejores amigas; si tenéis una amiga así, con la que podéis no hablar de nada y, aun así, que las horas vuelen, me entenderéis. Con nuestros más y nuestros menos, como en todas las amistades, hacíamos una pareja perfecta, ella soñaba y me hacía soñar a mí, mientras que yo, con mi personalidad un poco más pragmática, conseguía que no nos dejásemos llevar demasiado.

—Siento haberte presionado tanto —me dijo, y supuse que se sentía culpable.

Yo negué.

—Solo quieres que sea feliz.

—Pero tú ya eres feliz —señaló, hecha un rollito con la manta. Lo único que se veía de ella era su cabeza—. No necesitas a un tío para ello.

—Ni yo ni nadie, Julia. Pero miraos a Álvaro y a ti, tenéis una relación muy bonita, de igual a igual —expliqué, porque le había dado muchas vueltas y sabía que las intenciones de mi amiga habían sido buenas—. Sois dos personas estupendas por separado, y juntos... Os hacéis felices mutuamente y sacáis lo mejor del otro. Comprendo que quieras eso para mí. Pero no se puede obligar al destino a poner a una persona así en tu camino. —Fue a hablar, y yo me adelanté—. Ya, ya lo sé, si no me arriesgo...

Ella rio.

—Te lo estás diciendo todo tú solita.

—Es lo que tienen mis crisis existenciales —señalé, también riendo—, a veces incluso aprendo algo de ellas.

La mañana siguiente fue un desastre. Julia olvidó poner la alarma de su móvil y yo debí apagar la mía y seguir durmiendo. El resultado fue que, cuando por fin nos despertamos, las carreras no se hicieron esperar. Julia había dormido con una de mis camisetas, ni siquiera había ido a por ropa a su apartamento, así que recogió sus cosas y salió de mi casa en plan demonio de Tasmania. Yo estaba vistiéndome y escuché el portazo que dio, y la creía ya en su casa cuando entró de nuevo en el dormitorio.

Me tendió un nuevo pósit con una sonrisita. De repente, ya no parecía tener tanta prisa. Cuando lo tomé de su mano, me di cuenta de que no era uno, sino varios, y de que estaban numerados. Empecé a leerlos en orden.

«¿TIENES ALGO QUE HACER ESTA TARDE? ¿A LAS SIETE TE VA BIEN?», decía la primera nota, en la que

Raúl había dibujado una carita sonriente.

«NO CUENTA COMO TERCERA CITA. EL OTRO DÍA NOS DESPEDIMOS ANTES DE LO QUE ME HUBIERA GUSTADO Y...», continuaba.

Pasé a la siguiente, intrigada. Julia seguía plantada frente a mí, ansiosa por conocer qué era lo que ponían.

«NO TE LLEVÉ A CASA, ASÍ QUE NUESTRA SEGUNDA CITA NO HA TERMINADO.»

«NO TERMINARÁ HASTA QUE PUEDA BESARTE DELANTE DE TU PUERTA.»

¿Y si Raúl sabía algo de mi acuerdo con Julia? Levanté la mirada para mirar a mi amiga.

—¿Le dijiste a Raúl algo de las tres citas?

Ella negó, y a mí me pareció una extraña broma del destino que aquello fuera fruto de la casualidad.

—¿Qué te dice? —inquirió Julia.

—Quiere alargar nuestra segunda cita. Esta tarde, aunque no dice dónde quiere llevarme.

Mi amiga apartó la mirada y yo supe que había gato encerrado.

—¿Julia?

—No te puedes enfadar —se apresuró a decir—. Es un detalle muy bonito por su parte, pero necesitaba mi ayuda...

Eché una nueva ojeada a las notas, pero no había nada en ellas que diera a entender por dónde iban los tiros.

—¿Qué has hecho?

—¡Nada! Nada malo, de verdad. Te gustará.

No hubo manera de sacarle una palabra más al respecto, aunque me aseguró que me gustaría la sorpresa. Viniendo de Julia, podría tratarse de cualquier cosa.

—Si me has liado alguna de las tuyas, te juro que te mato. Pienso contarle a tus padres lo que pasó de verdad el día de la boda de tu prima Bea. Incluido lo de la sacristía... —la amenacé—. Les encantará saber por qué Álvaro y tú desaparecisteis en plena ceremonia.

—No serás capaz —replicó ella, y yo enarqué las cejas—. Vale, te prometo que te va a gustar. Si no te fías de mi criterio —añadió, fingiendo indignarse—, hazlo del de Raúl.

Eso tampoco me tranquilizó del todo, pero decidí dejarlo estar.

En el trabajo fue un día de lo más normal. Números, papeles, facturas... lo de siempre. Marco aprovechó el almuerzo para ponerme al día de sus idas y venidas, y yo me callé lo concerniente a Raúl porque necesitaba seguir digiriendo el hecho de que un tío hubiera despertado en mí una atracción tan brutal en cuestión de días.

Mi jefe también se portó bien. Sabía cuándo darme espacio y no atosigarme con temas banales, así que me dediqué a reinar en mi pequeño feudo particular sin mayores contratiempos y la rapidez necesaria para poder marcharme de la oficina un poco antes de lo normal.

Me pasé la tarde rezando para que la segunda parte de la cita con Raúl también implicara

montar en su moto, no os voy a engañar. Por si era así, me vestí con unos pitillos, botas planas y un coqueto jersey de punto que dejaba uno de mis hombros al aire. Llevaría también un abrigo para evitar helarme.

Raúl llamó a mi puerta a las siete menos cuarto, quince minutos antes de lo que se suponía. Al abrir, me llevé una sorpresa.

—Lo siento —me dijo—, mi turno debería haber acabado hace rato, pero hemos tenido que atender una emergencia a última hora. Manu me ha dejado en la puerta ahora mismo. Me doy una ducha rápida, me visto y bajo a buscarte.

Le pregunté si estaban todos bien y si había ocurrido algo grave, y él me aseguró que todo había marchado sobre ruedas. Aliviada, le di vía libre a mi mente para recrearse con la estampa que Raúl me estaba ofreciendo; solo diré una palabra: «uniforme».

Ni siquiera me planteé disimular. Mi mirada descarada lo recorrió de arriba abajo. A pesar de llevar la ropa y la cara repletas de manchas de hollín, estaba increíble. La chaqueta entreabierta dejaba ver parte de su pecho, cubierto por una camiseta sin mangas que era casi como una segunda piel. Bajo el brazo, el casco de bombero.

«Ay, madre», pensé. Sí, a ese nivel llegó mi profundidad mental.

Todo fue a peor cuando Raúl se percató de la forma en la que lo estaba mirando y una sonrisa se dibujó en su rostro.

—Sigo dándole vueltas a lo del calendario benéfico —comenté, haciendo honor a mi lamentable falta de vergüenza.

—Ah, ¿sí?

De repente Raúl ya no estaba en el descansillo, yo había retrocedido varios pasos y él había cruzado el umbral de la puerta. Estaba segura de que sabía con exactitud lo que estaba pensando.

Asentí.

—Lo veo. No sabes cómo lo veo —añadí, y él rio abiertamente—. Sería todo un éxito.

Deslizó el brazo libre en torno a mi cintura y me atrajo hacia sí despacio, muy despacio. Olía a humo, pero eso solo consiguió alentar más aún a mi desbordante imaginación.

—Sabes que estás un poco loca, ¿no?

Volví a asentir. Tenía sus labios muy cerca de los míos; si no me besaba él, lo haría yo.

—Me gusta estar loca.

La distancia se hizo aún más pequeña, solo unos pocos milímetros más...

—Me gusta que lo estés —replicó él, y me besó por fin.

No fue un beso excesivamente largo, tan solo duró unos pocos segundos, pero fue una promesa magnífica de lo que nos esperaba esa tarde.

—Dame media hora —susurró contra mi boca—. A no ser que quieras subir y darte una ducha conmigo...

Quise pensar que lo último lo había añadido mi mente, que a esas alturas ya estaba metida en su bañera con el bote de gel en la mano, pero comprendí que no era así cuando vi que Raúl esperaba

una respuesta.

No subí, no me preguntéis por qué. Supongo que quería tomarme mi tiempo para disfrutar de lo que ocurría entre nosotros, o puede que solo se tratase de un episodio de enajenación transitoria. Raúl no se mostró desilusionado ante mi negativa. Me dedicó una sonrisa tan encantadora como descarada y me dijo que regresaría enseguida; aunque él me había propuesto esperarlo en su apartamento, me dije que evitaría tentaciones si me quedaba en el mío.

Me serví una copa de vino y puse algo de música mientras lo esperaba, y apenas veinticinco minutos después Raúl estaba frente a mi puerta.

—¿Nos vamos?

—¿Puedo saber a dónde? —inquirí, porque mi curiosidad no había dejado de aumentar.

—A tomar un café.

Era una hora un poco rara para un café y no me imaginaba qué plan podía esconder tras esa sencilla propuesta, pero estar con Raúl era agradable al margen de lo que hiciéramos juntos.

De nuevo cogimos la moto. Él aprovechaba los semáforos en rojo para mirarme por encima de su hombro y, a pesar de la visera tintada, yo podía imaginar una sonrisa en su rostro cada vez que lo hacía. Me encantaba aquella moto y me encantaba él; recorrer las calles de Madrid apretada contra su espalda resultaba un magnífico aliciente.

El trayecto no fue demasiado largo y, en efecto, me llevó a una cafetería al oeste de la ciudad; un local con mucho encanto, las paredes pintadas en tonos suaves y mobiliario de madera. No había un solo sitio disponible, pero eso no disuadió a Raúl.

Me guio de la mano entre las mesas hasta que alcanzamos el lateral de la barra, y una de las camareras se nos acercó sonriendo. Raúl me soltó entonces y ambos se fundieron en un abrazo; aunque la escena me descolocó, me esforcé para no empezar a imaginarme cosas raras antes de tiempo.

—Qué caro te vendes —le dijo a Raúl.

Debía tener más o menos mi edad; era muy bonita, con unos grandes ojos azules y el pelo moreno y muy largo. No sé por qué, pero pensé de inmediato en la novia que Julia había mencionado esa mañana y de la que yo no había querido saber nada.

—No seas quejica —replicó él. La mantenía sujeta con un brazo de un modo que dejaba claro que mantenían una relación cercana.

—Tati, esta es Nadia —nos presentó, volviéndose hacia mí—. Nadia, esta es Tatiana, mi hermana.

Me avergüenza decir que el dato me produjo un alivio considerable.

—Encantada.

—Así que tú eres la artista —me dijo, con una sonrisa que era muy parecida a la de su hermano. No supe a qué se refería hasta que se volvió hacia la pared más cercana—. Te felicito, son maravillosos.

Mis ojos pasaron de esa pared a la siguiente, recorriendo todo el local en cuestión de segundos. En todas ellas había colgados varios de mis bocetos enmarcados. Presté más atención al resto de la decoración, había también estanterías con libros; en las mesas, algunos clientes leían, incluso una pareja señalaba uno de mis dibujos y, supuse, hablaba sobre él.

—Mi hermano no suele proponer a ningún autor —continuó Tatiana—, aunque esto es tan suyo como mío.

Raúl debió percatarse de mi desconcierto. Le dijo a su hermana algo que no llegué a escuchar y esta nos dejó a solas.

—He metido la pata, ¿no? —se apresuró a preguntar.

Nunca había dibujado con la intención de exponer mi obra; ni siquiera creía tener una *obra* en sí. Eran solo ideas que me dedicaba a plasmar sobre el papel.

—¿Este sitio es tuyo? —acerté a preguntar.

—De mis padres, pero ellos nos cedieron la gestión cuando se mudaron a Valencia —comenzó a explicar muy rápido, preocupado por mi reacción o la falta de ella—. En realidad, Tati es la que se encarga de todo; pero, cuando vi tus dibujos, pensé que merecían ser mostrados para que la gente pudiera disfrutar de ellos... —Su voz se fue apagando.

Me mantuve en silencio mientras echaba un nuevo vistazo a las paredes, y Raúl me explicó que la afición por el arte en su familia venía de lejos. En el local se exponían con regularidad obras de autores poco conocidos pero de gran talento, o eso fue lo que me dijo; yo no me creía en ese grupo. Mi mente era incapaz de procesar que alguien quisiera colgar mis dibujos en sus paredes, menos aún en una galería-café, y me sorprendí aún más cuando Raúl me hizo saber que varios clientes habían mostrado su interés en adquirir algunos de ellos.

—Bromeas.

Él negó.

—Siento haberlo hecho sin tu permiso, pensé que sería bonito y que te gustaría verlos aquí.

Su expresión culpable me hizo reír, y él respondió a mi risa con una mirada esperanzada.

—Y me gusta —le dije—. Solo es que nunca había pensado que mis garabatos interesaran a nadie.

Él pareció aliviado, pero me reprochó que infravalorara mi trabajo.

—Un momento, te los ha dado Julia, ¿verdad?

Raúl asintió con una mueca culpable.

Eso era lo que me había ocultado mi amiga horas antes. Julia tenía una llave de mi casa y debía haber entrado a cogerlos en mi ausencia. Como no había pintado en los últimos días, no me había percatado de que faltara ninguno.

Miré la pared de la derecha, allí colgaba uno de los dibujos favoritos de Julia; ella había sido

la modelo.

—¿Te ayudó a elegirlos? —inquirí, y no pude evitar reír.

—No te enfades con ella. No puedes negarle tu talento al mundo —replicó él, acercándose un poco más a mí.

—Os mataría a los dos, pero...

Raúl arqueó las cejas.

—Pensaba que odiabas esa palabra.

—Pero... —continuó— gracias.

Había sido un detalle, uno inesperado y desconcertante; no podía enfadarme con Julia o con él.

Estuvimos sentados en la barra tomando café y hablando con Tatiana. Su hermana me cayó muy bien y, a pesar de mis escasas dotes sociales, creo que yo también a ella. Hablar con Tati, como la llamaba Raúl, era tan fácil como hacerlo con él; era una chica sencilla, muy dada a la risa y de la clase de personas que transmiten serenidad. Se notaba que Raúl y ella estaban muy unidos y, aunque parecía un poco pronto para las presentaciones familiares, la conversación fue tan amena y se desarrolló con tanta naturalidad que no me sentí en absoluto incómoda.

—¿Cómo es que no pasáis las fiestas juntos? —le pregunté a Raúl, mientras Tatiana atendía a un cliente.

—Ella cierra y se va a Valencia, tanto en Nochebuena como en Nochevieja. Ventajas de ser la jefa.

Pasamos del café a las cervezas sin darnos cuenta, aunque optamos por tomarlas sin alcohol. El local se fue vaciando y terminamos sentados en torno a una de las mesas, riendo y contando anécdotas de nuestras respectivas infancias. La mayoría las contó Tatiana, y las que reíamos éramos ella y yo. Raúl aguantaba el chaparrón de bromas con estoicismo.

—Si lo sé, no te traigo —protestó él, aunque parecía feliz y relajado.

—Ah, no, calla —repliqué yo—. De eso nada. Tengo material suficiente para torturarte durante días. —En realidad, había pensado «meses», pero no quería dejarme arrastrar por el entusiasmo.

—Esta chica me gusta —intervino Tatiana, poniéndose en pie. Todos los clientes se habían marchado ya.

Choqué los cinco con ella ante las narices de Raúl, y este puso los ojos en blanco, resignado.

—Sois lo peor.

Tatiana se encaminó hacia la barra. Parecía exhausta, pero aún tenía que cerrar.

—Vamos, hermanita, vete a casa. Ya cierro yo —se ofreció Raúl, al verla moverse con lentitud detrás de la barra.

A ella se le iluminó la cara.

—¿Harías eso por mí?

Él asintió.

—Vete.

—No te olvides de vaciar la caja.

—Vete ya —repitió él.

—Y poner la alarma —añadió ella, lanzándole un juego de llaves.

—Vete antes de que me arrepienta.

Pero Tatiana se abalanzó sobre él y le plantó sendos besos en las mejillas.

—Te quiero, idiota —le dijo, y luego se volvió hacia mí—. No dejes que me vacíe el estante de las bebidas.

Yo alcé las manos.

—No te prometo nada; de los dos, él es el más responsable. Yo no soy más que una loca.

Raúl rio y su hermana me dio otro beso a mí.

—Cuidámelo, ¿vale? —me susurró muy bajito—. Lo ha pasado mal.

Seguimos las instrucciones de Tatiana para cerrar, aunque Raúl hizo que se llevara el dinero antes de marcharse. Ella iría directamente a su casa, mientras que nosotros... Bueno, no era cuestión de dar vueltas por Madrid con la recaudación de todo un día en el bolsillo.

Esperé a que Raúl terminara sentada sobre una de las mesas. Cuando por fin apagó todo, el local quedó solo iluminado por las luces de emergencia. Lanzó un trapo sobre la barra y salió de detrás de ella sonriendo. Me quedé observándolo y no pude evitar pensar en lo bien que me sentía a su lado.

—Bueno, y ahora ¿qué? —le pregunté, pero él continuó avanzando entre las mesas en silencio.

Llegó hasta mí y se detuvo tan cerca que mis rodillas le rozaban las caderas. Alzó una mano para atrapar uno de mis mechones rebeldes y meterlo detrás de mi oreja.

—¿Qué quieres hacer tú, Nadia?

Tenía esa manera de pronunciar mi nombre, con tanta suavidad que las letras parecían acariciar sus labios al salir.

—No lo sé —admití, pendiente de cada uno de sus movimientos.

No tenía ni idea, pero no me importaba.

Abrí un poco las piernas y, sin dejar de mirarme, él se acercó hasta colocarse entre ellas.

—Mis planes para hoy llegaban hasta aquí —me dijo, inclinándose levemente sobre mí.

Estábamos prácticamente a oscuras y demasiado cerca el uno del otro para no pensar en las cosas que podrían suceder sobre una mesa. La piel se me erizó y arqueé la espalda para tratar de alcanzar sus labios, pero él, en vez de besarme, apoyó la frente contra la mía.

—Estoy muy tentado de desnudarte y hacértelo aquí mismo —soltó sin reparos.

Mi cuerpo recibió su confesión con un estremecimiento, y el deseo despertó en mí.

—Si añades un «pero» a esa afirmación, no lo cuentas —le espeté yo, y él rio.

—Eres preciosa, divertida y estás completamente loca. Y me pones cachondo con solo mirarme.

A continuación, colocó una mano en la parte baja de mi espalda y empujó, pegándome más a él. Su erección apretó el punto justo entre mis piernas.

—Pero... —prosiguió, y el jadeo que nacía en mis labios se convirtió en una especie de gruñido—. Tenemos una tercera cita pendiente.

—¿Tienes alguna clase de fetiche con el tres? —inquirí, curiosa.

Él negó.

—Es un buen número. No tengo prisa contigo, Nadia —señaló, aunque el deseo en sus ojos decía lo contrario—. Voy a disfrutar de esto —añadió, frotándose contra mí y haciendo que jadeara—, y lo voy a alargar hasta que ninguno de los dos consiga pensar en otra cosa.

—Te va la tortura, ¿eh? —me burlé, porque aun excitada no podía evitar bromear.

Sus dedos se dirigieron al botón de mis pantalones; yo seguí su movimiento con la mirada. Me moría de ganas de que me tocara y estaba segura de que a él le pasaba lo mismo. La postura no era la más adecuada, ni tampoco mi atuendo, pero di gracias por la existencia de los pantalones elásticos. Su mano se coló bajo la cinturilla y, dos segundos más tarde, uno de sus dedos se deslizó entre los pliegues de mi sexo.

—¿Puedo torturarte un poco entonces? —me preguntó, y mi cabeza realizó un asentimiento antes siquiera de que yo pensara una respuesta.

Raúl me hizo bajar de la mesa para poder tener un mejor acceso, aunque me quedé apoyada contra ella. Repitió el movimiento con suavidad, pero a mí ya me daba igual el cuidado que mostrara; sus caricias habían provocado un incendio que no tardó en extenderse por todo mi cuerpo.

Lo agarré de la nuca y me hice con sus labios, ansiosa, desesperada por perderme una vez más en su boca, mientras él continuaba acariciándome. Trazó círculos sobre mi centro para luego introducir uno de sus dedos en mi interior. Mis gemidos se perdían entre sus labios y él parecía disfrutar de aquello tanto como yo.

—Joder, Nadia, es difícil resistirse...

—Pues no lo hagas.

Él no se detuvo, pero se separó un poco para mirarme a los ojos.

—No quiero precipitarme.

Bajé la vista hasta la zona en la que su mano desaparecía dentro de mis pantalones.

—Igual ya es un poco tarde para eso —me reí.

Sonrió. La retiró un poco y volvió a hundirse en mí con mucha menos suavidad, arrancándome un nuevo jadeo.

—¿Tú crees? —preguntó, pero yo ya no fui capaz de contestarle—. Eso pensaba...

Continuó torturándome, cada vez con más intensidad, saliendo y entrando de mí a su antojo, mientras me besaba con la misma pasión que empleaba en sus caricias. Me llevó al límite varias veces, y en todas se detuvo justo antes de que yo alcanzara el clímax. Fue una tortura en toda regla, pero una tortura tan deliciosa que, cuando por fin alcancé el orgasmo, mi liberación fue explosiva. Tuve que agarrarme al borde de la mesa porque mis rodillas cedieron a la descarga de placer que me provocó.

—Vaya... —Fue cuanto pude decir al recuperar el aliento.

Raúl me dedicó una media sonrisa.

—Sí, vaya...

Nos echamos a reír, y ese detalle fue tan maravilloso como lo que acabábamos de compartir. La complicidad que se respiraba entre nosotros daba un poco de miedo, pero era imposible resistirse a ella.

Raúl no le dio importancia al hecho de llevar una tienda de campaña en los pantalones, aunque

tuvo que recolocarse el «material», y yo, por supuesto, aproveché para reírme de él. Al salir del bar había empezado a lloviznar y Raúl propuso regresar a casa para evitar que nos pillara un aguacero conduciendo la moto. Al día siguiente los dos teníamos que trabajar y no era cuestión de que repitiera su hazaña de no dormir en toda la noche, así que no pude negarme; yo tampoco resultaba muy agradable cuando mis horas de sueño no eran las suficientes.

Subió conmigo hasta la planta de mi apartamento y me acompañó junto a la puerta, aunque evitamos montar un nuevo numerito en el ascensor por aquello de que la señora Carmen seguro que estaba al acecho. De todas formas, alargamos la despedida, entre besos y bromas, y terminamos sentados en el suelo del pasillo, uno al lado del otro, cuchicheando en voz baja para no ganarnos una reprimenda de los vecinos. No queríamos decir «adiós».

Podía haberlo invitado a pasar o él podía haber sugerido subir a su apartamento, pero ninguno hizo nada para cambiar aquello y, sinceramente, estuvo bien que fuera así.

—¿Pasarías conmigo la noche de Fin de Año? —me propuso, tomándome por sorpresa—. Creo que sería una tercera cita perfecta.

No contesté enseguida; mi plan para esa noche consistía en pasarla con Julia y Álvaro. Ya hacía varios años que mi amiga y yo salíamos por ahí después de las uvas, sin un rumbo determinado, y acabábamos perdidas por las calles de Madrid, en cualquier bar que encontráramos abierto y en el que se pudiera bailar. Álvaro se había unido a nosotras las últimas veces.

—¿Me estás diciendo que no piensas verme en más de una semana?

Eso había sonado un poco desesperado, ¿no? Pero quedaban aún dos días para Nochebuena, que yo celebraría en la casa de los padres de Julia y Manu; y eso suponía que restaban todavía nueve días para el último día del año.

Raúl ladeó la cabeza, buscando mi mirada, y en la suya descubrí la diversión que mi pregunta le había provocado.

—¿Qué tal un maratón el día de Navidad? Si no tienes planes, claro... Aunque eso no cuenta como cita.

Aquello sonaba bien, demasiado bien.

—Siempre salgo con Julia en Nochevieja —señalé.

No iba a dejar a mi mejor amiga colgada.

—Es Manu el que da la fiesta a la que quiero llevarte, podéis venir las dos.

Le mostré tres dedos.

—Tres, somos tres. Álvaro, su novio, también vendría.

Pero eso no era un problema. Manu y él se conocían de sobra.

—¿Eso es un sí?

—Puede —tercié yo, pero sabía que, si Julia estaba de acuerdo, tendríamos nuevos planes para esa noche.

Ir a esa fiesta con Raúl, tener por fin la tercera cita con él, parecía una maravillosa forma de darle la bienvenida al nuevo año. Y, cómo no, también lo era el maratón que planeamos para el día

de Navidad.

Mi espíritu navideño había sido siempre muy... particular, como yo misma, pero ese año estaba descontrolada. Julia no dejaba de observarme mientras le echaba una mano poniendo la mesa. Notaba sus ojos fijos en mí y, al final, me planté frente a ella.

—¿Qué pasa?

Ella esbozó una sonrisita.

—No sabía ni que conocías la letra de ese villancico. —Al percatarse de mi desconcierto, añadió—: Estabas tarareándolo.

Yo negué, convencida de que se lo estaba inventando.

—Venga ya...

—No me quejo, que conste. Me encanta verte tan feliz.

Álvaro y Manu aparecieron en ese momento y se unieron a la conversación.

—¡Hola, preciosa! —dijo Manu, pasando un brazo en torno a mi hombro—. Contigo quería yo hablar. ¿Raúl y tú estáis saliendo o algo así?

La pregunta me pilló desprevenida.

—Ah, hermanito, no te hacía tan cotilla —le soltó Julia.

Álvaro se acercó a ella. Esta le dio un beso rápido en los labios y nos devolvió su atención.

—Solo me preocupo por Nadia —señaló Manu, y ahí sí que tuve que reírme.

—Se agradece, pero sé cuidarme solita. Además, Raúl es un buen tío. —Se encogió de hombros, aunque eso fue después de un mal disimulado codazo de su hermana—. ¿Qué?

Alterné la mirada entre ellos. Álvaro tampoco perdía detalle.

—No querías saberlo, ¿recuerdas? —comentó Julia, y comprendí que todo aquello tenía algo que ver con la exnovia de Raúl.

Dejé sobre la mesa el puñado de cubiertos que estaba colocando y aproveché esa pausa para pensarme bien lo que iba a decir.

—Está bien. Sigo sin querer saberlo. Y tú —añadí, señalando a Manu—, deja de preocuparte por mí. —Fingí sacudirme presa de un escalofrío—. Eso sí que resulta perturbador.

Álvaro reprimió una carcajada y le dio un golpe en el hombro a su futuro cuñado.

—Tío, creo que Nadia sabe lo que le conviene mejor que tú. Sin ofender, pero su criterio suele ser más acertado que el tuyo.

—Iros todos a la mierda —protestó Manu, y yo continué poniendo la mesa.

Comencé a canturrear, en esa ocasión de forma consciente. Estaba contenta e incluso me alegraba de hacer un poco de vida social para variar.

Una vez que estuvo todo listo, nos sentamos a cenar. La velada transcurrió de forma tranquila,

amenizada por las bromas del padre de Julia y Manu, que adoraba reunir a su familia, y las tonterías que soltaba yo de tanto en tanto.

Comenté con Julia la idea de Raúl para Fin de Año y Manu nos confirmó que había organizado, junto con Hulk, una fiesta en el mismo bar en el que yo había estado días atrás.

—¿Habéis alquilado todo el local? —repuse yo, un poco alucinada con el despliegue de medios.

—¿Qué pasa? —terció él—. Somos muchos y hay que pagar entrada.

—¿Tu hermana también? —intervino Julia.

—Tú, el doble —se burló, y ella le enseñó la lengua.

—Me parece un buen plan —dijo Álvaro, enredando los dedos con los de mi amiga—. Si tú quieres, claro.

Manu puso los ojos en blanco y yo le arree un codazo en las costillas.

—El día que aprendas a tratar a una chica como él trata a tu hermana —le dije en un aparte—, igual te duran más de dos días.

Era como predicarle a un converso, pero, quién sabe, igual un día algo de lo que le decíamos conseguía dejar algún tipo de huella en él.

—¿Y a ti? ¿Te trata bien? —me preguntó Manu, inclinándose sobre mí.

—¿Álvaro? Sí, es muy majo...

—Me refiero a Raúl.

Ya sabía a quién se refería, aunque no comprendía por qué estaba tan interesado en lo que había entre Raúl y yo.

—Lo sé, Manu —le contesté—, pero no te pega preocuparte, de verdad.

Arrugó el ceño, si bien, no insistió, y yo pensé que igual se me había ido un poco la mano; para una vez que se interesaba por algo que no fuera él mismo y su interminable lista de conquistas...

Tras la cena vino el brindis y luego una cantidad de postres indecente. Si no me dediqué a rodar de un lado a otro del salón fue porque estuve sentadita la mayor parte del tiempo. Manu se fue por su lado, y Álvaro, Julia y yo nos marchamos juntos; ellos al apartamento de mi amiga, y yo al mío, claro está.

Encontré otra nota de Raúl pegada en mi puerta. Supuse que la habría dejado antes de irse a trabajar. Álvaro y Julia se entretuvieron al pasar por delante, intentando leer lo que ponía, pero la aparté de sus miradas curiosas y los mandé derechos a su propio apartamento.

Una vez en casa, la leí: «ESPERO QUE HAYAS DISFRUTADO DE LA CENA. FELIZ NAVIDAD, NADIA».

Esa noche me fui a dormir con una estúpida sonrisa en el rostro y soñé con una sesión maratónica de series, y también de sexo.

Julia se metió en mi cama cuando yo aún no había abierto los ojos, ni muchos menos puesto en marcha mi cerebro. Después de lo que había hecho mi amiga para ayudar a Raúl a conseguir mis dibujos, lo de entrar en mi piso se estaba convirtiendo en una malsana costumbre, más aún si,

como entonces, se ponía a saltar sobre el colchón con un entusiasmo y una energía insultante a esas horas de la mañana.

—Julia —gruñí, metiendo la cabeza bajo la almohada—. Dios, deja de hacer eso.

Mis palabras eran prácticamente indescifrables y, por supuesto, ella no me hizo caso. Saqué la cabeza y la miré. Estaba todavía en pijama y sonreía como si, en vez de Navidad, fuera el día 22 de diciembre y acabara de tocarle el gordo.

Estiró el brazo y me plantó su mano en plena cara. Un anillo relucía en su dedo anular, uno que la noche anterior no había estado ahí, y me puse en pie de un salto, ya totalmente despierta.

—¡Ay, madre! —exclamé, y ella asintió—. ¡¡Ay, madre!!

Julia reía. A esas alturas, ya estábamos pegando botes como dos locas.

—Es mi regalo de Papá Noel —rio, dejándose caer sobre el colchón.

Yo me tumbé a su lado.

Estaba radiante, y yo no podía alegrarme más por ella. Álvaro y mi amiga se merecían cada cosa buena que les pasase.

—¡Eh! Un momento... ¿Te das cuenta de que podrías haberme pillado en plena sesión de sexo salvaje? —fingí indignarme.

Se me habían humedecido los ojos.

—¿Con Raúl? —terció ella, con un cómico movimiento de cejas—. Trabajaba anoche, así que supuse...

—¿Sabes lo que quiere decir la expresión «sexo mañanero»? —la interrumpí, aunque no estaba ni mucho menos enfadada—. Eso que parece que tú no tienes con tu prometido.

Me sacudió con la almohada con tanta fuerza que podía haberme arrancado los dientes; no mostró compasión alguna.

Julia y yo hacíamos ese tipo de chorradas a menudo, pero esa mañana resultó especial, no sé muy bien por qué. Tal vez ayudó que me pidiera que fuese su dama de honor. Me marché al baño a la carrera alegando que se me había metido algo en el ojo; el «te quiero» que no atiné a decirle, supongo.

Después de que Julia regresara junto a su futuro marido, me llamaron mis padres desde Canarias para felicitar me la Navidad. Me echaban de menos, aunque estaban disfrutando mucho del viaje.

—Estoy a la orilla del mar —gritó mi madre para que la oyera, y mi padre la regañó porque no escuchaba lo que yo le decía.

Me reí mientras ellos discutían brevemente; eran así, no podían vivir juntos ni separados.

—Papá. ¡Papá! —reclamé su atención—. Disfrutad, ¿vale?

—Te hemos comprado ese perfume que tanto te gusta —me dijo él, y mi madre volvió a protestar; acababa de destriparme mi regalo de Reyes.

El pobre se deshizo en disculpas y yo le aseguré que no pasaba nada. Charlé un poco más con ellos y colgué tras asegurarles que hablaríamos también en Nochevieja si las líneas lo permitían.

Desayuné en la cocina: unas tostadas con mermelada, un cruasán, un zumo y un café con leche, a

pesar de la copiosa cena de la noche anterior. Al acabar, salí al descansillo para comprobar si había alguna nota. Ya se había convertido en una costumbre, aunque supuse que, de ser así, Julia se habría encargado de traérmela cuando había irrumpido en mi dormitorio.

No sabía en qué momento aparecería Raúl, pero yo tenía todo el día libre y pensaba dedicarlo a no hacer nada. Estaba oficialmente de vacaciones hasta que el año nuevo me lanzara de cabeza al arduo trabajo de cuadrar las cuentas del que había finalizado. Eso significaba que podía hacer el vago a placer, y era exactamente lo que me proponía.

Me di una ducha rápida y me enfundé en otro de mis pijamas, una reciente adquisición que estaba deseando estrenar: un camisón de *Harry Potter* comprado en Primark. Estuve tentada de calzarme las zapatillas con forma de unicornio, pero me pareció excesivo, por aquello de que Raúl podía aparecer en cualquier momento. En su lugar, me puse unos calcetines extragordos, ese era todo el sacrificio que estaba dispuesta a hacer para mejorar mi presencia.

Me senté en el sofá, dispuesta a dibujar un rato. Puse música de fondo y dejé que mi mente se vaciara de cualquier pensamiento. Mis dedos agarraron el carboncillo y ya no fui capaz de soltarlo en varias horas.

20

Los golpes en la puerta apenas si consiguieron apartarme de mi trance creativo; no sé las veces que habían llamado cuando por fin me percaté de ello.

—¡Ya voy!

Dejé todo a un lado y me levanté de un salto. Al abrir, tuve la precaución de apartarme por si se trataba de Julia y entraba de nuevo a la carrera, pero no era ella, sino Raúl. Sus ojos me recorrieron de arriba abajo sin prisa y, al alzar la vista, una sonrisa se extendió por sus mejillas. Yo, ni corta ni perezosa, le hice el mismo repaso corporal; a descarada no me ganaba nadie.

Eso le hizo sonreír aún más.

—Bonito camisón.

—Bonita sonrisa —repliqué yo.

Levantó las manos y me mostró las bolsas con las que cargaba.

—Traigo provisiones.

—Entonces... «Bienvenido a mi morada. Entre libremente por su propia voluntad y deje parte de la felicidad que trae» —recité.

Él se quedó inmóvil en el umbral, aunque su sonrisa no desapareció. Igual me había pasado de friki, pero me juré que, si no pillaba la referencia, me plantearía seriamente lo de dejarlo entrar. Pertenecía a otro de mis libros favoritos.

—*Drácula*, de Bram Stoker —afirmó sin titubear, y yo le hice una leve reverencia.

Por una vez, mis niveles de frikismo no resultaban tan perturbadores. Ya veríamos si sucedía lo mismo cuando descubriera la colección de Funkos que adornaba la estantería de mi dormitorio.

Vaciamos la compra encima de la mesa: patatas fritas de varios tipos, palomitas para microondas, un par de bolsas de chucherías, una tableta de chocolate, refrescos y dos *packs* de cervezas.

—¿Planea usted emborracharme, señor bombero?

Él enarcó una ceja y esbozó una media sonrisa.

—Casi me da más miedo que seas tú la que lo intentes.

Compuse mi expresión más inocente, algo complicado tratándose de mí, y fracasé estrepitosamente. Acabé riéndome de mis esfuerzos y Raúl se unió a mis carcajadas.

Tardamos poco en decidir qué ver. Elegimos *El señor de los anillos*. Tengo que admitir que fui a lo seguro al proponerlo, porque es el tipo de película que nunca te cansas de ver.

—¿Versión extendida? —inquirió, y casi pareció que me estaba haciendo una proposición indecente.

Asentí muy despacio.

Me acomodé en el *chaise longue* y él hizo lo mismo en la parte restante del sillón. Aún estaban saliendo los créditos iniciales cuando Raúl cogió uno de los cojines, lo colocó justo al lado de mi cadera, al lado contrario que un momento antes, y se tumbó de nuevo. Me divertió la forma en la que trató de encajar su cuerpo robusto en el espacio del que disponía, y también que, finalmente, su cabeza y la mía quedaran a escasa distancia. Eso nos permitiría besarnos llegado el caso...

No era que yo estuviera planeándolo ni nada de eso.

Frodo acababa de lanzarse sobre el carromato de Gandalf cuando Raúl volvió a hablar:

—¿Haces esto a menudo?

—¿Pasar el día de Navidad atrincherada en el sofá viendo *El señor de los anillos*? —inquirí, y ladeé la cabeza para mirarlo—. Solo lo he hecho una o dos veces en mi vida, puede que tres. ¿Y tú? —Había desviado la pregunta; sabía que no era eso a lo que se refería.

—Nunca, que recuerde.

Le guiñé un ojo y él me sonrió, mirándome desde abajo.

De regreso al silencio, mi mente se aventuró en ese terreno pantanoso que llevaba hasta su exnovia. Opté por ser yo la que abriera la veda de la conversación sobre las relaciones anteriores.

—No.

—¿No, qué?

—No, no hago esto a menudo —aclaré—. No acompañada al menos.

Se me quedó mirando como si le hubiera descubierto el origen del universo. Nos habíamos puesto demasiado serios de repente.

—¿Y tú? —volví a preguntar.

—A veces. Antes.

Asentí, podía imaginarlo.

Nos centramos en la película, aunque yo me la sabía de memoria, diálogos incluidos. Él había apoyado la mejilla en su mano, y el codo, en la almohada. Sus dedos rozaban mi brazo y un cosquilleo extraño empezó a extenderse por mi piel.

No cruzamos una palabra hasta que los *hobbits* llegaron a La Cima de los Vientos.

—¿Nadia? —Hice un ruidito para que supiera que lo escuchaba—. ¿Julia no te ha hablado de mi ex?

Casi me atraganto con una palomita. La obligué a seguir su camino en dirección al estómago sin masticarla siquiera.

—Emm... no.

—Pensé que te lo habría contado.

Decidí que era un buen momento para bajar la vista y mirarlo. No fui capaz de descifrar su expresión, pero ya no sonreía.

—No quise saber nada al respecto —admití, y él frunció el ceño—. Los secretos pertenecen a sus dueños hasta que estos deciden revelarlos.

Me quedó más poético de lo que había querido, pero resultaba un resumen bastante acertado

sobre lo que pensaba del tema. No me gustaba la gente que se empeñaba en saberlo todo de una persona; si esta quería contarte algo, encontraría el momento para hacerlo. De eso iba la confianza.

En la televisión, la comunidad del anillo continuaba su viaje a través de la Tierra Media, pero en mi salón parecía haberse detenido el tiempo.

—Eso te honra —dijo él, y yo me eché a reír, deshaciendo así la tensión que se había adueñado del ambiente.

—Tengo un buen montón de defectos; supongo que puedo pasar sin añadir el de cotilla a la lista. Él pareció pensárselo mucho antes de replicar.

—¿Quieres saber qué nos pasó?

—¿Quieres tú contármelo?

Titubeó, y supe que la idea de relatar lo que quiera que hubiese sucedido entre ellos no le resultaba en absoluto atractiva.

—Otro día —le dije, para no obligarlo a contestar—. No tiene por qué ser hoy. Ni mañana, ni pasado... —bromeé, y sonreí para tranquilizarlo.

Él dejó caer la cabeza sobre la almohada, pero no apartó la mirada de mí. Tenía unos ojos muy dulces —todo él era muy dulce— y me resistía a pensar en que, como toda persona, también tendría defectos... quizás los que habían acabado con su relación. Tal vez, como había dicho Manu, y aunque yo me había reído de él, Raúl tuviera alergia al compromiso.

Continué dándole vueltas al tema y de sus defectos pasé a los míos. Llevaba huyendo, quién sabe cuánto tiempo, de un compromiso real, aunque me engañara a mí misma pensando que mis citas eran desastrosas y que no habrían llegado a nada más. En realidad, lo que me aterraba era que eso sucediera. Tener y perder me parecía mucho peor que no haber tenido, no me importaba que la gente dijera lo contrario. Era más fácil quejarme de los tíos con los que me liaba y no tener que preocuparme de que alguno me gustara lo suficiente para querer algo más.

Pero Raúl, con sus miradas tiernas y sus sonrisas brillantes, con la atracción que despertaba en mí y el fuego que desprendía, lo estaba convirtiendo en algo diferente. Estaba traspasando una línea que yo no sabía que hubiera trazado, y yo se lo estaba permitiendo.

Nos miramos durante largo rato, olvidando la película. Sus labios entreabiertos resultaban tentadores. En algún momento de nuestro cruce de miradas me fui inclinando hacia él y terminé por darle un beso del revés. La extraña postura en la que estaba no impidió que disfrutara de su sabor.

Cuando me separé, su mano asió mi nuca y me empujó de nuevo contra su boca, aunque poco después quedó claro que no podíamos mantener aquella posición; yo encorvada, y con las cabezas una en cada dirección. Nos sonreímos y nuestros ojos se encargaron de decirse más cosas de las que seguramente nos habría gustado.

Hobbits, hombres, elfo, enano y mago continuaron subiendo y bajando montañas mientras nosotros nos poníamos hasta arriba de comida basura. Al atracón de chucherías que nos dimos había que sumarle las dos cervezas que nos bebimos cada uno. El ambiente se animó bastante, no sé si por el alcohol o por la cantidad de azúcar que nos corría por las venas. La cuestión era que las cosas empezaron a írsenos de las manos.

Me estaba chupando el azúcar del pulgar, fruto de las veces que había metido la mano en la bolsa de las chuches, y me disponía a hacer lo mismo con el índice, pero Raúl me agarró de la muñeca y me detuvo. Pensé que me echaría la bronca por mi falta de decoro; sin embargo, al volver la vista hacia él, nuestras miradas se enredaron durante unos segundos y enseguida supe lo que se proponía.

Se metió mi dedo en la boca despacio, muy muy despacio, observando mi reacción con atención mientras lamía el azúcar con una minuciosidad encomiable.

«Santo Dios», exclamé mentalmente mientras las hormonas inundaban mi torrente sanguíneo.

Pero claro, yo hacía rato que había perdido todo rastro de mi ya de por sí escasa compostura y se me ocurrió pensar en que mis dedos, más que a azúcar, debían saber a una mezcla de patatas fritas.

—¿Están ricos los *cheetos* o te gustan más las de jamón? —me burlé.

La broma me salió cara.

Raúl volvió a reclamar mis labios y yo no dudé en inclinarme con torpeza sobre él. Al retirarme, el escote del camisón colgaba de manera que dejaba ver gran parte de mis atributos. Raúl también se había percatado de ello.

—¿O te gustan más ellas?

Sus ojos se trasladaron a mi rostro y se contagiaron de la picardía que desprendía su sonrisa. Enredó sus brazos en mi cintura y, de alguna manera, consiguió levantarme al tiempo que tiraba de mí. Lo siguiente que recuerdo es que estaba tumbada sobre él.

—Me gustas tú, Nadia —sentenció, con los labios rozando los míos—. Toda tú.

Mientras me besaba, Raúl me mantuvo sobre él, nuestros cuerpos unidos en partes de lo más interesante. Algo más de once horas era lo que se suponía que duraban las tres películas de la saga, y yo empezaba a plantearme que no íbamos a llegar al final, no con la ropa puesta.

—Eres preciosa, y la tentación, demasiado grande —murmuró muy bajito.

Su mano ascendió por la parte externa de mi muslo y arrastró hacia arriba mi camisón. La caricia dejó a su paso un rastro cálido. Estaba a punto de comenzar a temblar, y no precisamente de frío o miedo. Nunca un maratón de *El señor de los anillos* había resultado tan excitante; dudaba que pudiera volver a mirar a los *hobbits* con los mismos ojos.

Sus dedos se cerraron en torno al elástico de mis braguitas, pero no hizo ningún otro movimiento. Ambos nos quedamos esperando como si no tuviéramos ni idea de lo que estábamos haciendo; probablemente, así fuera.

Escuché una llave en la cerradura de la puerta principal y a punto estuve de sufrir un infarto. Que Julia tuviera una copia no significaba que la empleara a todas horas. ¡Era para emergencias!

—Nooooo —grité, y Raúl, sobresaltado, apartó la mano con rapidez.

A mí me entró la risa floja al ver la cara de susto que puso y a duras penas atiné a erguirme sobre él. La puerta ya estaba entreabierta.

—¡Por Dios, Julia! —le grité a mi amiga, y fue entonces cuando Raúl comprendió lo que estaba sucediendo.

—¡Perdón! ¡Perdón! —se escuchó a Julia desde detrás de la puerta, y esta volvió a cerrarse.

Me dejé caer y apreté la cara contra la almohada, murmurando maldiciones sobre el maravilloso sentido de la oportunidad de mi amiga. Sin embargo, en cuanto me relajé, mi cuerpo fue consciente de nuevo de que me encontraba tumbada sobre Raúl.

Estábamos en mi casa, solos —siempre y cuando Julia no hiciera otra de sus apariciones estelares—, con todo el tiempo del mundo y una espaciosa cama a pocos metros de nosotros, además del cómodo sofá en el que nos encontrábamos... Teníamos la oportunidad y las ganas; esas nos sobraban. Pero me di cuenta de que estaba nerviosa, casi tanto como la primera vez que me había acostado con un chico.

—Estoy un poco nerviosa —admití en voz alta.

Me incorporé sobre los codos para mirarlo y mis dedos se hundieron en su pelo por propia iniciativa. La comisura de sus labios tembló.

—¿Por nosotros?

«Nosotros» sonó muy bien, tanto como un coro de niños entonando cantos gregorianos en mi cabeza. Me estaba poniendo de lo más mística en mis comparaciones, pero es que «nosotros» tenía sabor a promesa, una que yo quería probar.

—No deberías —dijo él. Me apartó un mechón de la cara y estiró el cuello para darme un beso rápido en el mentón—. Aunque yo también lo estoy. Un poco —agregó con la boca pequeña.

Me reí, ya fuera por los nervios o por su confesión. Sin embargo, los dedos de Raúl retomaron

el camino antes trazado sobre mi piel y volvieron a enredarse en mis braguitas; esta vez sí que continuaron moviéndose. Tiró de ellas hacia abajo y yo elevé las caderas para facilitarle la tarea.

No nos caímos del sofá de milagro, pero al final Raúl consiguió lo que quería, deshacerse de mi ropa interior. Me lamenté brevemente al contemplar el algodón blanco entre sus dedos, aunque, sinceramente, creo que él ni las miró. Me miraba a mí, directamente a los ojos. Su otra mano se deslizaba ya por mi muslo y en esta ocasión lo hacía por su cara interna.

Era el momento perfecto, creo que ambos lo sabíamos, aunque lo cierto era que yo llevaba preparada desde mucho antes. Antes de que su mano alcanzara su destino, me senté a horcajadas sobre sus caderas, agarré mi camión y me lo saqué por la cabeza. Estaba completamente desnuda, salvo por los calcetines, que en ese momento ya no parecían tan buena idea como horas antes, por lo que me apresuré a deshacerme también de ellos.

Raúl no hizo ningún comentario mientras mi ropa desaparecía. Al girarme hacia él, me lo encontré observándome con tanta intensidad que me hubiera sentido desnuda si no fuera porque ya lo estaba.

—¡Joder, Nadia!

No dijo nada más, pero el tono empleado fue revelador.

Hacía años que había aceptado mis curvas, todas ellas. Había aprendido a respetarme y a quererme tal y como era, pero no puedo negar que, en ese momento, su comentario me hizo sentir muy muy bien. El deseo de Raúl se reflejaba en su expresión y en sus ojos, y estaba segura de que también lo hacía en los míos.

Balanceé las caderas con suavidad, solo un leve movimiento adelante y atrás para tantear el terreno, y su excitación se despertó por completo. Lo notaba duro bajo mi cuerpo.

Se mordió el labio y deseé ser yo la que lo hiciera. Había estado imaginando cómo serían las cosas entre nosotros, si la atracción que arrasaba nuestros sentidos cuando estábamos juntos sería igual de intensa o si el encanto desaparecería junto con nuestra ropa.

Me incliné y él me recibió con los labios entreabiertos y la respiración agitada. Sus manos ascendieron por mis costados de una forma deliciosa, delicada pero con firmeza, mientras yo me esmeraba en aprenderme de memoria cada rincón de su boca. Él me acariciaba y yo lo besaba, y así estuvimos durante un rato, hasta que quisimos más. Mucho más. Había sido una ingenua al pensar, poco antes, que podríamos llegar hasta la cama.

Raúl me levantó en vilo y me apartó solo para sacarse los pantalones, aunque no dejó de besarme. Era difícil hacerlo, nuestras lenguas parecían haberse enredado, y yo no tenía nada que objetar al respecto. Al final, tuvo que separarse del todo para quitarse la camiseta y ya solo quedó su bóxer cubriéndole la piel.

Estallé en carcajadas.

—¿*Iron Man*? ¿De verdad? —me reí, al descubrir la figura del superhéroe estampada en su trasero—. Un poco pretencioso, ¿no?

—Ven aquí.

Me agarró riendo, mientras yo, partiéndome de la risa, hacía lo posible para evitarlo. Pero me atrapó antes de que pudiera ponerme fuera de su alcance.

—¿Pretencioso? —repitió junto a mi oído en un susurro.

Podía haberme dicho «gastroenteritis» y mi cuerpo hubiera reaccionado de la misma manera. Mi espalda se arqueó y mi trasero se clavó entre sus caderas. El movimiento le arrancó un gemido bajo. La fuerza con la que me agarraba disminuyó y sus manos volvieron a deslizarse sobre mi cuerpo; trazaron círculos en mi abdomen, ascendieron y acariciaron mi pecho, se perdieron y encontraron sobre mi piel, y en todo momento mantuvo su boca junto a mi oído, su aliento aleteando acelerado. El anhelo de sentirlo dentro de mí me desbordó.

—Más —jadeé, haciendo oscilar mis caderas para provocarlo.

—¿Más? —inquirió él, pero dudaba de que realmente necesitara una respuesta.

Aun así, se la di:

—Más.

Me daba la sensación de que no estábamos hablando solo de ese instante, de que esa pregunta y mi respuesta significaban mucho más de lo que parecía; más que solo sexo, más que solo placer. Pero no quise pensar en ello, no supe si porque no era el momento adecuado o porque me daba miedo lo que descubriría si tiraba de ese hilo.

Raúl se separó de mí y, al momento siguiente, ya estaba de nuevo pegado a mi espalda. Se había alejado tan solo para desnudarse del todo. Lo sentí como nunca hasta entonces, apretándose contra mi espalda con la misma necesidad que devoraba mi interior.

Tomó mi barbilla y me giró la cabeza para atacar mi boca. Se acabó la suavidad y regresó esa pasión arrolladora que ya nos había sorprendido en otras ocasiones, solo que esta vez ninguno de los dos le puso freno.

Me volví para encararlo y nos miramos a los ojos unos segundos.

—Más —le dije, y sus comisuras se alzaron, juguetonas.

Lo empujé y cayó hacia atrás sobre el sofá, y poco después ya estaba sentada sobre él. Sus labios buscaron los míos con avidez para luego entretenerse recorriendo el hueco detrás de mi oreja, mi cuello, la línea que formaba mi clavícula... Besó, lamió y mordisqueó, y yo apenas era capaz de controlar mi respiración. Continuó descendiendo y alcanzó mi pecho. Su lengua jugueteó con uno de mis pezones endurecidos, torturándome con maestría hasta que pedí —exigí— más.

«Más, más, más.»

Lo quería todo.

Salté al suelo y corrí hasta el dormitorio, dejando a Raúl desconcertado por mi repentina huida. Puede que estuviera loca y muy muy excitada, pero en lo referente a relaciones seguras no había nada que discutir. Regresé con un preservativo en la mano y la expresión de felicidad de una niña pequeña el día de Navidad, de *ese* día. Desde luego, aquel era un magnífico regalo de Papá Noel.

—¿Más? —pregunté yo esta vez, y él asintió sin un solo titubeo.

Había fuego en sus ojos y yo podía sentirlo sobre mi piel.

No pude apartarme de su boca mientras él se ponía el preservativo. Raúl reía, incluso mientras me besaba. También yo sonreí.

Acomodada en su regazo, me alcé un poco para luego dejarme caer, y él se coló en mi interior con suavidad, llenándome por completo. Los dos gemimos a la vez.

—Esto era una no cita —murmuré, y él buscó mi mirada antes de responder.

—Quizás fuera eso lo que necesitábamos.

Bailamos juntos, no podría llamarlo de otra manera. Nuestros cuerpos se enredaron el uno con el otro, nuestras caderas se movieron en perfecta sincronía; la melodía, gemidos lanzados al aire.

Me balanceé sobre Raúl, y él, con los dedos clavados en mi carne, acompañaba mis idas y venidas. Yo marcaba el ritmo y ambos sucumbíamos a él poco a poco. Los besos, la risa que a veces nos sobrevinía al mirarnos a los ojos, el placer que sentíamos... Era consciente de que no olvidaría nunca ese día, no importa lo que ocurriera en nuestra tercera cita o en las que esperaba que vinieran después.

Raúl no apartó la mirada de mi rostro ni una sola vez, solo cuando me besaba cerraba brevemente los ojos; la sensación de alcanzar el clímax mientras me observaba con tanta atención resultó aún más increíble. Exploté frente a él y los temblores que sacudieron mi cuerpo, la intensidad con las que las paredes de mi sexo comprimieron el suyo, lo lanzaron a su vez a su propio orgasmo. Fue... mágico.

—Eres maravillosa —me dijo, cuando me desplomé exhausta sobre él.

Pronunció esas dos palabras de una forma tan ceremoniosa que sentí que debía quitarle algo de solemnidad al momento.

—Me lo dicen todo el tiempo —comenté, y le guiñé un ojo.

—Estoy seguro de ello.

Me quedé un instante más sobre su regazo. No me habría movido en dos o tres siglos si por mí hubiera sido, pero Raúl me dio una suave palmada en la nalga y comprendí que no podía quedarme allí para siempre. Me retiré y él esbozó una sonrisa.

—Vuelvo enseguida.

Le señalé el baño, supuse que era a donde se dirigía, y me acurruqué en el sillón. Regresó enseguida. Al verlo avanzar desnudo hacia mí se me hizo la boca agua. Lo observé con descaro.

—Lo del calendario me parece cada vez mejor idea —solté, recorriendo su figura de arriba abajo.

Él rio y tomó asiento a mi lado. Acto seguido, tiró de mí y me envolvió con los brazos.

—No creo que necesites que te diga lo... —hizo una pausa, como si buscara la palabra adecuada— especial que ha sido esto para mí.

Me sorprendió su elección; para mí también lo había sido. Lo había sentido muy dentro, en una parte de mí que no solía exponer a los demás. Sin embargo, por un instante, percibí un matiz forzado en su voz, o quizás solo fuera que le avergonzaba admitir aquello frente a mí, no sabría decirlo con exactitud.

—Pero creo que yo necesito decirlo en voz alta —añadió, apartando la mirada.

Le pasé la mano por el mentón y me descubrí empleando la misma delicadeza y ternura que usaba él conmigo.

—Gracias —le dije.

Aunque yo tampoco había pensado que necesitara oírlo, no cuando presumía tanto de mi autosuficiencia y del poco interés que le prestaba a mi vida amorosa, su confesión resultó calmante. Me acerqué a sus labios con una cautela innecesaria después de lo que habíamos compartido, y le di un beso que se alargó más de lo que había planeado. Él respondió con idéntica pasión.

Estábamos aún desnudos, refugiados en la piel del otro, y no me sentía en absoluto incómoda, todo lo contrario. Al separarnos descubrí en sus labios una sonrisa culpable.

—Creo que nos hemos perdido parte de la película —comentó, y tuve que echarme a reír.

Mordor y la destrucción del anillo podían esperar.

—Te propongo un plan alternativo, ¿qué tal una ducha caliente y... compartida?

Por su expresión supe que estaba mandando a los *hobbits* directos al infierno. Bien por mí.

No sé cuánto tiempo pasamos —ni el agua que gastamos— en la ducha. Las cosas se alargaron mucho cuando empezamos a enjabonarnos. Volvimos a hacer el amor, esta vez de una forma mucho más salvaje, contra los azulejos, con más ganas que tacto, y eso que el primer asalto había sido muy muy satisfactorio. Incluso después de alcanzar el clímax juntos, y de sufrir un resbalón y casi abrirnos la cabeza, continuamos jugueteando. Los ojos de Raúl brillaban, a juego con su sonrisa, y me pregunté si sucedería lo mismo con los míos.

Pasamos el resto del día juntos. Por algún motivo, continuamos poniendo las demás películas de la saga, aunque no les prestamos la más mínima atención; fue casi una excusa, como si necesitásemos una razón para continuar con nuestra no cita. Para cuando llegó la hora de la cena, no era que tuviéramos precisamente hambre, dada la cantidad de comida basura de la que nos habíamos atiborrado, pero Raúl sugirió que debíamos comer algo.

—Vale, espera un momento. —Había estado tan solo vestido con el pantalón, para mi alegría, pero se puso la camiseta y se dirigió a la puerta. En el último momento se volvió hacia mí—. O mejor aún, ¿quieres acompañarme? —Tiré del borde de mi camisón y enarqué una ceja—. Tranquila, vamos a mi casa.

Me tendió la mano, aunque él estaba junto a la puerta y yo sentada en el sofá, y el gesto parecía esconder un significado mucho más profundo que el que se podría deducir a simple vista. La idea de entrar en su apartamento, en el que no había estado nunca, resultaba muy atractiva.

Asentí y me puse en pie con una sonrisa; había sonreído mucho en las últimas semanas.

Salimos al descansillo y nos encontramos a la señora Carmen al lado del ascensor; para mí que se pasaba el día subiendo y bajando solo para tropezarse con el resto de los vecinos. Raúl y yo no íbamos a usarlo para una sola planta, pero las escaleras estaban justo al lado.

—Buenas noches, Carmen —dijimos los dos a la vez, y pareció que fuéramos dos colegiales a los que hubieran pillado haciendo novillos.

La anciana miro a Raúl, luego a mí y a continuación bajó la vista hasta nuestras manos unidas.

—Me alegra que me hayas hecho caso —comentó, y al principio creí que me hablaba a mí.

Llevaba semanas, cada vez que nos encontrábamos, aludiendo a lo guapo y buen mozo que era Raúl. Pero, al ver que él asentía y le brindaba una de sus sonrisas, comprendí que se estaba dirigiendo a él. A saber qué le había dicho, aunque por lo visto no debía de haber sido malo.

—Tenía usted razón —afirmó él, y la mujer prácticamente levitó de satisfacción—. Gracias.

Tras despedirnos de Carmen, Raúl tiró de mí en dirección a las escaleras.

—Creo que la has dejado en *shock* —me reí—. Deberías tener más cuidado al desplegar tus encantos con ella. Es mayor, podrías provocarle un infarto.

Casi me lo había provocado a mí.

—¿Tú también estás en *shock*? —replicó, como si me hubiera leído el pensamiento.

Negué con tanta efusividad que resultó evidente que mentía. Raúl me arrinconó en el primer tramo de escaleras y me besó a traición.

«Podría acostumbrarme a esto», pensé para mí.

—Pues espero que sí, porque eso es exactamente lo que tú haces conmigo.

¿Me derretí? Sí, me derretí sin remedio al escucharlo.

Proseguimos nuestro ascenso tras algunos besos más y finalmente llegamos a su casa. El apartamento estaba distribuido de igual forma que el mío, pero tenía muchos menos muebles y la decoración era más bien escasa. En realidad, parecía un poco desangelado. Había aún algunas cajas en un rincón, y no sabía si eso significaba que estaba allí solo de paso o que aún no había terminado de organizar sus cosas.

—Vaya... —dije, porque no sabía qué otra cosa decir.

Raúl soltó una carcajada.

—Sí, eso lo resume muy bien —repuso, y me tomó de la mano para llevarme hacia la cocina—. Es un poco deprimente, ¿no?

Yo negué, aunque reconozco que fue por cortesía.

—Es sencillo.

Fue directo al frigorífico. Al contrario que el resto, este sí estaba lleno; mucho más que el mío y con comida de verdad.

—¿Qué tal una cena ligera? ¿Fruta? Puedo preparar una macedonia.

Cuando asentí, se inclinó para coger algo.

—Necesitamos esto. —Me enseñó un bote de nata montada—. Y esto también —añadió, cogiendo uno de sirope de chocolate.

Su mirada dejó claro que ni la nata ni el chocolate eran para acompañar a la fruta.

Y no, no lo fueron...

El despertador me arrancó del sueño sin compasión alguna. Gruñí de una forma muy poco femenina y tanteé la mesilla en busca del móvil. Cuando lo tuve en la mano, me di cuenta de dos cosas: primero, estaba de vacaciones y me había dejado la maldita alarma puesta, y segundo, Raúl se había marchado.

Lo de quedarse a dormir no era algo que hubiéramos planeado, no de forma consciente. La noche anterior era ya tarde y le habíamos dado un buen uso a la nata y el chocolate. Estábamos exhaustos, nos habíamos acurrucado bajo las sábanas y, poco después, nos habíamos quedado dormidos sin más.

Pero Raúl ya no estaba y yo no sabía cómo sentirme al respecto.

«Ahí la tienes, tu tan temida mañana del día después», coreó una voz insidiosa en mi mente.

Agité la cabeza de un lado a otro para deshacerme del pensamiento y, de paso, le enseñé el dedo corazón al reflejo que me mostraba el espejo situado a los pies de la cama.

«Déjate de miedos estúpidos, Nadia.»

Me levanté y fui hasta el salón. Parecía que hubiera pasado por él un huracán, pero tenía todo el día para recogerlo. Mis ojos se desviaron hacia la puerta de entrada. Había dos notas pegadas en ella. De inmediato, me puse a dar saltitos que me avergonzaron incluso a mí.

«Chúpate esa», le dije a la voz de mi conciencia.

Despegué los pósits y los leí: «ME HUBIERA ENCANTADO QUEDARME A DESAYUNAR CONTIGO, PERO TENGO TURNO», decía el primero. Raúl había dibujado una carita triste junto a la última frase. Pasé al siguiente: «AYER LO PASÉ GENIAL, NADIA. SIGO QUERIENDO ESA TERCERA CITA».

Sonreí como una tonta. Se suponía que iríamos juntos a la fiesta de Nochevieja, lo que me recordó que debía de hablar con Marco. Desayuné primero y luego lo llamé.

—¡Feliz Navidad! —solté cuando descolgó—. Necesito un favor.

—No.

—¡Marco! Ni siquiera te he dicho aún de qué se trata.

—Sigue siendo un no. ¿Tú no estabas de vacaciones? ¿Tanto te aburres?

Pensé en lo sucedido el día anterior; no, no me aburría en absoluto.

—¿Y si te digo que estamos hablando de una fiesta?

Marco tardó menos de un milisegundo en contestar:

—Soy tu hombre. Dispara.

Le conté lo del bar en el que se celebraría la fiesta que organizaban Manu y Hulk. Tuve que esperar un poco para relatarle el resto, porque al oír el apodo del compañero de Manu le dio por reírse durante un buen rato.

—Necesitan un *catering*. Algo sencillo, solo unos pocos canapés —me apresuré a decir, temiendo una respuesta negativa—. Y, por supuesto, estás invitado.

Manu me había pedido que moviera algunos hilos para conseguirle comida para la fiesta. En esas fechas tan señaladas los precios se disparaban; eso si encontrabas a alguien que te sirviera con tan poca anticipación, pues las reservas solían hacerse semanas antes.

Al contrario de lo que había pensado, Marco aceptó de inmediato.

—Creía que pondrías toda clase de pegas.

Su risa llenó la línea por un momento.

—¿Una fiesta de bomberos? ¿Tú sabes la cantidad de tías buenas que atrae algo así?

Resoplé, pero también terminé riendo.

—Lo tuyo no es normal.

—Ya lo sé, peque —me dijo, con ese tonillo arrogante que yo tan bien conocía—. Ya lo sé.

Concretamos los detalles y colgué. Me dirigí al salón dispuesta a poner un poco de orden, pero me detuve en el umbral para contemplar el caos reinante; era la prueba de que lo sucedido el día anterior no se trataba de un sueño.

Me puse a doblar la manta que colgaba del reposabrazos y me di cuenta de que olía a Raúl, el sofá al completo olía a él, y resultaba delicioso y a la vez extraño. Tiré los restos de nuestra pequeña fiesta y recogí todo mientras escuchaba música con un entusiasmo muy superior a lo que era normal tratándose de dicha labor.

Como Julia estaría en el trabajo y no podría verla hasta por la tarde, me senté a terminar el dibujo en el que había estado ocupada antes de que Raúl apareciera el día anterior. Y a eso me dediqué hasta que mis tripas comenzaron a rugir y entendí que debía de haberme saltado el almuerzo.

—¡Por fin! —celebró Julia, esa tarde, cuando le conté mi no cita con Raúl—. Debe de haber ido realmente bien, porque estás sonriendo de una forma inquietante.

Le di un pequeño empujón como protesta, pero sabía que llevaba razón. Hablar de Raúl me ponía de buen humor.

—¿Y bien? —continuó interrogándome.

—Y bien ¿qué?

Estiró las piernas sobre el *chaise longue*, era a la única que le permitía usurpar mi sitio en el sofá de vez en cuando.

—Ahora ¿qué? —insistió.

En lo referente a hacer planes, Julia era una verdadera experta, estaba segura de que ya tendría totalmente organizada su boda y eso que solo hacía dos días que Álvaro le había pedido matrimonio. A mí, en cambio, se me daba de pena.

—Ahora nada —le dije, encogiéndome de hombros—. Hemos quedado para Nochevieja, ya lo sabes.

—Pero... —Sabía que no iba a gustarme lo que viniera detrás de esa palabra—. ¿Estáis

saliendo?

¿De verdad había que etiquetarlo todo? Suspiré, y al final saqué a relucir mi particular humor.

—De vez en cuando. Hemos ido a cenar, al cine... Ya sabes, salimos y entramos...

Apreté los labios para no echarme a reír, y esta vez fue Julia la que me dio un pequeño empujón en el hombro.

—Sabes perfectamente lo que quiero decir.

—No, Julia, no nos hemos jurado amor eterno —solté, poniendo los ojos en blanco—. No sé lo que somos y está bien así. Prefiero tomármelo con calma y dejar que las cosas ocurran.

Julia me observó en silencio durante varios segundos y luego su expresión se transformó; sonreía.

—Dios, sí que te gusta, ¡te gusta de verdad! —señaló, y me recordó a una vez, con doce años, en la que me descubrió mirando a su hermano con demasiada atención.

—Pues claro que me gusta.

Puede que fuera una tontería y que esa declaración no representara gran cosa, pero me sentí mucho mejor al admitirlo en voz alta.

—Me gusta mucho —repetí, devolviéndole la sonrisa.

—Fin de Año será entonces vuestra tercera cita. —Hizo una pausa—. ¿De verdad creíste que yo había enviado a Raúl?

Asentí, ya lo habíamos hablado antes.

—Estaba segura de que lo habías aleccionado para *complacermé*.

Nos reímos juntas. Ahora sonaba descabellado, pero en su momento, para mí, había resultado de lo más lógico.

—Tal vez haya sido Zeus —se burló.

—Se supone que fue él el que nos separó en dos, ¿no?

Julia me dedicó una mirada triunfal.

—Así que ya crees en eso de las mitades y las medias naranjas.

—Ni borracha —contesté, reclinándome contra el respaldo.

Pero la cuestión era que, con Zeus o sin él, Raúl había llamado a mi puerta aquel día y yo empezaba a desear que no dejara de hacerlo.

No volví a ver a Raúl hasta el día siguiente, cuando pasó por mi apartamento. Al abrir la puerta me encontré casi de inmediato entre sus brazos. Me besó durante un instante y luego me soltó.

—Buenos días —balbuceé, apenas repuesta de la sorpresa.

—Me he pasado, ¿no?

Se frotó la nuca, avergonzado, y bajó la vista hacia el suelo. Su mirada tropezó con mis famosas pantuflas de unicornio. Se echó a reír y parte de la tensión se esfumó.

—Me encantan esas cosas —comentó, levantando la mirada hasta mis ojos.

—No.

—¿Perdona?

—Que no, no te has pasado en absoluto. Me ha gustado —admití.

Él me envolvió de nuevo con sus brazos de forma menos precipitada que un momento antes. Nos quedamos así un rato bajo el umbral de la puerta.

—Perfecto entonces —murmuró, arrancándome una sonrisa.

Era un abrazo, solo eso, pero para mí se trataba de mucho más.

Raúl no se quedó demasiado, lo esperaban Manu y Hulk. Además, yo había quedado con Julia para ir de compras a pesar de que sabía que me arrepentiría de ello en cuanto pusiera un pie en cualquier tienda. ¿Navidad y un centro comercial juntos? Deberían de prohibirlos. Iba a estar lleno de gente y a mí cada vez me gustaban menos las aglomeraciones. Sin embargo, pasar un rato con mi mejor amiga siempre resultaba divertido.

Raúl me dio un último beso y me recordó nuestra tercera cita. Antes de que alcanzara el ascensor, lo llamé y lo hice regresar sobre sus pasos.

—Tengo algo para ti. Regalo de Papá Noel —le dije, nerviosa—. Es una tontería...

Seguí balbuceando incoherencias y más excusas al descubrir la expresión sorprendida que me dedicó, pero ya lo había dicho, no podía echarme atrás. Fui hasta el salón y regresé con un dibujo entre las manos. Lo había acabado el día anterior y había pensado que tal vez a Raúl le gustara tenerlo.

Se lo tendí y empecé a rogar para que el suelo se abriera y me tragara.

—Oh, Nadia.

No dijo nada más. Sus ojos recorrían el boceto de un lado a otro, siguiendo las líneas de su propio rostro. Aquello había sido una pésima idea.

—No tienes por qué quedártelo ni nada de eso. Puedes quemarlo...

¿De verdad acaba de decir eso?

Raúl guardó silencio un poco más. Ya estaba a punto de arrancárselo de las manos cuando por

fin levantó la barbilla y me miró.

—¿De verdad me ves así?

No le había añadido color al dibujo, solo se trataba de un caos de trazos con carboncillo, de la línea firme de su mentón, la curva suave de esa sonrisa que tanto me gustaba, sus ojos brillando... Me había abstraído tanto mientras pintaba que no fue hasta ese momento cuando me di cuenta de las huellas que mis sentimientos habían dejado en aquella hoja de papel. Había pensado en desnudarlo a él y había sido yo la que había terminado exponiéndome.

—Es perfecto —añadió, porque estaba claro que a mí me había comido la lengua el gato.

Me esforcé para recuperar la voz.

—Me alegra que te guste.

No era mi respuesta más sarcástica ni la más espectacular, pero fue sincera.

Raúl volvió a besarme y se marchó, y yo tardé unos minutos en reencontrarme conmigo misma y regresar al interior de mi casa.

El límite de tres citas que me había autoimpuesto parecía ya parte del pasado, la de Nochevieja no iba a ser la última y tampoco tenía por qué ser la que definiera nuestra relación —lo que fuera que teníamos—, pero no dejaba de ser llamativo que tuviera lugar en un día tan señalado. Traté de no pensar en ello demasiado; fracasé.

Julia me ayudó esa tarde a encontrar un vestido que cumpliera con mis expectativas y finalmente di con uno de tela negra salpicado de motitas brillantes. Se ajustaba a la perfección a mi pecho, volaba sobre mis caderas cuando giraba sobre mí misma, era suave al tacto y me sentaba realmente bien. Las mangas llegaban por debajo del codo y el escote se abría hasta casi alcanzar mis hombros.

—Estás guapísima, Nadia —aseguró Julia, asomando la cabeza por un lateral del probador—. Aunque me da la sensación de que no se trata solo del vestido.

Le enseñé la lengua en un gesto de lo más infantil, pero eso no hizo que dejara de mirarme como lo estaba haciendo.

—Brillas —añadió—. ¿Estás nerviosa?

No tenía por qué estarlo, ¿no? Solo era otra cita, una más.

—Me muero de miedo —acepté, y ella se deslizó en el interior del probador.

—Eso es culpa mía. Te he estado presionando demasiado con el tema de encontrar la mitad perdida.

Negué. Yo tenía más parte de culpa que ella en todo aquello. Me negaba a afrontar mis sentimientos, no solo en lo referente a Raúl, y me costaba aún más expresarlos en voz alta.

—Simplemente, no esperaba que funcionara. Yo solo... me estaba dejando llevar.

—¿Estás diciéndome que has seguido adelante con Raúl porque creías que no sería más que un rollo?

Eso lo resumía de manera bastante adecuada. Me sentía bien con él, muy bien en realidad, pero una parte de mí estaba segura de que solo era un espejismo y que, tarde o temprano, la ilusión

desaparecería y me devolvería de un solo golpe al mundo real. Por primera vez desde hacía mucho, me sentí una completa cobarde, nada que ver con esa chica independiente y luchadora que creía ser.

Julia me abrazó y soltó una risita.

—Eres única, Nadia. ¿Te das cuenta de que eso es porque Raúl te gusta mucho? Te estás protegiendo de él antes de tiempo...

—Y eso ¿está bien? —inquirí. No era capaz de seguir su razonamiento.

—No, no está bien, pero es muy «tú». Te lo tomas todo a broma, y... no te enfades —me advirtió—, pero tiendes a huir cuando las cosas se ponen serias.

Mi primera reacción fue echarme a reír, pero eso era justo lo que Julia estaba esperando que hiciera, y darme cuenta de ello me hizo plantearme si no llevaría razón. Muy en el fondo, sabía que estaba en lo cierto, pero era duro aceptarlo.

—Vas a relajarte —me dijo, sin esperar una respuesta por mi parte— y vas a dejar que Raúl te lleve a esa fiesta. Estarás espectacular con este vestido, bailarás con él y te besarás después de las doce campanadas. Y ¿sabes qué? El mundo continuará girando después de eso y tendrás un nuevo año por delante para seguir viéndote con él si eso es lo que quieres.

—Demasiada información —le solté, y se echó a reír—. Tú y tu afán por planificarlo todo.

El resto de la tarde la pasamos en una churrería del centro, refugiadas del frío y de la marabunta que inundaba las calles. Nos bebimos a sorbos el chocolate caliente y nos comimos dos raciones de churros. No pensé en Raúl y en lo que nos depararía el Año Nuevo, me limité a disfrutar del momento.

Estaba terminando de maquillarme cuando Raúl llamó a la puerta de mi apartamento. Mentiría si dijera que no me encantó ver su expresión cuando le abrí.

—Vaya...

—Sí, vaya —repliqué, sonriendo.

—Estás... estás... deslumbrante —atinó a decir por fin.

Me sentía deslumbrante, supuse que eso ayudaba.

Él tampoco estaba nada mal. Era la primera vez que lo veía vestido de traje y no había palabras para describir lo atractivo, y *sexy*, que resultaba.

—Tú también estás muy guapo.

Bajó la mirada y contempló su ropa como si acabara de descubrir que la llevaba puesta. Lucía desconcertado, pero no tardó en reaccionar. Me ofreció su brazo y yo no me hice de rogar. Cogí mi bolso y me agarré a él con tanta soltura que parecía que llevásemos años haciendo aquello.

Julia y Álvaro se unieron a nosotros en el descansillo, y no me extrañó que la señora Carmen saliese también al pasillo a desearnos una feliz entrada en el año nuevo. Quedó encantada con las dos buenas parejas que, según ella, formábamos.

No era una noche para coger la moto, y mi vestido tampoco lo hubiera permitido, así que tomamos un taxi que nos llevó al bar en el que se celebraba la fiesta. Una vez dentro, me dirigí a la zona de la comida; además de estar muriéndome de hambre, quería ver a Marco.

—¡Feliz año, peque! —me saludó en cuanto me vio.

Salió de detrás de la alargada mesa de *buffet* que habían instalado junto a una de las paredes del local y se encaminó hacia mí con los brazos abiertos. Dos segundos más tarde me estaba achuchando como si hiciera meses que no nos veíamos.

—Madre mía, estás para hacerte uno o dos favores sexuales —me susurró al oído.

Le di un codazo y me lo saqué de encima, aunque ambos reímos.

Me hice a un lado y Julia fue la siguiente en saludarlo; después, Álvaro se acercó y le estrechó la mano, ya habían coincidido alguna vez con anterioridad. Intervine de nuevo para presentarle a mi acompañante.

—Él es Raúl —le dije—. Raúl, este es Marco, un compañero de trabajo.

—Y sufrido amigo —agregó él, tendiéndole la mano.

Raúl se la estrechó.

—Manu anda por ahí —nos dijo, y señaló hacia la barra—, pero os aconsejo que aprovechéis para comer algo, porque esto empezará a llenarse en cualquier momento.

Decidimos hacer caso a mi amigo y llenar el estómago antes de que arrasaran con todo. Tal y

como había predicho Marco, el bar enseguida se puso hasta los topes y el ambiente festivo inundó cada rincón. Manu y Hulk, con la ayuda de Marco, habían preparado también bolsas de cotillón para todos y uvas para tomar con las campanadas.

El hermano de Julia nos encontró cuando nos disponíamos a pedir nuestra primera ronda.

—¿Todavía así? —nos dijo, y elevó su copa.

Podía haberme apostado un brazo a que no era la primera, y estoy segura de que no lo hubiera perdido.

—¿Cuántas llevas ya? —inquirió Julia, que debía haber pensado lo mismo que yo.

Él se encogió de hombros.

—No las suficientes.

Mi amiga hizo amago de avanzar hacia él. Tenía toda la pinta de ir a echarle una bronca de campeonato, pero Álvaro la agarró del brazo y la detuvo.

—Déjalo, anda. Es Nochevieja.

Yo sabía que lo que en realidad cabreaba a Julia era que su hermano no distinguía entre esa noche en especial y otra cualquiera. Manu era un tipo de costumbres fijas, tanto le daba que fuese Navidad como un día entre semana. Pero Julia pareció darlo por perdido y desistió. Fui yo la que me acerqué a Manu cuando su hermana pasó de él y se marchó a bailar con su prometido.

—Procura no pasarte hoy, Manu. Al menos hazlo porque ella puede verte —le dije—. No le gusta...

—A Julia no le gusta nada de mí —me interrumpió, y miró a Raúl, que se había mantenido en un discreto segundo plano, un poco por detrás de mí.

—Julia te adora, imbécil, y se preocupa mucho por ti.

Él hizo un gesto con la mano, desechando mi comentario, y me entraron ganas de tirarle mi copa por encima y, de paso, también la suya. A veces se comportaba como un auténtico capullo.

—No bebas hasta desfallecer —le advertí, perdiendo la paciencia—, o te juro que te patearé el culo y no volverás a sentirlo en mucho tiempo. Ah... —Me puse de puntillas para susurrarle otra amenaza al oído.

Manu se marchó en cuanto hube terminado, y no se fue muy contento.

—¿Qué le has dicho? —me preguntó Raúl.

Bebí un sorbo de mi copa y sonreí con malicia.

—Que, si se pasa de la raya, me aseguraré de que todas sus amiguitas sepan lo de su enfermedad venérea.

Raúl soltó una carcajada, pero de inmediato se puso serio.

—No es verdad, ¿no?

—¿Que está enfermo? —negué—. Pero eso ellas no lo saben.

Si había algo de lo que Manu no podía prescindir era del sexo. Esperaba que mis amenazas lo disuadieran de batir su propio récord de copas en una noche y conservara algo de lucidez al final de esta. Con suerte, se liaría con alguien y se olvidaría de seguir bebiendo.

—¿Bailamos? —sugerí, y Raúl asintió.

Nos reunimos con Julia y Álvaro, y me acerqué a mi amiga para tranquilizarla respecto al cabeza hueca de su hermano.

—Que haga lo que quiera —me dijo—. Es su puto hígado el que peligra.

Pero yo sabía que sí le importaba.

Bailamos durante un rato y por fin Julia empezó a disfrutar de la fiesta. Yo, por mi parte, estaba algo intimidada y no entendía del todo el porqué.

—¿Te diviertes? —me preguntó Raúl. Echó un vistazo a su reloj—. Ya falta poco para la medianoche.

Asentí y le sonreí, y él permaneció más tiempo del debido observando mis labios. Lo siguiente que supe era que me estaba besando. Fue un beso suave y no muy largo, pero consiguió que me relajara un poco.

—¿Mejor? —inquirió, y me sorprendió que se hubiese dado cuenta de que estaba nerviosa.

—Mejor.

Pasó un brazo en torno a mi cintura y tiró de mí hasta que estuve pegada a su pecho. Comenzamos a mecernos sin tener mucho en cuenta el ritmo de la canción que sonaba en ese momento. Nuestras miradas se enredaron y nuestros labios se fueron aproximando muy poco a poco. Pero antes de que llegásemos a besarnos, me vi obligada a sincerarme con él.

—Estoy nerviosa. Porque... me gustas —admití, y me sentí como una quinceañera que acabase de declararse al chico por el que estaba colada—. Me gustas mucho, Raúl. Supongo que resulta obvio —añadí, porque debía serlo, pero yo necesitaba decirlo en voz alta.

Raúl retiró de mi rostro uno de mis mechones rebeldes y deslizó los dedos por mi mejilla.

—Tú también me gustas, Nadia. Y...

La canción cambió por otra aún más animada y alguien nos dio un empujón. Raúl se volvió unos segundos, aunque resultaba difícil saber quién había sido entre la maraña de figuras que había bailando en la pista. Se giró de nuevo hacia mí, pero esta vez sus ojos pasaron de largo y se fijaron en un punto a mi espalda. Esperé que continuara hablando; sin embargo, su mirada no llegó a regresar a mi rostro y de sus labios entreabiertos no brotó ni una palabra más.

—Raúl. ¿Raúl? —lo llamé, y solo entonces reaccionó—. ¿Estás bien?

Eché un vistazo por encima de mi hombro, pero era imposible saber a quién, de todas las personas que llenaban el local, había estado mirando.

—Sí, sí, claro...

Enarqué las cejas.

—Has visto a alguien. —No era una pregunta, pero yo esperaba una respuesta.

Él agitó la cabeza, negando.

Me sorprendió lo mucho que me dolió el gesto, cualquiera podía darse cuenta de que estaba mintiendo. Era incapaz de entender la razón por la que lo hacía. Raúl no tenía necesidad de mentir. Y yo odiaba que me mintieran.

Mis manos resbalaron de sus hombros y quedaron a ambos lados de mi cuerpo, inertes. Entonces caí en la cuenta.

—¿Se trata de ella? —inquirí, y él pareció no entenderme—. Tu exnovia. Tienes esa cara que se nos queda a todos cuando nos encontramos a un ex en un sitio en el que no esperábamos verlo.

Su expresión varió, pero solo para transformarse en una mueca de culpabilidad que no dejó lugar a dudas. Odié tener razón. Tal vez hubiera sido buena idea que me hubiera hablado de ella antes de nuestra tercera cita.

—Nadia, yo... Ella y yo...

—Ve —lo interrumpí, porque no parecía tener claro lo que quería decirme—, y haz lo que tengas que hacer.

Me solté de él y me dirigí a la barra. Ahora sí que necesitaba una copa, quizás dos; puede que incluso buscara a Manu para brindar con él.

Puede que mi reacción os parezca excesiva, pero comprended que yo siempre he sido una especialista del escapismo. La Nadia cobarde acababa de encontrar la excusa perfecta para cargarse tanto esa noche como mi incipiente relación con Raúl. Es curioso lo dados que somos al drama en ocasiones y cuánto nos gusta dejarnos llevar por impresiones que puede que no tengan nada que ver con la realidad. Pero, en aquel momento, esa era *mi* realidad, así que tomar una copa en la barra se convirtió en un plan mucho más seguro que hablar con Raúl y escuchar su explicación.

Estaba teniendo serios problemas para captar la atención del camarero cuando un brazo me rodeó la cintura desde atrás.

—¿Qué tal tu cita, peque?

Suspiré aliviada, era Marco.

—Bien.

—Y esa mierda de respuesta ¿a qué viene? —No le veía la cara, pero su tono de voz dijo tanto como el mío.

Marco era malhablado por naturaleza. A nuestro jefe eso lo sacaba de quicio; a mí, en cambio, me encantaba.

—Te hacía ya celebrando el nuevo año con alguna chica guapa y encantadora.

—Me lo estoy tomando con calma —replicó, y se situó a mi lado en la barra—. Tienes cara de estar oliendo mierda, como la que pone Will Smith en algunas de sus pelis.

Tuve que reírme, y él recibió mi carcajada con una sonrisa.

—Eso está mejor —me dijo—. Ahora, cuéntame por qué no estás magreándote con tu ardiente bombero.

El camarero por fin se fijó en mí y me dio una excusa para no contestar; suponía que eso me convertía en una cobarde por partida doble. Tras pedir y que nos sirvieran, todo lo que me quedó fue ponerme a beber para no hablar.

—Nadia, para —me ordenó Marco, cuando comprendió que pensaba tragarme la copa casi del tirón.

Me dedicó una mirada interrogante y yo negué, pero Marco no se rindió. Me sacó a la calle a rastras. Fuera hacía frío y ninguno de los dos habíamos cogido el abrigo, pero agradecí el aire fresco; al menos durante el primer minuto, luego comencé a temblar.

Marco me abrazó para darme algo de calor.

—¿Vas a contármelo?

Abrí la boca, dispuesta a mostrarme enfurecida por la aparición de la exnovia de Raúl, un hecho

que ya daba por supuesto aunque no la hubiera visto, pero no fue eso lo que dije.

—Soy una maldita cobarde.

La primera sorprendida fui yo; sin embargo, una vez abiertas las compuertas de la sinceridad ya no hubo manera de cerrarlas.

—Estoy acojonada. Raúl me gusta mucho y... ¡es una locura! —exclamé—. Por Dios, si solo hemos tenido tres putas citas, y la tercera está siendo un desastre...

Mi amigo me miraba alucinado, pero yo tenía cuerda para rato, ni siquiera necesitaba que me animara a seguir hablando.

—Me he colgado de un tipo del que no sé nada...

Marco atrapó mis manos para evitar que siguiera gesticulando sin control.

—No digas gilipolleces, Nadia. Te gusta, ¿y qué? Tu amiga Julia se colgó de Álvaro cuando solo habían pasado juntos dos días en Barcelona y él se vino a vivir aquí solo por ella, ¿verdad? Y míralos, ¡están locos el uno por el otro, joder! —Negué, no era lo mismo. Ellos se habían contado cada detalle de sus vidas en menos de cuarenta y ocho horas—. ¿No te das cuenta de que todas las relaciones empiezan con unas cuantas citas? Algunas historias se quedan solo en eso, pero otras continúan avanzando, y todas comienzan de la misma forma.

—Su exnovia está ahí dentro —comenté para defenderme, aunque era obvio que estaba perdiendo la batalla.

No había hecho más que comportarme como una chiquilla.

—¿Y qué? Digo yo que es su ex por algo. Si hubiera querido venir con ella, no te habría traído a ti. ¿Qué ha dicho él? —Mi expresión culpable le dijo todo lo que necesitaba saber—. Oh, mierda, Nadia. ¿Has salido corriendo? Eres idiota.

—¡Eh! —protesté, aunque un poco idiota sí que era.

—Eh, nada. Eres imbécil y una cobarde, de eso no hay duda.

—Joder, Marco, gracias por tu apoyo.

Él se cruzó de brazos, más indignado de lo que lo hubiera visto jamás.

—No te voy a bailar el agua y decirte lo que quieres oír. No cuentes conmigo para eso.

Me quedé perpleja.

—Muchas gracias —ironicé.

—Soy tu amigo, es mi obligación decirte la verdad —señaló él, y, al percatarse de que estaba temblando, comenzó a frotarme los brazos con las manos—. Julia te dirá lo mismo.

Yo sabía que llevaba razón, ahora se trataba de aceptar lo equivocada que estaba y de reunir valor para entrar de nuevo en el bar y buscar a Raúl.

—Vamos. —Marco volvió a tirar de mí hacia el interior—. Me estoy congelando el culo y tú tienes una disculpa que ofrecerle al bombero.

Cuando ya habíamos entrado, Marco se detuvo tan de repente que choqué con su espalda. Al asomarme sobre su hombro me lo encontré sonriéndome a una morena espectacular.

—Búscalos —me ordenó—. Yo voy ahora.

Puse los ojos en blanco. Se había acabado el tiempo del Marco amigo y ahora tocaba el del Marco depredador. Le hice un gesto de asentimiento que no llegó a ver, demasiado pendiente de su «presa».

Avancé entre la gente. Me iba poniendo de puntillas de vez en cuando para tratar de localizar a Raúl, pero no fui capaz de dar con él. En cambio, descubrí a Manu, Hulk y Luka cerca del pasillo que llevaba a los servicios. Me dirigí hacia ellos para preguntarles si lo habían visto. Quedaban menos de veinte minutos para que dieran las doce; bonita manera de acabar el año.

—¡Ey, preciosa! —Manu me agarró de la muñeca y me colocó a su lado. Pasó un brazo en torno a mis hombros—. ¿Qué haces sola?

—¿Ya estamos de nuevo marcando territorio? —Retiré su brazo—. Te recuerdo que no hay territorio que marcar conmigo, Manu.

Los otros se rieron, pero a Manu no pareció hacerle tanta gracia. A mí tampoco, en realidad; ni mi humor iba a salvarme de aquel desastre de noche.

—Dime una cosa, pitufa, ¿qué le ves?

Desconcertada, me giré hacia él. No me llamaba así desde que yo tenía trece años y él era un adolescente, en pleno auge hormonal, que se creía el rey del mambo. No tenía muy claro que hubiera superado esa etapa, pero había dejado de referirse a mí así mucho tiempo atrás. Me quedé tan asombrada de que lo recordara que no presté atención a la pregunta que me había hecho.

—Ya has bebido suficiente.

Me acerqué a él para comprobar que sus ojos lucían enrojecidos y vidriosos, pero él lo interpretó como una invitación, porque me rodeó con los brazos y me estampó contra su pecho.

—Es un capullo —continuó divagando, demasiado cerca de mi rostro—. Dejó tirada a su novia y se piró a Nepal.

Saltaron todas mis alarmas a la vez. Hablaba de Raúl, y yo estaba muy segura de no querer enterarme de su historia de esa forma. Había mostrado algo de madurez al pedirle a Julia que no me la contara y la había cagado al salir corriendo esa noche; eso suponía un empate, muy precario, eso sí. Pero no estaba dispuesta a que un Manu borracho, y cabreado por Dios sabía qué, me lo contara todo.

—Cállate, Manu. Nadie te ha pedido tu opinión.

Me volví hacia sus amigos para rogar por un poco de ayuda, pero se habían esfumado. Desde luego, eran más listos que yo.

—No voy a hablar de Raúl contigo —le dije, y lo empujé para que me soltara.

—Yo no quiero hablar, pitufa.

Trató de besarme y por ahí sí que no iba a pasar. Metí la mano entre sus labios y los míos para frenar su avance.

—No me obligues a hacer algo doloroso —le advertí—. Te estás comportando como un gilipollas.

Al final, tuve que arrearle un rodillazo en la entrepierna. Un chico que no conocía se acercó a

nosotros para preguntarme si iba todo bien. Manu se retorció de dolor, pero le estaba bien empleado. Lo conocía lo suficientemente bien para saber que al día siguiente iba a pesarle mucho lo que había intentado hacer, pero ahora mismo no era más que un cabrón.

Despaché al muchacho con un gesto, podía con aquello.

—Eres un imbécil, Manu —le espeté—. No me extraña que Julia se haya dado por vencida contigo.

No me molesté en localizar a ninguno de nuestros amigos para que se hiciera cargo de él. Debía conocer a la mitad de la gente que llenaba el local, dado que la organización de la fiesta había corrido por cuenta suya. Ya encontraría a alguien que se apiadara de su estado.

En cambio, fui a la barra y cogí dos copas con uvas. Contaba con cinco minutos para encontrar a Raúl, si es que no se había marchado ya. No iba a terminar y empezar el año de aquella forma, con el recuerdo de la burrada que acababa de hacer Manu, de eso ya me preocuparía mañana.

Me recorrí gran parte del local y ya estaba a punto de rendirme cuando por fin encontré a Raúl en una de las mesas altas que había en la zona de la derecha.

No estaba solo.

—Raúl —lo llamé, para atraer su atención.

La mujer con la que discutía, porque era obvio que estaban peleándose, desvió la vista hacia mí en el mismo momento que él. Era rubia, de tez clara y rasgos armoniosos; más alta y delgada que yo, aunque su expresión carecía de esa arruguita que las sonrisas habían dejado en mi rostro. Por algún motivo, ese detalle me hizo enorgullecerme de mí misma.

—Son casi las doce —agregué, y alcé las dos copas repletas de uvas.

Raúl se acercó a mí de inmediato, aunque fui incapaz de descifrar la expresión de su rostro.

—Lo siento, Nadia. No esperaba...

—No importa. No ahora —lo interrumpí.

Estaba claro que teníamos que mantener una larga charla, pero yo deseaba aquel recuerdo con él, sin importar lo que ocurriera después. Llamadme ilusa si queréis, probablemente lo estuviera siendo. Pero quería ser valiente, aceptar que no podía controlarlo todo y que nadie podía asegurarme lo que iba a suceder entre nosotros. Marco había dicho que todas las relaciones tenían un comienzo. Aunque no sabía si Raúl y yo tendríamos un futuro después de esa noche, de ser así, quería el recuerdo de ese primer Fin de Año con él.

—Dijimos que nos comeríamos las uvas juntos.

Raúl sonrió de forma forzada, nada que ver con sus sonrisas habituales.

—Me encantaría.

Su exnovia nos observaba echando chispas por los ojos. Me giré hacia ella.

—Lo siento, es nuestro momento.

Me dio la sensación de que Raúl se encogía un poco al escucharme.

—Todo tuyo —terció ella, sin disimular su desprecio—. Yo ya no lo quiero.

No había tiempo para más. La gente había empezado a corear la cuenta atrás para las doce campanadas. Las explicaciones tendrían que esperar.

—No vayas a atragantarte con las uvas y morir asfixiado —bromeé nerviosa—, tienes cosas que contarme.

Me comí las doce uvas, todas a su debido tiempo y con un único deseo para el nuevo año: decirles a las personas que me importaban lo mucho que significaban para mí.

Callar un «te quiero» no me salvaguardaba del sufrimiento, y ellas merecían saber cuánto las apreciaba. Julia, Marco, mis padres, Álvaro, incluso Manu, aunque fuera un gilipollas —quizás eso es lo que necesitaba, que le dijeran que lo querían—. Y, por supuesto, Raúl.

Hacía unas pocas semanas que nos conocíamos y yo estaba segura de que, a la larga, podría enamorarme de él. Era dulce y encantador, y casi tan friki como yo; me encantaba cómo sonreía y

la forma delicada en la que me trataba. Adoraba su moto, aunque eso era de lo más materialista, pero es que también adoraba abrazarlo por la espalda y que me mirara por encima del hombro en cada semáforo. Me dejaba notitas con caritas sonrientes dibujadas en ellas, y, lo mejor, se reía de mis bromas absurdas. Y yo me reía con él.

Doce campanadas y ya estábamos en otro año, un nuevo comienzo, quizás también para nosotros. Tuve la decencia de dejarle terminar de masticar las uvas, y terminar yo, antes de volver a hablar.

—Feliz año, Raúl.

Él me observó sin decir nada. Creo que lo había dejado desconcertado con mi repentina aparición, probablemente había parecido una loca al comportarme así. Pero en realidad lo estaba, y a él le había gustado hasta ahora.

Sus manos acunaron mi cara con suavidad.

—Eres la persona más dulce que he conocido nunca, Nadia.

Jamás me hubiera definido así, pero tal vez él viera algo en mí que yo no era capaz de apreciar.

Fui yo la que tomé la iniciativa esta vez, no creí que fuera a atreverse a hacerlo él, así que me puse de puntillas y lo besé. La gente que nos rodeaba desapareció; mis miedos, las dudas, incluso la imagen de su exnovia se difuminó en mi mente. Raúl sabía a sonrisas, y era el mejor sabor que yo hubiera probado nunca. Estuvimos no sé cuánto rato perdidos en aquel beso y, cuando nos separamos, supe que recordaría siempre esa noche al margen de lo que fuéramos el uno para el otro a partir de ahora. Era un recuerdo precioso.

—Tenemos que hablar —le dije, aunque era una frase tan horrorosa como el «pero» que yo tanto odiaba.

Antes de irnos, busqué a Julia para despedirme de ella y de Álvaro. No quería marcharme sin más. Aproveché para darle un abrazo a mi amiga y susurrarle un «te quiero» al oído. Hubiera querido agradecerle un montón de cosas más, como su amistad y el apoyo que me daba siempre, pero decidí que era mejor dejarlo para el día siguiente. De igual forma, cuando se lo dije, Julia me miró y soltó una carcajada, y luego me acusó de haber entrado ya en la fase de exaltación de la amistad que tiene toda borrachera que se precie. Supongo que no estaba acostumbrada a que hiciera alarde de mi cariño.

Abracé también a Álvaro, y Raúl se despidió de la pareja después de mí. Si les extrañó que nos marchásemos tan pronto, no dijeron nada al respecto; Julia desconocía tanto la aparición de la exnovia de Raúl como el pésimo comportamiento de su hermano, así que, en apariencia, no tenía de qué preocuparse y yo lo prefería así.

Raúl y yo salimos a la calle y echamos a andar en busca de un taxi. Era una noche complicada, pero empezamos a caminar de todas formas con la esperanza de toparnos con alguno. Reinaba un silencio tenso entre nosotros, uno que no había estado ahí al empezar la noche y que no creía que fuera a desaparecer por sí solo.

—Bien —murmuré, por decir algo.

Se me daba fatal romper el hielo cuando de establecer una conversación importante se trataba.

—Vaya tercera cita —replicó él, con un tono no muy diferente del mío.

Días atrás, Raúl había dicho que quería una cita épica, y desde luego lo había sido, aunque por motivos muy diferentes. Lo único que había faltado era una pelea a tortas entre su exnovia y yo; por suerte, nunca había sido partidaria de la violencia, y el problema lo teníamos Raúl y yo. Él no me había contado nada sobre ella y yo no había preguntado.

Atisbamos la luz verde de un taxi libre y yo me lancé sobre el asfalto para detenerlo. Tuvimos suerte y, poco después, estábamos en el asiento trasero del vehículo de camino a casa.

—Siento haberme largado de esa forma —escupí de repente.

No soportaba el silencio ni un minuto más. Raúl estaba mucho más inexpresivo que de costumbre, pero intenté no dejarme llevar por mi pesimismo. La situación había sido cuanto menos violenta, así que era normal que los dos estuviéramos un poco raritos.

—Nadia, yo...

No me miraba, y eso sí que empezó a ponerme nerviosa. No lo dejé continuar, sino que me adelanté a lo que fuera que pensaba decirme.

—Ha sido un impulso. Lo de huir, quiero decir. —Me giré en el asiento, yo sí que quería verle los ojos—. Me gustas mucho, Raúl, y tengo tendencia a correr en dirección contraria cuando algo, o alguien, adquiere la capacidad de hacerme daño.

Me sentí orgullosa de haber sido capaz de confesarle uno de mis miedos; daba igual que el conductor hubiera empezado a lanzarnos miraditas curiosas por el retrovisor. Ya estaba dicho.

—Creo que deberíamos dejarlo aquí.

Durante un breve instante pensé que hablaba del taxi y de bajarnos ya de él, incluso eché un vistazo por la ventanilla, pero no habíamos llegado aún al edificio en el que vivíamos, y él había dicho «dejarlo», no «bajarnos».

El significado de su comentario me golpeó con tanta fuerza que una bofetada me hubiera dolido menos. Durante un momento no supe qué decir, pero luego me enfadé, mucho y a una gran velocidad.

—¿Y ya está? —solté, indignada—. Aquí se acaba todo, con la jodida tercera cita... —le reproché—. Creía que me contarías lo que había sucedido en el bar con tu ex, tus motivos para...

«Para largarte a Nepal y dejarla tirada como estás haciendo conmigo», pensé para mí, mientras notaba cómo me encogía en el asiento. Durante un instante, me hice pequeña, muy pequeña.

Raúl seguía sin levantar la vista de sus manos, que retorció sobre su regazo. Después de todo, parecía que yo no era la única cobarde. Tal vez solo fuera eso, miedo, el mismo que yo había tenido.

—Puedes contármelo, Raúl. No voy a juzgarte.

Pero él negó.

—No es eso —aseguró, aunque yo no tenía muy claro de qué hablaba exactamente—. Es solo que todo lo nuestro ha sido muy precipitado.

Me entraron ganas de reír y también de echarle el mismo sermón que Marco me había soltado a mí. Aunque a lo mejor Raúl y yo éramos los sensatos y Marco solo un loco romántico.

«Marco es la persona menos romántica que puede existir», me dije, y tampoco era que Raúl y yo hubiéramos decidido irnos a vivir juntos o cometer alguna otra clase de locura por amor.

—Dejémoslo estar —añadió él.

—¿Te importa decírmelo mirándome a los ojos?

No lo hizo, no me miró ni una sola vez, y el taxi se detuvo y le brindó la excusa para no hacerlo. Me enfadé tanto que le solté un billete de veinte euros al conductor y no esperé por el cambio; se merecía la propina, por el espectáculo.

Nunca me habían dado la patada de una forma tan... tan absurda.

—Esta tercera cita ha sido una mierda —le espeté antes de meterme en el portal—, y Zeus es un hijo de puta.

Estaba segura de que lo último no lo entendió, pero qué más daba. Me metí en el ascensor y ni siquiera esperé por él. Que lo usara cuando yo terminara o subiera por las escaleras, tal vez así se le aclararan las ideas.

Salí al pasillo de mi planta rezando para no tropezarme con la señora Carmen, dudaba mucho de que se alegrara de las novedades. Al parecer, la mujer tenía más fe en nuestra relación que nosotros mismos.

Sin embargo, no fue a ella a la que encontré junto a mi puerta. Sentado en el suelo y con la cabeza hundida entre las rodillas, estaba Manu.

—Jooooder —me lamenté. Aquello tenía que ser una broma—. ¿Se puede saber qué demonios haces aquí?

No levantó la cabeza ni se movió, y por un momento me preocupó que se hubiera desmayado a causa del alcohol. Bien podría haber estado dormido, pero tratándose de Manu me puse en lo peor.

Me acuclillé a su lado y le puse una mano en la nuca, esperando que reaccionara al contacto.

—¿Manu? —Se removió un poco y yo retiré la mano con rapidez—. ¿Qué haces aquí? ¿Y cómo has entrado? —Extendió los dedos y me mostró su copia del juego de llaves del apartamento de Julia—. ¿Has ido a tu casa a por ellas y luego has vuelto hasta aquí? —Realizó un movimiento con la cabeza que interpreté como un no y suspiré aliviada. No quería ni imaginar que se le hubiera ocurrido conducir en ese estado.

Por fin alzó la mirada hasta mis ojos. Tenía un aspecto horrible y eso ya era decir, porque Manu estaba guapo incluso en sus peores días; nunca solía perder ese encanto personal del que se valía para engatusar a cualquier mujer que se cruzara en su camino, pero, claro..., esa noche se había pasado cuatro pueblos en todos los sentidos.

—Soy un capullo.

—Lo sé —le dije, en eso no pensaba contradecirlo.

—No podía irme a casa sin pedirte perdón —añadió, arrastrando las palabras.

«¿Por qué a mí y por qué hoy?», pensé. La noche ya había sido lo suficientemente intensa como para tener que lidiar con esto.

—Lo siento, Nadia, no quise...

—Ya lo sé, Manu. Te conozco para saber que no pretendías sobrepasarte, pero lo hiciste. Si te sientes como una mierda por ello, imagina cómo me he sentido yo. —Se le humedecieron los ojos. No era el momento para tener esta conversación—. Vamos, anda. Puedes quedarte a dormir en el sofá, ya hablaremos mañana.

Apenas si fui capaz de ayudarlo a ponerse en pie, era un peso muerto.

—No quiero molestar —farfulló, haciendo un esfuerzo por mantener el equilibrio.

—Ya lo has hecho —repliqué, a riesgo de resultar demasiado dura con él. Manu necesitaba un toque de atención, algo que lo sacara del descontrol de vida que llevaba—. Y te aseguro que no has elegido la mejor noche.

Miró hacia el pasillo y pareció ser consciente por primera vez de que estaba sola.

—¿Y Raúl? ¿No te ha acompañado?

—No, no lo ha hecho. Ya soy mayorcita y sé cuidar de mí misma.

—Díselo a mis huevos —bromeó, mientras yo luchaba por meter la llave en la cerradura y sostenerlo al mismo tiempo.

—Tus huevos se lo merecían. Estoy segura de que mañana estarán en plena forma para celebrar el Año Nuevo con uno de tus ligues.

A pesar de lo brusca que resultó mi respuesta, su comentario me había hecho sonreír, algo que necesitaba mucho en aquel instante.

Lo llevé hasta el sofá y lo solté antes de que me arrastrara con él.

—Te traeré una manta.

Sinceramente, creo que le daba igual, hubiera podido dormir en el suelo y no se hubiera dado cuenta. Entré en mi dormitorio y lancé los zapatos a un rincón. Para no ser más de la una, había sido una noche muy larga y estaba agotada. Aproveché para deshacerme del vestido y ponerme el pijama. Cuando regresé al salón, Manu ya se había dormido.

—¡Qué felicidad! —le reproché, aunque, como era obvio, no se enteró de nada.

Lo tapé con la manta y permanecí observándolo un minuto largo. Dormido, su rostro carecía de ese toque sarcástico y arrogante tan suyo. Qué pena que se comportara como un auténtico capullo cuando estaba despierto. Ojalá lo de esa noche sirviera para hacerle cambiar de actitud, al menos así alguien habría sacado provecho de la velada.

Tener a Manu durmiendo en mi sofá entretuvo a mi mente lo suficiente como para evitar que me regodeara más de lo necesario en lo ocurrido entre Raúl y yo. Aunque, no os voy a engañar, también quedó tiempo para algo de autoflagelación antes de quedarme dormida.

Cuando me desperté, me llevé tal susto que se me escapó un alarido muy al estilo de las películas de terror. Se debió oír en todo el edificio.

—¡Joder, Manu! —protesté, con el corazón a mil por hora. Estaba a los pies de la cama, mirándome—. Me has quitado como mínimo cinco años de vida.

Su expresión no varió. La culpabilidad emanaba de él con tal intensidad que pensé que me había hecho alguna de sus jugarretas mientras dormía. Me toqué el pelo en busca de un chicle o algo por el estilo; no sería la primera vez. En eso se parecía a su hermana.

—Lo siento —murmuró muy bajito—. Anoche la cagué mucho contigo y ni siquiera tengo una buena excusa. No tengo una excusa en absoluto.

Suspiré. Era demasiado temprano para ese tipo de conversación.

—¿Eso que huelo es café?

Asintió y sacó los brazos de detrás de la espalda. Entre las manos sostenía una taza de café humeante.

—Sé que no puedes pensar sin tu dosis.

Sonrió un poco y me la tendió.

—Esto no cambia nada —repliqué, arrebatándosela—, pero, gracias.

Me tomé la bebida caliente a pequeños sorbos; el azúcar justa y un chorrito de leche. Tan pesada era con el tema del café que incluso el hermano de mi mejor amiga sabía cómo lo tomaba.

Lo miré por encima de la taza mientras bebía. Aún llevaba puestos los pantalones del traje y la camisa, aunque se había desabrochado la parte superior de los botones de esta y el faldón le colgaba por fuera de la cinturilla. Era un desastre muy atractivo.

—Perdóname, Nadia.

—Creo que tu hermana también se merece una disculpa.

Me hice a un lado y golpeé el colchón para que se sentara junto a mí; el café obraba maravillas en mi humor. Él se recostó contra el cabecero, cerró los ojos y emitió un gruñido. Debía tener una resaca espectacular. Me dio un poco de pena, la verdad, aunque hubiera hecho méritos para acabar así.

—Te tirará a la cabeza lo primero que pille, pero te perdonará —lo animé—. Siempre lo hace.

—No debería... y tú tampoco.

Lo decía en serio. Manu no solía hacerse el víctima con ese tipo de cosas, es más, normalmente no les daba la menor importancia.

—Olvidemos lo de anoche, ¿vale? Es lo que quiero, olvidarme de todo.

Me quedó bastante dramático, y el silencio que vino a continuación no mejoró el efecto.

Manu continuaba con los ojos cerrados, pero había tensión en su rostro. No estaba tan relajado como quería hacerme creer.

—¿Estás bien? —le pregunté, y le di un golpecito en el hombro con el mío.

—Eso debería preguntarlo yo, ¿no te parece? —Hizo una pausa y abrió los ojos, que se clavaron en los míos. Se puso más serio de lo que lo hubiera visto en toda mi vida—. Lo de ayer, lo que dije de Raúl.

Se detuvo, como si no tuviera ni idea de cómo continuar.

Llamaron a la puerta y admito que me fastidió la interrupción mucho más que en otras ocasiones. Nos miramos unos segundos antes de que el timbre volviera a sonar.

—¿Te importa si me doy una ducha?

—Adelante.

Salí de la cama pasando por encima de él, pero cuando me puse en pie me agarró con suavidad de la muñeca para retenerme.

—Nadia... Lo siento de verdad.

En ese momento no fui consciente de que el Manu que me pedía disculpas era uno muy distinto al que estaba acostumbrada a ver. Antes de soltarme, su pulgar se deslizó sobre mi piel en una breve caricia que me puso los pelos de punta.

La sensación resultó tan perturbadora que me sentí obligada a decir algo.

—Dúchate, anda, creo que lo necesitas más que yo.

Mientras avanzaba hacia la puerta, estaba tan confundida que no fui capaz de decidir si deseaba que Raúl estuviera tras ella o no.

Era Raúl, así que dio igual lo que yo deseara o no. Me sentí estúpida al descubrirme inspeccionando sus manos en busca de algún pósito; no creí que viniera a dejarme una nota, resultaba ridículo que hubiera tocado a la puerta de ser así.

Ninguno dijo nada. Nos quedamos como dos pasmarotes y, con tristeza, comprendí que no había rastro de la complicidad que habíamos compartido hasta la noche anterior.

—Hola —dijo él, después de un rato demasiado largo.

Fue incómodo, y eso me entristeció aún más.

—Hola.

Le estaba costando arrancar y yo no sabía qué decir para ayudarlo; si al menos supiera a qué había venido. ¿Se arrepentía de lo que me había dicho anoche? ¿Había sido un malentendido? ¿Una decisión fruto de un impulso absurdo?

—No quería que las cosas acabaran así entre nosotros —soltó por fin, resolviendo mis dudas.

«Acabaran», había dicho. A la decepción que ya acumulaba se sumó la de ese momento. Fue como si Raúl, de un soplido, me hubiera arrebatado cada buen recuerdo de los que habíamos creado juntos. Me negaba a que eso sucediera.

—Así ¿cómo? —inquirí, y él hizo un gesto vago con la mano.

Ni siquiera sabía qué contestar a eso.

—¡Ey, pitufa! ¿Dónde...? —La voz de Manu desvió la atención de Raúl hacia el interior de mi apartamento.

Sus cejas se arquearon y la furia fue apoderándose de su expresión. Imaginaba lo que estaría pensando. Las cosas no podían ponerse peor.

Me di la vuelta para descubrir que estaba equivocada, sí que podían. Manu estaba plantado en mitad del salón en ropa interior.

«Oh, joder, Manu.»

—¿Qué? —le pregunté de forma brusca.

Casi podía sentir el enfado de Raúl creciendo a mi espalda.

—¿Las toallas? —preguntó Manu, titubeante, para luego dirigirse a Raúl—: ¿Qué hay, tío?

—En mi armario. Segundo cajón.

Temía lo que encontraría al darme la vuelta, aunque ¿por qué debía hacerlo? Vale, yo también me había creado una impresión equivocada en la fiesta. Había interpretado según mi propio criterio la expresión perdida de Raúl, incluso antes de estar segura de que él hubiera visto a su exnovia. No iba a juzgarle por un error que yo misma había cometido. Sin embargo, él no me había dado ninguna explicación, yo sí se la daría.

Cuando Manu se percató de la tensión que se respiraba en el ambiente, debió decidir que era un buen momento para tomar su ducha y se metió en el baño.

Me volví hacia la puerta. Raúl estaba rojo de ira, pero traté de no tenérselo en cuenta ni prestarle atención a la vena que palpitaba en su cuello.

—¿Con Manu? —me espetó en cuanto lo hube encarado.

Decidí pasar por alto el matiz despectivo de su voz.

—Ayer Manu y yo tuvimos un desencuentro en la fiesta y él vino a casa para disculparse. —No se estaba creyendo nada de lo que le decía, lo notaba—. Estaba demasiado borracho y se ha quedado a dormir. En el sofá —añadí, aunque resultaba obvio que no era eso lo que él pensaba.

—Ya.

Fue una única palabra, pero bastó para dejarme claro que sus conclusiones eran otras, y no solo eso, no estaba dispuesto a confiar en mi palabra. Eso me dolió más que cualquier otra cosa. Nunca una palabra había significado tanto para mí.

—No me importa que no me creas, es la verdad —le dije.

También yo comenzaba a enfadarme, aunque por una vez fui capaz de controlar mi mal genio y no estamparle la puerta en las narices, que era lo que realmente quería hacer.

—¿Qué más da? No estamos juntos.

Cabreado como estaba, no supe si lo dijo para hacerme daño o bien porque era la verdad; pero a esas alturas mi paciencia ya no daba más de sí.

Cerré la puerta de un portazo y me quedé mirando la madera de esta como si pudiera ver a través de ella. En realidad, no veía nada, las lágrimas me llenaban los ojos. Por más que me esforcé me fue imposible retenerlas.

Lloré bajito, para mí misma, como se llora por las cosas que más daño nos hacen. Las que duelen tanto que no nos atrevemos a alzar la voz por temor a que eso incrementa también nuestro sufrimiento.

«No estás llorando, no estás llorando», me repetí, mientras trataba de convencerme de que Raúl no había dicho aquello con la certeza de que me haría daño.

Pero sí que lloraba, y sí que dolía.

Percibí a Manu detrás de mí incluso antes de que me tomara de los hombros y me hiciera girar para envolverme con sus brazos. Me refugié en su pecho y él me apretó con fuerza.

—La he vuelto a cagar, ¿no? —preguntó, y la agonía de su voz me hizo llorar con más intensidad—. Lo arreglaré, hablaré con él.

Comencé a negar. No, no quería que le diera más explicaciones de las que yo le había dado y que él debería haber creído. Puede que yo fuera muchas cosas, pero no era una mentirosa.

—Lo arreglaré —repitió Manu. Pasó los dedos bajo mi barbilla y me obligó a mirarlo—. Te prometo que lo arreglaré.

Me hundí de nuevo en su pecho para esconderme de sus ojos. Me sentía vulnerable, a ratos estúpida y a ratos demasiado enfadada para dejar incluso de llorar.

Maldije a Zeus y sus estúpidas mitades, y luego recordé que yo era una persona completa. No había necesitado a nadie para llegar hasta donde estaba, salvo a mi familia, a la de sangre y a esa que había elegido para acompañarme. Manu soportó con estoicismo mis lágrimas, incluso cuando estas comenzaron a resbalar sobre su pecho desnudo. No se quejó, y yo agradecí que no eligiera ese instante para soltar alguna tontería. Se quedó en silencio y fue lo único que me mantuvo entera mientras me desahogaba.

No sé cuánto tardé en sobreponerme, probablemente una eternidad.

—Ahora sí que necesitas una ducha —traté de bromear.

Manu me llevó hasta el sofá e hizo que me sentara. Creo que no sabía cómo comportarse; sin embargo, se mantuvo a mi lado todo el tiempo.

—Puedo esperar si tú puedes soportar lo mal que huelo.

La mueca que se formó en mis labios ni siquiera podía llamarse sonrisa.

—Escúchame, pitufa. Hablaré con Raúl y le contaré por qué estaba en tu casa.

Negué de nuevo.

—No creo que le importe. Es feliz pensando que me ha faltado tiempo para acostarme contigo.

Él me sujetó de los hombros.

—Pero ¿qué dices? Nadie creería algo así de ti —rebatí, convencido.

Me enterneció que pensara así, y más aún que albergara una inocencia de la que yo había creído que carecía. Pero igual que yo había hecho tantas veces, Raúl había encontrado una excusa perfecta para no implicarse en una relación.

—Te lo agradezco, Manu, pero será mejor que lo dejes estar. —Se quedó mirándome y la impotencia que sentía se reflejó con claridad en su expresión—. Olvídalo, ¿vale? Ve a ducharte, anda.

Él negó. Aún mantenía mis manos entre las suyas.

—Apesta, Manu, haz el favor de meterte en la ducha —lo azucé, y él hizo una mueca.

—Está bien —cedió al fin—. Pero luego tú y yo nos vamos a ir a desayunar a la calle. La Nochevieja no acaba hasta que uno se come unos churros con chocolate.

Para mí estaba más que acabada, pero no quise discutir.

—Vale.

En cuanto se metió en el baño y cerró la puerta, dejándome a solas, no pude evitar volver a echarme a llorar.

—Vengo aquí todos los años —comentó Manu, mientras nos sentábamos en una de las mesas libres.

Casualidad o no, la churrería estaba muy cerca de la estación de bomberos donde trabajan tanto él como Raúl. Me alivió saber que este último no tenía turno ese día; no me apetecía un nuevo enfrentamiento ni ser objeto de más miradas acusadoras.

Había estado llorando hasta que dejé de escuchar el agua de la ducha correr. Aunque, a decir verdad, creo que Manu fue consciente de ello en cuanto me puso la vista encima. Me había animado a ducharme, de una forma mucho más sutil que la que yo había empleado con él, y luego a vestirme para salir a compartir el desayuno.

—Déjame que haga esto por ti —me había dicho—. Tómalo como una compensación. Eso, y no avisar a mi hermana de... esto.

Esto era yo y mis ojos hinchados y enrojecidos, y la necesidad de que alguien me abrazara tan fuerte que las piezas de mi corazón encajaran de nuevo. No iba a pedirle eso a Manu; unos churros tendrían que servir.

—Yo ya he estado aquí —murmuré, echando un vistazo a mi alrededor. El local me sonaba mucho.

Manu esbozó una sonrisa.

—El primer Fin de Año que os dejaron salir a Julia y a ti os traje aquí después de ir a buscaros a aquella *chupifiesta*.

El falsete que empleó al pronunciar la última palabra me hizo reír a pesar de que mi pecho continuaba doliendo.

En nuestra primera salida de Nochevieja, Julia y yo habíamos ido a una fiesta muy pija en la que no conocíamos a casi nadie. Mi mejor amiga se había empeñado en ello porque se suponía que también asistiría el guaperas del instituto, del que se había colgado en segundo curso. No lo vimos en toda la noche, la música apeataba y lo único que mereció la pena fue el hecho de que estábamos allí juntas. Los padres de Julia y Manu le habían hecho prometer a este que nos recogería cuando lo llamásemos, y yo estaba segura de que le habíamos fastidiado un potencial revolcón —ya por entonces Manu era todo un rompecorazones—, porque había aparecido con una mala leche que no se aguantaba ni él mismo. Sin embargo, en vez de llevarnos a casa, nos había traído a la churrería en la que ahora nos encontrábamos.

—No puedo creer que te acuerdes —le dije.

—Me hicisteis largarme de una fiesta en el mejor momento, como para olvidarlo.

Enarqué las cejas, pero no dije nada sobre mis sospechas acerca de su revolcón frustrado. Manu

se dedicó a enumerar todas las veces que nos había recogido a lo largo de los siguientes años, y me sorprendió que su voz desprendiera tanto cariño.

—Bueno, no pasó mucho tiempo hasta que ya volvíamos nosotras solitas.

—Sí, lo sé —replicó—. Mis padres hubieran cedido antes, pero yo continué ofreciéndome.

Eso sí que no me lo creí.

—¡Serás mentiroso!

Le asesté un golpe en el brazo y él rio. No lo negó, pero tampoco lo desmintió.

—Venga, vamos a comernos esto. —Alzó el vaso con el chocolate y me hizo brindar con él—. Por los trescientos sesenta y cuatro días que nos quedan por delante para hacer que este año sea inolvidable.

No añadí nada a su discurso, no era mi mejor comienzo de año.

Pasamos un rato disfrutando del sabor dulce del chocolate, y Manu pareció empeñado en arrancarme una sonrisa. Contó un montón de anécdotas de nuestra infancia en común, compartíamos más de lo que yo creía, y lo escuché con atención, deseosa de olvidarme de las últimas doce horas. Cuando terminamos los churros, Manu le hizo un gesto a la camarera.

—¿Nos estamos marchando sin pagar? —aventuré yo, porque en vez de levantarnos e ir hacia la caja nos dirigimos a la salida.

Manu rio, lo creía muy capaz.

—Me lo apuntará en la cuenta. Cuando tengo guardia de noche suelo escaparme a por unas cuantas raciones para todos —aclaró—. Se ha acostumbrado a que salga corriendo más de una vez.

Echamos a andar por la acera, pero Manu se detuvo.

—¿Te apetece que nos acerquemos a saludar a los chicos? Luka y Carlos deben haber entrado hace unas horas.

Al menos Luka había estado en la fiesta, seguramente también Carlos. Era obvio que no dejaban de salir a pesar de tener que trabajar. Cualquiera día ardería Madrid y los pillaría a todos de resaca.

—Sois unos irresponsables —señalé, pero él se encogió de hombros.

—Estamos bien entrenados, pero seguramente tengas razón.

Continuaba mirándome fijamente, y me di cuenta de que esperaba una respuesta a su proposición.

—Hoy no, Manu.

No discutió. Se metió las manos en los bolsillos y no volvió a hablar hasta que llegamos a la boca del metro.

—Está bien, pitufa. Te acompaño a casa y te dejo descansar.

Asentí, aunque no sabía si quería quedarme sola, pero no iba a arrastrarlo con mis problemas; bastante había hecho ya, en todos los sentidos.

—¿Qué vas a hacer ahora? ¿Te juntarás con mi hermana y me pondréis a parir?

—No seas tan egocéntrico, a ver si te crees que eso es lo que hacemos cuando quedamos.

Agitó la cabeza de un lado a otro.

—Ah, ¿no? —rio.

—No eres tan interesante, Manu, no te lo creas tanto.

Frunció los labios y yo le di un codazo en broma. Hubiera resultado adorable de no saber que estaba fingiendo indignarse. Tal vez lo pareció de todas formas.

—Creo que hoy huele a maratón —le dije mientras esperábamos en el andén del metro.

—¿Piensas ir a correr ahora?

Me reí, y esta vez lo hice con ganas. Manu no era de los que se sentaban frente a la tele, pero yo y las carreras éramos aún más incompatibles.

—Un maratón de capítulos —aclaré, y él seguía sin comprender—. Una serie; la tele, ya sabes, esa cosa cuadrada que emite imágenes.

Resopló, y el gesto me resultó muy familiar; Julia lo empleaba a menudo para protestar por algunos de mis comentarios.

—¿Avisarás a Julia? —inquirió, y tuve la sensación de que temía la reacción de su hermana cuando le contara lo sucedido la noche anterior.

Hacía bien, yo en su lugar estaría aterrada.

—Esperaré a que asalte mi casa por propia iniciativa. Últimamente ha adquirido esa fea costumbre. —Decidí apiadarme de él—. Hagamos un trato: un mes sin una gota de alcohol y yo no le digo ni una palabra a Julia de tu comportamiento.

Él ladeó la cabeza en mi dirección y me dedicó una sonrisa pícaro.

—Vale —aceptó con demasiada facilidad—. Estoy seguro de que puedes estar un mes sin beber.

—¡Manu! ¡Me refería a ti!

Se partió de risa al ver mi expresión. Me planteé chantajearle recordándole lo mal que había actuado en la fiesta, pero no hizo falta.

—Está bien. Trato hecho.

Arqueé la ceja.

—¿En serio? ¿Así de fácil?

—Nadie ha dicho que vaya a ser fácil. Tú saldrás conmigo durante ese mes y te asegurarás de que me porte bien.

El volumen de su voz había ido descendiendo conforme hablaba y ya no había rastro de burla en ella. No sabía hasta dónde llegaba el problema de Manu con el alcohol; pero, si él estaba dispuesto a cumplir aquella promesa, yo lo estaba a ayudarlo. Julia lloraría de alegría al saberlo.

—Y no quiero que le digas nada a mi hermana de esto. No quiero que me dé la brasa, ya voy a tener bastante contigo.

—Se preocupa por ti —repliqué, ignorando la segunda parte de su comentario.

Nunca le ocultaba nada a mi mejor amiga y no sabía si podría hacerlo. Julia tenía un radar para ese tipo de cosas, sin contar con que yo mentía fatal.

—¿Hay trato? —preguntó, justo en el momento en el que el tren se detenía frente a nosotros.
—Ya veremos.

Julia no asaltó mi casa como un geo en plena redada, algo que una parte de mí agradeció. La otra parte estaba hecha una bola en el sofá, con los ojos fijos en la televisión, pero sin saber siquiera lo que estaban poniendo. Había tenido que coger una manta limpia del armario; la que había usado Manu olía a *whisky*, y la que normalmente colgaba del reposabrazos, a Raúl. Ambas habían acabado en la lavadora.

No había manera de que me hiciera dueña de mis emociones y a punto había estado de dejar que las lágrimas corriesen otra vez por mis mejillas. Había logrado mantenerlas secas a duras penas. Ya no importaban las tres citas ni ninguna de esas otras chorradas a las que me había agarrado para eludir mis miedos, y me enfurecía pensar en que yo había podido afrontarlos mientras que Raúl no. El caso era que ni siquiera sabía si era eso lo que le había hecho terminar conmigo; no me lo había contado, no me había dicho una mierda al respecto, y eso me entristecía y me cabreaba a partes iguales. ¿Qué había sido yo para él? ¿Un rollo de solo tres citas? ¿Un revolcón?

Tal vez yo tuviera la culpa. A pesar de todo, me había dejado arrastrar y puede que me hubiera emocionado de más con lo nuestro.

«Deja de culparte, Nadia», me dije a mí misma, más enfadada aún.

Y así en un ciclo sin fin de varias horas.

Para cuando Julia llamó a la puerta, yo ya estaba más que preparada para tener algo de compañía.

—Has llamado —señalé al abrirle.

Regresé a mi rincón de pensar y Julia debió darse cuenta de que arrastraba los pies.

—¿Va todo bien? —preguntó, siguiéndome hasta el sofá—. ¿O tengo que matar a alguien?

Cambiad *alguien* por Raúl y obtendréis lo que en realidad había querido decir.

—Todo guay.

—Nadia, no dices «guay» desde que teníamos quince años. ¿Qué ocurre?

Suspiré. No sabía cómo se tomaría lo que le contara. Lo de Manu iba a callármelo, solo por ahora y solo si era capaz.

—Raúl y yo ya no... somos.

Elegí una manera de decirlo mucho más bonita de lo que se sentía. Esperé la reacción de mi amiga en silencio, los gritos, las preguntas, el enfado, pero no llegaron.

—Oh, Nadia, eso es una mierda.

Me reí, no supe exactamente de qué, pero me gustó que lo resumiera tan bien.

—Sí, sí que lo es. O tal vez no, quizás sea cosa de Zeus y sus mitades. O tal vez...

Se me quebró la voz y no pude continuar.

Julia me abrazó y yo apoyé la cabeza en su hombro. No quería volver a llorar, me hacía sentir menos yo misma de lo que ya me sentía.

—Lo siento, es culpa mía.

—No, Julia. —La separé de mí—. Ya hemos pasado por esto. Tú eres mi amiga, la mejor que podría tener. No puedes culparte por esto, por favor.

Se abrazó a mí de nuevo y me sentí bien.

—¿Te quedas conmigo? —le pedí, y no me importó asumir que la necesitaba.

—Claro que sí.

Fue una tarde de amigas, de esas que tanta falta nos hacen a veces y que tendemos a infravalorar. Pero en esa ocasión fui muy consciente de lo calmante que era su risa, las tonterías que decía para animarme e incluso de sus razonamientos sobre por qué Olaf era el mejor personaje de *Frozen*.

Fue divertido y reparador, y no pensé en Raúl, no demasiado.

Esa semana pasó más rápida de lo que esperaba; claro que solo tenía que trabajar tres días gracias a los festivos. La locura del cierre contable anual ayudó, por supuesto. Aunque hubo un momento del viernes en el que los números comenzaron a bailar frente a mis ojos y tuve que obligarme a parar.

Me marché de mi despacho y me fui a la cocina en busca de Marco, al que había dado largas para no hablar con él de Raúl. La primera vez que Marco me había preguntado, me había limitado a negar; supongo que lo entendió.

—¿Cómo va eso, peque? —me preguntó al verme entrar.

Con el gorro de redcilla perdía la poca seriedad que ya de por sí poseía. Nunca me acostumbraría.

—Con mejor pinta que tú seguro. —En venganza, me golpeó en el trasero con un paño de cocina, aunque estaba convencida de que eso se saltaba todos los protocolos de higiene de la empresa—. ¡Eh! Solo digo la verdad.

Me paseé por la estancia echando breves vistazos al pedido que estaba preparando mientras él acababa de coronar con nata un pastelito.

—Venga, tomémonos un café —me dijo cuando terminó.

—Amén a eso.

Me di cuenta de lo afortunada que era mientras bebía café en el cuartucho de mala muerte que teníamos para tal fin; me refiero a que usábamos esa salita para descansar, no a que allí el personal tuviera revelaciones como la que yo acababa de sufrir.

Contaba con buenos amigos, escasos en número quizás, pero que se preocupaban por mí a pesar de lo gruñona que era a veces; también tenía un buen trabajo, por muy loca que me volviese; compañeros agradables que arrimaban el hombro cuando era necesario... Y unos padres que me adoraban, al igual que yo a ellos, por mucho que renegara de sus atenciones. No cuidaban más de mí porque yo no me dejaba, y no me dejaba porque había tenido miedo.

Puede que, de no ser por Raúl, yo no hubiera llegado a esa conclusión, puede que sí. No había

manera de saberlo.

—Somos unos incomprendidos —dijo Marco; a saber qué había deducido de mi expresión ensimismada—. Pero mejor solos que mal acompañados, ¿no?

Le sonreí y me colgué de su brazo.

—Ninguno de los dos está solo —le dije y, poniéndome de puntillas, le di un beso en la mejilla.

Marco me devolvió la sonrisa. Luego soltó una de sus burradas y yo lo reprendí por su vulgaridad. Así eran las cosas con él, y yo lo adoraba.

Tuvimos que volver al trabajo, pero llevé un poco mejor el resto del día. Era viernes y yo ya estaba preparada para una sesión intensiva de televisión y comida basura. Mis planes se fueron al traste a la hora de la comida cuando mi móvil empezó a sonar y Manu me devolvió el saludo al contestar.

—Pásame a buscar sobre las once.

Sus exigencias se dieron contra un muro de piedra.

—¿Perdona?

—Nuestro trato, ¿lo has olvidado? Vamos a salir. Tengo turno hasta las once, así que será mejor que pases tú por aquí.

Gimoteé, no quería salir, quería quedarme en casa. Y lo de ir a buscarlo al trabajo era una pésima idea.

—No voy a ir a buscarte allí, Manu.

Debió de darse cuenta de su metedura de pata, porque barbotó un par de incoherencias que no entendí. No había visto a Raúl desde la mañana de Año Nuevo y pretendía que siguiera siendo así. Aún dolía.

—No va a pasarte nada por no salir una noche. Puedes quedarte en casa.

Ahora fue su turno para gimotear; reprimí la risa.

—Quiero salir. Contigo —agregó, y no supe cómo interpretar la aclaración—. En casa no tengo nada que hacer. Estoy solo.

Fui a contestarle que podía llamar a uno de sus ligues y ya no estaría solo, pero algo en su voz me hizo pensar en la posibilidad de que no se tratara de eso. El silencio a través de la línea se alargó más de lo normal.

—Puedes venir tú a casa —le dije, y acto seguido ya me estaba arrepintiéndome.

—¿Y qué vamos a hacer en tu casa, pitufa? —terció él con voz sugerente.

—Borra esa imagen de tu mente, Manu. Eso no va a suceder.

Soltó una carcajada que me llenó los oídos.

Discutimos durante un rato más. No sabía en qué momento había pasado de chantajearlo con decirle a Julia lo de su desmadre en la fiesta a ser yo el objeto del chantaje, pero al final conseguí convencerlo para no tener que salir de fiesta.

Por la tarde, al llegar a casa, me puse el pijama y no me molesté ni en preparar algo de cenar. Manu bien podría invitarme en compensación por los líos en los que me metía. Cuando apareció

eran las once y cuarto de la noche y yo estaba a punto de morirme de hambre y de sueño.

—¡Ya estoy aquí!

Su entusiasmo fue excesivo, y su atuendo también. Iba sospechosamente bien vestido, con un pantalón negro de pinzas y una camisa blanca remangada hasta los codos, claro que Manu era de esas personas a las que cualquier cosa les quedaba bien.

—Vaya cara que tienes, pitufa.

Le gruñí. Estaba cansada, tanto física como mentalmente. Me había levantado un poco antes de las siete y, además, esa no había sido mi mejor semana. Estaba durmiendo fatal.

Manu me pasó un brazo en torno a los hombros y me llevó de vuelta al salón.

—¿Has cenado al menos? —Negué y él sacó el móvil y abrió la misma aplicación que yo usaba para pedir comida a domicilio—. ¿Pizza o chino? —me preguntó con una sonrisa.

Tuvimos que esperar casi tres cuartos de hora para que trajeran la comida china, y Manu me mantuvo despierta a base de meterse conmigo; yo solo quería dormir, aunque mi estómago decía lo contrario.

—¿Has vuelto a hablar con Raúl?

El trozo de rollito que me estaba llevando a la boca resbaló y cayó al suelo. No esperaba que Manu se interesara más por lo mío con Raúl, no solía interesarse mucho por nada.

—*Nop.*

Él frunció el ceño y continuó comiendo.

—Pero... ¿estás bien?

Me hizo la pregunta con una cautela impropia de él, y comprendí que le daba vergüenza. No estaba acostumbrado a ponerse serio.

—¿Y tú? —pregunté a su vez, pero suspiré al darme cuenta de que solo estaba esquivando sus preguntas.

«No más excusas, Nadia.»

Terminé sucumbiendo ante mí misma y dándome cuenta de que no había necesidad de hacerme la fuerte con Manu. Le conté lo mucho que me dolía el hecho de haberme dejado llevar con Raúl, darle una patada a mis miedos y que la patada la hubiera acabado recibiendo yo. Él me escuchaba en silencio y, de algún modo, acabamos los dos apretados en el *chaise longue* mientras yo confesaba mis miserias.

No sé en qué momento me quedé dormida, solo sé que lo hice entre sus brazos y con su aroma llenándome los pulmones. El olor de Raúl seguía ahí, en el fondo de mi mente, pero Manu logró que lo olvidara durante un ratito.

Me desperté en mi cama, arropada y con las persianas bajadas. Estaba sola y no parecía que nadie hubiera dormido en el lado izquierdo del colchón. Supuse que Manu había regresado a su casa, solo esperaba que, de camino, no hubiera terminado en algún bar por *error*.

Me levanté y descubrí que eso no había ocurrido porque estaba en mi salón, comiéndose fríos los tallarines con pollo que habían sobrado la noche anterior.

—Eso es asqueroso —le dije, pero a él no pareció importarle—. Creí que te habías ido a tu casa.

—Es sábado. Te toca hacer de canguro todo el fin de semana.

Me planté frente a él y le arranqué el envase de comida de entre las manos.

—No bromees con eso. No voy a hacerte de niñera durante dos días ni de coña, Manu.

Se rio, alto y claro.

—No es broma. No tengo que trabajar hasta mañana por la noche. Lo prometiste.

Puso cara de pena, pero no me lo creí. Luego recordé que había aguantado el chaparrón la noche anterior y me ablandé un poco.

—Te estás aprovechando de mí, ¿verdad?

Me arrebató la comida y se encogió de hombros.

—Un poco —confesó con descaro—. Pero te he hecho café y no te he despertado cuando Julia ha venido a dar la lata hace un rato. Eso tiene que contar.

Eché un vistazo rápido a la puerta.

—¿Tu hermana ha estado aquí? —Asintió con la boca llena—. ¿Y te ha visto? —Otro asentimiento—. ¿Qué ha dicho?

—Que si íbamos a follar procurásemos no hacer ruido, que las paredes son finas y se escucha todo.

Me atraganté con mi propia saliva. Hasta que comprendí que ese comentario era de su propia cosecha y Julia no había dicho nada de aquello.

Me guiñó un ojo y continuó desayunando sus tallarines tan tranquilo.

—No vamos a hacer nada de eso —señalé, y él alzó las manos.

Nos quedamos mirando unos segundos.

Una chispa saltó en algún punto de mi estómago y, aunque me dije que solo era mi cuerpo reclamando cafeína, no las tenía todas conmigo. A pesar de sus reiteradas bromas, Manu y yo habíamos superado ya hacía mucho los días en los que yo le ponía ojitos y él me ignoraba. Había sido mi amor platónico, y ese tipo de amores eran... eso, imposibles.

Estaba resentida y de bajón, y él solo estaba siendo amable, nada más.

—¿Quieres? —me ofreció.

—Café mejor.

Aunque yo estaba de pie, fue él el que se levantó y se dirigió a la cocina. Miré su espalda desnuda; debía haber dormido solo con los vaqueros. Por como se le marcaban los músculos, estaba claro que los bomberos se mantenían en plena forma. El pensamiento trajo a mi mente a Raúl y me desinflé un poco. Nunca volvería a mirar un fuego de la misma manera.

—Ten. —Me puso una taza en la mano—. ¿Qué vamos a hacer hoy?

Manu no había probado una gota de alcohol, ni siquiera me había pedido una cerveza para acompañar la cena, y yo empezaba a plantearme si en realidad necesitaba mi ayuda, o la de nadie, para controlarse. A lo mejor simplemente no quería.

—Vaguear —le dije.

«Lamerme las heridas», pensé para mí.

—Y una mierda. Te vienes conmigo a correr.

Mis carcajadas debieron oírse incluso en el apartamento de Julia. Eso era menos probable aún que lo de que nos acostásemos...

Adoptó otra vez carita de perro apaleado; me daba igual, no pensaba ceder.

—¿Un paseo?

Puse los ojos en blanco, pero miré a mi alrededor y volví a ver las huellas de la presencia de Raúl por todo el apartamento.

—Corto, muy corto.

Nuestra caminata no tuvo nada de corta, aunque me estaba bien empleado por hacerle caso. Acabamos incluso cogiendo el autobús para ir al centro. Manu me llevó al Mercado de San Antón, en Chueca, para tomar el aperitivo. El lugar estaba lleno de pequeños establecimientos en los que servían tapas y raciones. Me dejé aconsejar por él, que ya había estado en otras ocasiones, y pidió por mí. Al llegar a las bebidas me lanzó una elocuente mirada antes de decirle al camarero que le pusiera una cola y una caña.

—La caña es para ti —aclaró mientras esperábamos.

No hice ningún comentario.

Nos sentamos en una mesa a disfrutar del aperitivo, que terminó convirtiéndose en un almuerzo. Manu confesó que no había llegado a hablar con su hermana esa mañana. Había llamado a la

puerta, pero él no había contestado y Julia había regresado a su casa.

—No quería que pensara nada raro.

—No creo que Julia pensase que me he liado con su hermano.

—Nada malo de mí, no de ti —explicó, y me sentí mal al comprender que, con toda probabilidad, eso sería lo que hubiera sucedido.

—No tienes por qué hacer esto, Manu. —Sus cejas se elevaron, interrogantes—. Ya sabes, distraerme. No te sientas mal por lo que pasó con Raúl, no es culpa tuya.

Se enfadó, me di cuenta de ello al instante.

—No hago nada de esto porque me sienta culpable, Nadia. Lo hago porque quiero y porque me gusta estar contigo. —Las palabras, escupidas con una amarga sinceridad, me sorprendieron más que cualquier otra cosa de lo sucedido en las últimas horas—. Raúl es un gilipollas si no sabe apreciar lo que tenía contigo —añadió, aún más enfadado, mucho más de lo que lo hubiera visto nunca—. Yo...

Ahí terminó su arranque. Apuró su bebida y luego... solo silencio.

A veces, la barrera entre un sentimiento pasado y el presente se difumina de tal manera que no somos capaces de distinguir dónde empieza uno y dónde acaba el otro. Supuse que era lo que me había pasado en ese momento. Manu podía ser encantador cuando quería, que no solía ser muy a menudo ni conmigo, y dejar de lado su fachada de perdonavidas para mostrar algo muy diferente. Sorprenderlo tomándose algo en serio era una proeza, y que ese algo fueran sentimientos...

—Lamento haber insinuado que solo estás conmigo porque te sientes culpable —le dije, ya en el autobús de regreso, y obvié la parte en la que se refería a Raúl—. No soy yo en estos días.

Sus ojos se clavaron en los míos y se mordió el labio antes de contestar.

—Tú siempre eres tú, Nadia.

Manu no se marchó. Permaneció en mi casa incluso cuando empezaron a llegarle mensajes con posibles planes para ese sábado por la noche. Estaba convencida de que casi todos eran de mujeres, pero él les echaba un vistazo y volvía a dejar el móvil en la mesa. No debía ser fácil pasar una velada tranquila cuando tenías esa clase de vida social. No lo envidiaba, la verdad, era feliz con mi reducido círculo de amigos.

—Me aburro —farfulló, haciendo un puchero.

Yo estaba dibujando y hacía lo posible por ignorar su presencia mientras que él hojeaba una de mis últimas lecturas.

—Si quieres llamo a Julia, ya verás lo que nos divertimos —me burlé, sin apartar la vista del lienzo frente a mí.

Como si con su sola mención la hubiéramos invocado, llamaron a la puerta y su voz nos llegó desde el descansillo. Manu cerró el libro de golpe y yo lo fulminé con la mirada.

—Trata bien a mis niños —le advertí, señalando su regazo. Levantó la novela y se miró la entrepierna, luego me miró y sonrió—. No he dicho nada —añadí, y me dirigí hacia la puerta.

Julia se coló en mi apartamento como un vendaval, toda una fuerza de la naturaleza en acción.

—Sabía que estabas en casa... —Su cabeza giró hacia Manu y fue lo más parecido a la niña de *El exorcista* que hubiera visto antes—. ¿Qué haces tú aquí?

Manu no se inmutó frente a la hostilidad que desprendía su hermana.

—Pasar el rato.

—¿Qué haces tú aquí pasando el rato? —insistió.

Reprimí la risa; las cosas iban a ponerse feas. Manu abrió la boca, pero volvió a cerrarla.

—Ha venido a brindarme apoyo moral —intervine yo, apiadándome de él.

Los ojos de Julia saltaron de su hermano a mí y de vuelta a empezar, su expresión estaba a mitad de camino entre la sorpresa y el terror.

—¿En serio? —repuso Julia.

Manu no se molestó en parecer indignado, aunque a mí se me encogió un poco el corazón al escuchar el matiz despectivo que tiñó su voz.

—Siempre ese tono de sorpresa...

Ahora fui yo la que giré la cabeza como si me hubiera poseído el mismísimo demonio.

—Repíte eso —le pedí, no podía haberlo entendido bien.

Me sabía de memoria los diálogos de *Harry Potter* y eso era exactamente lo que Ron le decía a Hermione al comienzo de la penúltima película. Manu no lo repitió, pero, por cómo me sonrió, supe que no se trataba de una casualidad.

—¿Se puede saber qué os pasa? —inquirió Julia, pero yo estaba contemplando a Manu como si fuera la primera vez que lo veía.

Fue él el que le contestó.

—Estamos bien —le dijo, recostándose sobre el respaldo del sofá.

Seguí plantada en mitad del salón con la boca abierta. Julia tuvo que chasquear los dedos frente a mi rostro para traerme de regreso al mundo de los *muggles*.

—Estoy empezando a preocuparme —me dijo, mientras le lanzaba miraditas a su hermano que él se dedicaba a ignorar—. Tú y él no... —Hizo un gesto con la mano bastante revelador.

En otro momento de mi vida me hubiera reído a carcajadas, pero estaba tan descolocada que lo único que atiné a hacer fue mover la cabeza de un lado a otro.

—Me aburro —repitió Manu, y se puso en pie.

Pensé que por fin se había cansado y respondería alguno de los mensajes que le habían llegado. Ni mucho menos podía imaginar dónde y cómo terminaríamos la noche.

Julia, Álvaro, Manu y yo; una azotea, la de la casa de sus padres, y un juego, el Party. Hasta ese momento, os prometo que ignoraba la batalla encarnizada que podía provocar un inocente juego de mesa. En mi casa alguna vez habíamos echado una partida y siempre surgía un poco de competitividad, pero la familia de Julia estaba a otro nivel. Álvaro tuvo que ejercer de árbitro en más de una ocasión y yo no podía dejar de alucinar con la que se liaba cada vez que no se ponían de acuerdo.

—Deja de susurrarle al oído cosas a tu novio —protestó Manu por enésima vez.

—Prometido —lo corrigió Julia, enseñándole la lengua.

Definitivamente, volvíamos a tener doce años y estábamos pasando el sábado por la noche peleándonos por un juego, en una azotea, al raso y en pleno enero. Confieso que me estaba divirtiendo mucho.

—Dios, ahora sí que me bebería un cubata —murmuró Manu, desquiciado por su hermana.

Sabía que era una forma de lamentarse por la cabezonería de Julia. Estaba convencida de que Manu no tenía problemas con el alcohol, no al menos como para necesitar ayuda profesional. Sin embargo, Álvaro se tomó su comentario como una petición y se ofreció a subirnos algo de beber.

—¡No! —gritamos todos a la vez, aunque por distintos motivos.

Manu y yo nos echamos a reír. Extendió una mano para subirme un poco la bufanda que llevaba en torno al cuello y sus dedos rozaron mi piel tan solo un segundo; la caricia, aunque no fue premeditada, me produjo un escalofrío.

—Estáis de lo más raritos, lo sabéis, ¿no? —comentó Julia, pero su atención regresó enseguida al juego.

Manu y yo compartimos una mirada cómplice que no duró más de unos pocos segundos y a la que le siguió una sonrisa y un guiño por su parte.

Cuando terminamos la partida, apenas podíamos movernos. Entre el frío y la postura, parecíamos nonagenarios.

—Viéndote, no me extraña que ya no salgas de fiesta —se burló Manu, mientras me ayudaba a ponerme en pie.

Tiró con más fuerza de la debida y acabé estampándome contra su pecho. Me sentí rara, aunque no era la primera vez que Manu me dedicaba atenciones de ese tipo. No nos movimos ni hicimos nada por separarnos; yo quise pensar que era por el frío, refugiada en él se estaba tan calentita.

—Me aburrí de pasar las noches en bares, por eso dejé de salir. No era más que una cría con excesivas ansias de libertad.

—Pero ya no eres una cría —me dijo.

Habló muy muy bajito y en un tono dulce, carente de arrogancia o burla, casi como si se tratara de una confesión que no quisiera que nadie escuchase, incluida yo.

—Manu, deja de sobar a Nadia, anda —lo regañó Julia.

Me había olvidado por completo de que Álvaro y ella estaban allí. Estuve a punto de dar un salto y alejarme de su hermano, pero los brazos de Manu continuaban rodeándome. Me dejó ir con suavidad, sin prisa alguna, se volvió hacia su hermana y, con voz firme, le dijo:

—No la estoy sobando.

Podía haber regresado con Julia y Álvaro, que iban a quedarse en casa de esta, pero Manu se empeñó en llevarme él de vuelta. No comentó que pensaba dormir en mi apartamento delante de su hermana, pero imaginaba que eso era lo que sucedería, tal y como me había dicho que haría. No me equivoqué.

—Esto empieza a ser un poco raro —le dije, cuando nos quedamos a solas frente a mi puerta.

Creo que Manu pensaba lo mismo. Se quedó inmóvil con las manos en los bolsillos.

—¿Quieres que me vaya?

Supuse que no le costaría encontrar un plan alternativo. No lo admitiría nunca, pero la idea me fastidió. Abrí la puerta y le cedí el paso.

—Entra de una vez.

¿Qué me pasaba? ¿Y en qué me convertía aquello? Julia era mi mejor amiga y Manu su hermano, pero nunca lo había considerado amigo mío. Hasta entonces había sido simplemente una especie de daño colateral.

Me avergoncé en el acto de haber pensado eso.

Lo observé mientras se dejaba caer en el sofá y me pregunté si, tanto Julia como yo, no habríamos sido demasiado duras con él.

—¿Sabes lo que me apetece? Helado, ¿tienes?

—¿Aún no se me han descongelado los dedos del todo y tú quieres comer helado?

Esbozó una sonrisa un tanto infantil, la de un chiquillo travieso. Se levantó y se acercó a mí para cogerme las manos.

—¡Joder! Pues sí que las tienes frías —protestó, y comenzó a frotármelas con las suyas—. ¿Todo lo tienes tan congelado?

Me reí, no pude evitarlo, y eso que procuraba no darle cuerda a sus bromas.

—¿Eso es un sí?

—No es asunto tuyo.

—Solo intento cumplir con mi deber hacia la comunidad —replicó, divertido.

—Creía que lo tuyo era apagar fuegos.

Supé que acababa de darle suficiente cuerda como para ahorcarse y arrastrarme con él. Se inclinó sobre mi oído y susurró:

—Te diré un secreto, también soy capaz de provocarlos.

No lo dudaba en absoluto.

Mis dedos y el resto de mi cuerpo entraron en calor, y sí, comimos helado. Nos desparramamos sobre el sofá con una tarrina de un kilo y dos cucharillas.

—¿Qué haces normalmente un sábado por la noche? —me preguntó mientras lo devorábamos. Me encogí de hombros.

—Pinto, leo, veo una peli o una serie. Quedo con tu hermana y te despellejamos... —me burlé.

Manu rio y, acto seguido, chupó la cuchara con tanta minuciosidad que me perdí un momento en la imagen de su lengua lamiendo el cubierto. El pensamiento que vino a continuación fue de todo menos noble.

Algo no iba bien conmigo. Acababa de pegarme una hostia de campeonato con Raúl, y Manu solo estaba allí para animarme. Tener esa clase de fantasías con él me hizo sentir culpable y extraña, muy extraña. No era que no las hubiera tenido antes, sobre todo años atrás, pero ahora...

—¿Qué pasa? —inquirió él—. De repente te has puesto superseria.

Agité la cabeza; no quería su atención. No estaba bien.

—Nada.

—¿Nada de nada? ¿O nada de «me pasa algo, pero no te lo voy a contar porque eres ese tipo que solo sabe salir, beber y follar y no me vas a entender»?

Lo dijo sin pararse a respirar y con un tono amargo que me partió el corazón.

—Yo no pienso eso de ti.

—Ah, ¿no? —negué—. Pues haces mal, porque así es exactamente como soy. La mayor parte del tiempo al menos. Así que no importa, llevas razón.

Me sentí aún peor. Las bromas que Julia y yo hacíamos a costa de su hermano pesaron aún más en mi conciencia. Me daba igual que me estuviera dando la razón, no quería tenerla.

—Manu...

—No —me interrumpió—. Mira lo que pasó el otro día en la fiesta. Soy un gilipollas, Nadia, un verdadero gilipollas. Contigo más que con nadie.

Ladeé la cabeza, buscando sus ojos. Él no apartó la mirada.

—Ni siquiera sé por qué me has permitido venir a tu casa —continuó—, debiste darme una patada y mandarme al cuerno.

—Te la di —dije yo, tratando de aligerar el ambiente.

Pero él negó otra vez.

—Te estoy dando el fin de semana, y todo porque, además de imbécil, soy un egoísta.

No sabía muy bien de qué hablaba, pero la intensidad de cada palabra aumentaba por momentos y no cabía duda de que se creía cada una de ellas.

—No me estás dando el fin de semana, Manu. Es... agradable tenerte aquí.

Y lo era, lo dije de verdad. Era consciente de que, de no ser por él, mis últimas horas hubieran sido deprimentes; en cambio, me había hecho reír y había escuchado mis lamentos sin protestar.

—De no ser por mí habrías arreglado las cosas con Raúl.

La verdad, ya no sabía si quería arreglar nada. Tenía sentimientos encontrados al respecto.

—Raúl escogió no creerme y sacó sus propias conclusiones sobre tu presencia en mi casa.

—Lo siento.

No dijo nada más.

Percibía las lágrimas luchando por alcanzar mis ojos, pero me esforcé para mostrarle una sonrisa.

—Te he vuelto a poner triste —murmuró.

Pasó un dedo a lo largo de mi nariz y luego se acercó titubeante. No hice nada por evitar lo que sea que fuera a suceder, aunque eso no lo pensaría hasta después. Permanecí a la espera y Manu me besó en la sien y se retiró.

—Te mereces ser feliz —me dijo, pero yo continué inmóvil, el rastro cálido de aquel beso sobre mi piel.

Su afirmación puso punto final al tema, así que poco después le sugerí ver una película.

—Te dejo elegir.

—¿Es alguna clase de trampa? Tú eres la experta, elige tú.

—Ah, no. Acepta tu responsabilidad y busca algo que podamos ver.

Me fui al baño y lo dejé con el mando en la mano y la expresión de alguien al que le acaban de poner un examen sorpresa y no sabe ni en qué idioma está. Al volver, escuché una musiquilla conocida y mi mirada voló hacia la pantalla.

Sonreí.

—Sabía que no había sido una casualidad.

Me acomodé en mi lado del sofá; él ocupó el otro y me paso la manta. Me acurrugué bajo ella y me preparé para disfrutar de *Harry Potter y las reliquias de la muerte I* con Manu, el eterno juerguista. Eso sí que parecía cosa de magia.

—A mí me gusta más la segunda parte —comentó—, pero pensé que sería mejor ver esta primero.

Por mí, podíamos tragarnos toda la saga si quería.

Supe que la había visto más de una vez cuando recitó trozos de diálogos mientras estos tenían lugar. Podría decir que las cosas se pusieron raras entre nosotros, pero lo cierto es que la escena era de lo más normal. A pesar de todo, yo no sabía cómo sentirme. Había estado allí con Raúl apenas unos días antes. Aún miraba a mi alrededor y... me sentía mal.

—Te va a salir humo de las orejas —señaló. Desvió la mirada hacia él y me di cuenta de que me estaba observando—. Relájate, ¿quieres? No voy a saltar sobre ti, Nadia.

Otra vez esa amargura en su voz; parecía que la conversación no se había acabado, después de

todo.

—No era eso en lo que pensaba.

—No te culparía.

Recogí las piernas contra el pecho y apoyé la barbilla en las rodillas. Manu tenía una pésima idea de sí mismo y yo había contribuido a ello.

—Deja ya ese tema. Puede que me meta contigo siempre y...

—Desde que estabas en el instituto. Un día empezaste y no has parado desde entonces — comentó. Aunque debería haber sido un reproche, tal y como lo dijo, no lo pareció.

Hice memoria y, tras pensarlo bien, me di cuenta de que llevaba razón.

—Nunca he querido ser cruel.

Él negó.

—No soy ningún angelito —rio, pero la alegría evitó sus ojos—. Eso ya lo sabes.

—Tampoco creo que seas tan malo como quieres hacerme creer.

Tironeó con suavidad del borde la manta.

—Soy un caos con las mujeres, en eso siempre has acertado.

—No es un problema, yo también lo soy con los hombres —bromeé. Me envalentoné y le guiñé un ojo. No me gustaba verlo tan triste—. Tiendo a correr en dirección contraria.

—¿Acabas de guiñarme un ojo, pitufa?

—Qué va...

Nos miramos; ambos sonreíamos y estaba bien. Se sentía como si, de repente, todo estuviera encajando, volviendo a su sitio.

—Ya encontrarás a alguien que te haga correr directa hacia él —me dijo.

Supongo que los dos pensamos en Raúl, porque nos concentramos de nuevo en la película. Tardé un rato en decidirme a hablar de nuevo:

—Tú también, Manu. Estoy segura de que algún día la encontrarás.

No aparté los ojos de la pantalla, pero fui muy consciente de que él sí que me estaba mirando.

El domingo por la mañana, Manu me despertó con un suave zarandeo, nada que ver con el susto de la vez anterior.

—¿Pitufa? ¿Estás consciente? —Gruñí un sí y me tapé la cara con el brazo. No tenía ni idea de la hora que era; demasiado pronto, eso seguro—. Tengo que irme, ¿vale? Sé que te dije que no lo haría hasta esta noche, pero... ha surgido algo.

La lucidez se apoderó de mí de una forma sorprendentemente rápida, pero no cambié de postura.

—¿Te marchas?

—Te prometo que no me voy de fiesta y que no beberé aunque no esté contigo —aseguró, y aunque parecía estar de broma, había un matiz de preocupación tras sus palabras que no me gustó—. Solo quería que lo supieras. Vuelve a dormirte.

Percibí que se inclinaba sobre la cama, pero luego su presencia se desvaneció y, al momento, escuché sus pasos dirigirse al pasillo. Cuando retiré el brazo de mi cara y abrí los ojos, ya no

estaba.

MANU

Había estado a punto de darle un beso. Sin embargo, aunque mi intención era depositarlo sobre su frente, no me había atrevido. No podía dejar de pensar en lo sucedido en la fiesta. Me había comportado como un capullo; después de años manteniéndome alejado de Nadia, el alcohol, verla con Raúl... Se me había ido todo de las manos y no había motivo ni disculpa que arreglara lo que había hecho. Me daba igual si Nadia decía que no importaba; al final, había sido el cabrón que ella creía que era.

Ascendí una planta y atravesé el pasillo que llevaba hasta el apartamento de Raúl. Tenía que arreglar el desastre que yo mismo había provocado. Llamé al timbre y esperé.

—¿Qué hay, tío? —lo saludé cuando abrió—. ¿Te importa si hablamos un momento?

Asintió y se hizo a un lado para dejarme pasar. Podría haberme encontrado con él por la noche, ambos teníamos guardia, pero no podía esperar ni un minuto más. Apenas si había dormido pensando en la expresión de Nadia y la imagen de esta con el rostro bañado en lágrimas. Todo había sido por mi culpa y sería yo quien lo arreglase.

—¿Qué quieres?

No había cortesía en su voz o la postura de su cuerpo, pero eso no me detuvo. No estaba allí por mí.

Eché un breve vistazo a mi alrededor. Apenas si había muebles ni tampoco objetos personales; sus cosas debían continuar en casa de Laura, su exnovia. No quise plantearme que no hubiera sido capaz de pasarse por su anterior piso y recogerlas, aunque conociendo la forma en la que se había largado del país años atrás, era probable que así fuera.

—El otro día no pasó nada entre Nadia y yo —le aseguré—. Ella te dijo la verdad.

—No me importa.

—Me comporté como un imbécil con ella en la fiesta y vine a pedirle perdón —continué, ignorando su comentario—. Deberías haber creído lo que te dijo.

Ni siquiera sabía si me estaba creyendo a mí.

—¿Eso es todo?

Asentí a pesar de que la conversación no había ido como yo esperaba.

—Bueno, no. Nadia es una mujer increíble y preciosa, pero eso supongo que ya lo sabes. Lo está pasando mal...

Raúl no dijo nada más y yo sentí que estorbaba. Abandoné su piso con una sensación aún más amarga de la que ya tenía antes de llegar allí. Seguro que podría haber dicho algo más para

enmendar el malentendido que había provocado.

Podía haberle hablado de lo divertido que era discutir con ella o de que se le daba de puta pena jugar al Party; que cuando tenía frío sus mejillas enrojecían o que, cuando tenía dieciocho años, ya manejaba la ironía con tal maestría que te hacía reír y te provocaba un dolor extraño en el pecho a partes iguales.

Seguro que podía haber mencionado que murmuraba palabras de sus películas favoritas en sueños y que el café hacía desaparecer la arruga de su frente por las mañanas. También que, de tanto reír, lucía una preciosa marca junto a los labios. Podía haberle dicho que era la amiga más leal que mi hermana hubiera tenido nunca, y que odiaba las mentiras. Que olía dolorosamente bien y que, años atrás, había pasado de ser una cría a convertirse en una mujer con tanta rapidez que a mí me había pillado por sorpresa...

Podía habérselo dicho, pero en realidad Raúl ya lo sabía, y a quien yo siempre había querido contarle todas aquellas cosas era a la propia Nadia.

Contesté al teléfono sin creerme demasiado el nombre que aparecía en la pantalla. Julia, a mi lado, asentía con entusiasmo.

—¿Raúl?

—Hola, Nadia. —Hubo una pausa incómoda—. Me preguntaba... si podríamos vernos.

Vivíamos en el mismo edificio, de haber querido podía haber bajado una planta y llamar a mi puerta. En cambio, me estaba llamando cuando ni siquiera sabía que tenía mi teléfono.

—Sé que el otro día las cosas se torcieron un poco, pero tienes que saber que no creo que haya nada entre Manu y tú.

Julia me taladraba con la mirada, y yo no sabía qué decir.

—¿Me crees? —pregunté al fin.

—Sí, claro que sí. Además, no estábamos saliendo, tampoco es que tengas que darme explicaciones.

Esa no era, ni de lejos, lo que yo esperaba que dijera.

—No, no estábamos saliendo.

La brusquedad de mi respuesta debió ser evidente incluso a través de la línea telefónica.

—Será mejor si hablamos en persona, ¿no te parece? Tengo que entrar a trabajar en un rato, pero podríamos dar un paseo en moto.

Julia debió escuchar su propuesta, porque abrió los ojos como platos y después sonrió.

—Vale —le dije, aunque no estaba del todo convencida—. Dame quince minutos.

—¿Qué tal diez?

—Está bien —cedí.

Colgué la llamada, pero no me moví. Julia continuaba pendiente de mí.

—¿No vas a arreglarte?

Llevaba unos vaqueros, una sudadera y zapatillas. Negué. El tiempo que le había pedido pensaba emplearlo en hacerme a la idea de que quería volver a verme, no para cambiarme de ropa.

—No te veo muy entusiasmada. Álvaro se cruzó hace unas horas a Raúl en el portal y él le pidió tu número —admitió. Así que eso había sido—. No pensó que hiciera mal en dárselo, creía que no te importaría.

—¿Tú crees? —le espeté. Exhalé un suspiro para calmarme—. Lo siento, no pretendía ser tan brusca.

Mi amiga le restó importancia con un gesto.

—¿Ya no te gusta?

Sí, se suponía que sí. Era Raúl, me había hecho temblar y estremecerme menos de una semana antes y había llegado a pensar que podría enamorarme de él. Sin embargo, ahora...

Antes de que pudiera descubrir cómo me sentía o darle a Julia unas respuestas de las que carecía, Raúl ya estaba llamando a mi puerta.

—No vayas si no quieres, Nadia. No tienes por qué.

—Tranquila, solo quiere hablar.

Al abrir, el mundo a mi alrededor no se desvaneció ni mi estómago se llenó de mariposas, tampoco desapareció la sensación de decepción; en lo único en lo que podía pensar era en que Raúl y yo... ya no éramos. La magia se había roto y ya no sabía si había existido alguna vez o yo me lo había imaginado.

Me entregó el casco que había usado en otras ocasiones mientras Julia pasaba por nuestro lado, lo saludaba y se deslizaba hacia su apartamento con la mayor discreción posible.

—¿Vamos? —inquirió.

Disfruté mucho menos del paseo en moto, lo que contribuyó a aumentar mi desconcierto. Él conducía y yo me dedicaba a pensar. Ni siquiera me fijé por dónde íbamos.

Raúl y yo habíamos sido un comienzo, un quizás, una de esas historias que Marco había mencionado, de las que al final se quedaban en nada. La atracción puede que siguiera ahí, pero no había mucho más, tal vez ni eso. Tan abstraída iba que, al detenernos, tardé un momento en darme cuenta de que nos encontrábamos frente a la estación de bomberos en la que trabajaba. Pensé en Manu de inmediato; él también trabajaba ese día. Aún era pronto, no creía que hubiera llegado.

El pensamiento me alivió.

—Tengo un par de horas libres, pero sé que te gustó visitarla la otra vez —me dijo, señalando la entrada.

Debería haber dado media vuelta y largarme. No me encontraba cómoda con él, pero cedí y entramos. Hulk nos saludó desde la zona de los camiones, frente a los portales que daban al exterior. Estaba cargando material en uno de ellos.

—Aún es pronto, tío. —Miró el reloj—. Estás tan tarado como Manu, lleva todo el día aquí metido. Si queréis pringar de más, ¿me puedo ir yo a casa?

Dejé de escucharlo cuando mencionó a Manu. Mi incomodidad aumentó.

—Podemos ir a otro lado —sugirió Raúl en voz baja, apartándome de Hulk.

Antes de que respondiera se oyeron pasos que descendían por las escaleras de metal. Supe de quién se trataba incluso antes de levantar la vista y encontrarme con el rostro inexpresivo de Manu.

—¿Qué pasa, pitufa? ¿Otra vez de visita?

Fui a echar mano de algún chascarrillo o comentario estúpido para salir del paso, pero no se me ocurrió nada. Estaba en blanco.

—¿Qué tal, Raúl? —lo saludó también a él.

Pasó junto a nosotros y fue a apoyarse en el camión que Hulk estaba aprovisionando. No hizo

amago de abrazarme como tenía por costumbre.

Raúl avanzó un par de pasos hacia él, contemplándolo con fijeza.

—¿Has estado bebiendo? —inquirió, riendo—. Tienes los ojos rojos, chaval. Un día de estos van a pillarte y nos largarán a todos.

Clavé la vista en Manu, aunque él apartó la mirada con rapidez.

—Eso le he dicho yo —intervino Hulk, a gritos, desde el interior del camión—, pero dice que es alergia.

Se rio y Raúl secundó sus carcajadas. Yo no.

—Iros todos a la mierda —les espetó Manu, y se dio media vuelta para regresar arriba.

Pasé al lado de Raúl y fui tras él. No podía creerme que se hubiera marchado de mi casa para irse de copas en pleno día. Lo agarré del brazo y lo obligué a girarse.

—Dime que no es verdad, Manu.

No levantó la vista del suelo y lo odié por ello. ¡Joder!, ¿qué problema tenían los tíos con mirarte a los ojos?

—¿Manu?

—¿Lo habéis arreglado? Espero que sí.

No sabía de qué hablaba, ni siquiera pensaba en Raúl. Me preocupaba él y lo que hubiera hecho, lo que sentía.

—¿No piensas contestarme?

—Tú ya sabes la respuesta, pero no te preocupes, estoy bien.

No me lo creí. No lo había hecho, no podía.

—¡Mírame de una vez, joder! —grité, sin importarme quién me escuchara.

Se zafó de mi agarre y, por fin, levantó la vista y me miró.

—¿Alergia? —inquirí, y él asintió aunque acabara de decir lo contrario—. ¿En serio, Manu?

Una de sus comisuras tembló, solo fue un segundo y podía habérmelo imaginado, pero supe enseguida que no era así. Echó a andar escaleras arriba y no se volvió a pesar de que yo permanecí inmóvil, taladrando su nuca con la mirada.

—Siempre ese tono de sorpresa, pitufa —me dijo, antes de acceder a la salita de descanso—. Siempre.

Y lo supe, supe que la irritación de sus ojos no era producto del alcohol, sino de las lágrimas. Que le dolía, no sabía el qué, pero sus ojos estaban repletos de dolor y amargura, y yo había contribuido a ello de alguna manera.

Subí los escalones de dos en dos, angustiada pero decidida. Cuando alcancé la puerta y la abrí, encontré a Manu inmóvil en mitad de la sala, de espaldas a mí. Lo rodeé y me planté frente a él.

—Dime la verdad —le exigí, aunque ya sabía que había estado llorando. Por algún motivo, necesitaba oírsele decir—. Vamos, Manu, dímelo.

La puerta se abrió de nuevo y Raúl entró. No estaba precisamente contento.

—Cómo te gusta ser la estrella de todas las fiestas —acusó a Manu con rudeza—. ¿Para esto

fuiste a mi casa rogando que le diera otra oportunidad a Nadia? —¿Que Manu había hecho qué? ¿Por qué?—. ¿Para hacer lo mismo que con Laura?

El rostro de Manu palideció; sin embargo, no había culpa o arrepentimiento en él, sino furia.

—Fue ella la que se me insinuó —replicó, fulminándolo con la mirada—. Te lo dije hace años y te lo repito ahora. No pasó nada entre nosotros, y con Nadia tampoco ha pasado nada. Mi vida no gira en torno a ti. —Manu lo observó fijamente durante unos segundos y la luz de la comprensión llameó en sus ojos—. ¿Esto es por ella? Todo... esto. —Me señaló, y yo cada vez entendía menos lo que sucedía.

Manu hervía de rabia. Lo conocía y sabía que estaba a punto de explotar, aunque nunca lo hubiera visto en tal situación. Estaba enfadado y herido, y más angustiado incluso que yo misma.

—No sé de qué me hablas. Mi vida no gira en torno a ti. —Raúl imitó su voz, burlón. No se parecía en nada al hombre con el que yo había estado quedando.

Aquello terminó de sacar a Manu de sus casillas.

—¡Serás cabrón! ¡Te hablé de ella! —le gritó, y no supe si se refería a la exnovia de Raúl o a mí—. Te lo conté todo la tarde que quedamos con el dueño del piso para que te lo alquilara. Te dije que estaba... —Se interrumpió, pero continuó gritando al momento—. Te conté cómo era, lo que le gustaba hacer, incluso cuáles eran sus libros favoritos, ¡todo! Me desahogué contigo y tú...

Se abalanzó sobre él, pero Hulk apareció de la nada y se interpuso entre ambos. Supuse que habría escuchado los gritos. El corpulento bombero los empujó en direcciones opuestas. Yo estaba clavada en el sitio.

¿De qué hablaba Manu? ¿De quién?

—Vamos a calmarnos todos un poco —dijo Hulk, y se volvió hacia mí—. Será mejor que te vayas, no deberías estar aquí.

—¡Eres un jodido cabrón aprovechado y vengativo! —siguió escupiendo Manu, fuera de sí. Raúl había enmudecido—. ¡Joder! ¡Te conté incluso lo de las tres citas que mi hermana le había propuesto!

Las rodillas se me aflojaron cuando por fin comprendí que hablaban de mí. Mis ojos fueron de uno a otro, y el significado de lo que Manu había dicho comenzó a calar en mí. Se clavó en mi mente y fue penetrando en ella como un afilado cuchillo, destrozándolo todo a su paso.

¿Lo sabía? ¿Raúl había estado al tanto de mi trato con Julia desde el principio y lo había empleado para vengarse de Manu? Las lágrimas llenaron mis ojos y comenzaron a caer por mis mejillas antes de que pudiera hacer nada para evitarlo. La decepción que había sentido quedó enterrada por un dolor más profundo. ¿Cómo había podido Raúl hacer algo así? ¿Y por qué a mí? Todo lo nuestro... solo había sido un medio para un fin.

—En realidad me gustabas, Nadia —se defendió, pero su aparente arrepentimiento se evaporó cuando volvió a mirar a Manu—. Si no hubiera sido por ti. Siempre es por ti. —Agitó la cabeza, negando, y luego me señaló—. Puedes quedarte con ella, ya no me interesa. —El último comentario reavivó la ira de Manu, que se lanzó de nuevo sobre él.

Hulk se metió entre los dos y los separó a duras penas. Yo me había quedado completamente paralizada al escuchar lo que había dicho Raúl y el desprecio que había desprendido su voz. Hulk tuvo que tirar al suelo a Manu y a Raúl casi lo había lanzado escaleras abajo.

—Lárgate y no vuelvas hasta que sea la hora —le dijo, luego se acercó a mí—. Nadia, tienes que irte. Ahora. —Me tomó de los hombros y me guio hacia las escaleras.

No podía ni mirar a Manu. A duras penas me mantenía en pie, pero salí de allí como pude, arrastrando la poca dignidad que me quedaba sobre un suelo cubierto por los restos de mi corazón roto.

MANU

Hulk regresó poco después. Se había llevado a Nadia, pero volvió solo.

—¿Dónde está? —pregunté casi gritando.

Me estaba resultando difícil calmarme. Había perdido los papeles frente a ella y la rabia continuaba bullendo dentro de mí, devorándome por dentro. Sentía deseos de bajar las escaleras, ir en busca de Raúl y... Dios, ni siquiera podía pensar en lo que le haría. Después de casi tres años pensaba que habría entendido que nunca sucedió nada entre Laura y yo; sin embargo, el rencor debía haberse apoderado de cada rincón de su mente para que hubiera hecho algo así.

—La he metido en un taxi —aseguró—. ¿Qué mierda era todo eso, Manu?

Nadia se había roto ante mis ojos. La había visto encogerse por el dolor y cómo la desolación se extendía por su rostro después de escuchar las acusaciones que había lanzado contra Raúl. Estaba tan desquiciado que no me había parado a pensar en lo que conocer las verdaderas intenciones de Raúl haría con ella.

Mi desesperación era tal en ese momento que le conté a Hulk todo. Empecé hablándole del día, años atrás, en el que Raúl había traído a su novia al parque de bomberos y de lo que había sucedido. De sus miradas y de que, finalmente, se me había insinuado en la habitación de la planta baja que empleamos para echar una cabezada cuando las guardias eran nocturnas. Yo la rechacé, pero Raúl había entrado poco después y nos había sorprendido allí, a solas. No supe muy bien qué había pasado después entre ellos, pero él no tardó en marcharse del país.

Me salté la parte de su regreso a España, apenas un mes antes, todos se habían enterado de que Laura había metido sus pertenencias en cajas, había cambiado la cerradura y se había negado a hablar con él; algo lógico, dado que no la había llamado ni una sola vez. Me había ofrecido a ayudarlo, sintiéndome en parte culpable de lo sucedido aunque no tenía por qué. El día que habíamos quedado con el dueño del piso ubicado en el mismo edificio en el que vivían Nadia y Julia, Raúl se había mostrado de lo más agradecido y yo había creído que el malentendido estaba más que olvidado. Le había hablado de Julia y también de Nadia, solo que al empezar a hablar de esta última ya no había sido capaz de parar.

—Le conté todo de ella, Hulk —me lamenté, escondiendo la cara entre las manos y sintiéndome como un imbécil—. Su afición por el cine y las series, lo divertida que era... le hablé de su particular humor e incluso le dije lo mucho que le gustaba pintar; yo sabía que sus padres tenían una cafetería en la que exponían a artistas poco conocidos y lo convencí de que debía darle una oportunidad. Todo —concluí—, hasta que llevaba años enamorado de ella.

Pensé que Hulk se reiría de mí, pero no lo hizo. No escuché nada, ni su respiración, y tuve que levantar la cabeza para comprobar que seguía allí. Su expresión no era muy distinta de la que lucía normalmente; no era el tipo que yo habría elegido para aquel tipo de confesión, pero mi estado no me había dado opción. Necesitaba sacarme de dentro toda la amargura que había acumulado.

—Te ha jodido bien —dijo por fin—. Nadia... —agitó la cabeza— no se merecía algo así.

—Yo... —titubeé, pero ya no había mucho más que perder—. La quiero.

Él asintió y no dijo nada más. Me sentí aún peor por no ser lo suficientemente valiente como para confesárselo a Nadia. Era ella la que debía saberlo.

Nunca había llorado tanto y nunca me había sentido tan inútil tratando de no hacerlo. Me dolía el pecho, lleno de las esquivas que las mentiras de Raúl habían dejado tras explotar. Apenas si había empezado a comprender la magnitud de su engaño, todo lo que había fingido. Los recuerdos que había creído irrepetibles no parecían ahora más que las tomas falsas de una película, solo que no eran graciosas. Eran horribles y tristes, y dolorosas, muy dolorosas.

Alguien debió avisar a Julia, porque me estaba esperando en el portal cuando el taxi en el que Hulk me había ayudado a subir se detuvo frente a nuestro edificio. Mi amiga se abalanzó sobre mí y me agarró a tiempo para evitar que me desplomara sobre el suelo. Estaba demasiado aturrida como para reaccionar. La rabia se acumulaba en mi interior, llenándolo todo, infectando cada rincón de mi mente.

—Nadia. Lo siento. No lo sabía. No tenía ni idea...

Las disculpas que Julia murmuraba de forma atropellada apenas llegaban a mis oídos, rebotaban contra la rabia que me estaba asfixiando. Me atragantaba con las lágrimas y la humillación que sentía. Raúl se había burlado de mí, de mis miedos, de mis sentimientos; había fingido para llegar hasta mí solo para poder hacerle daño a Manu y vengarse de lo que quiera que este le hubiera hecho.

Mi amiga se quedó conmigo esa noche y también al día siguiente. Creo que llamó a su oficina y a la mía para decir que estábamos enfermas, pero tampoco estoy muy segura de ello. Pasé las horas tumbada en la cama, acurrucada, con ella a mi lado abrazándome todo el tiempo. Estoy convencida de que, si hubiera aflojado la fuerza con la que me rodeaban sus brazos, me hubiese roto en mil pedazos.

—Deberías comer algo, Nadia —me susurró, preocupada—. Y probar a levantarte, quizás una ducha ayudaría.

Negué.

Deseé que la indignación se hubiera apropiado de mi mente, y no aquel dolor sordo, la vergüenza... Raúl había jugado conmigo y yo había sido lo suficientemente estúpida para dejar que lo hiciera. Me había mostrado lo que quería ver, me había sonreído cuando sabía que debía hacerlo... Y pensar que me había sentido culpable por mi reacción al descubrir que su exnovia estaba en aquella fiesta... Él ni siquiera lo había negado; simplemente, se había deshecho de mí con la misma facilidad del que se despoja de algo que ya no sirve a sus intereses.

—Nadia —volvió a susurrar—. Manu está fuera, quiere hablar contigo. —Negué de nuevo—. También está preocupado, y yo estoy preocupada por él. —No contesté. Ella me mantenía entre sus brazos, acunándome—. Deberíais hablar, os hará bien.

—No quiero hablar —le dije, y me costó encontrar mi propia voz—. ¿Se lo contaste? A Manu —aclaré, haciendo un esfuerzo—. Lo del trato.

Julia tardó unos segundos en contestar, pero no me molestó; el silencio resultaba agradable.

—Deberías hablar con él —repitió, evasiva.

No lo hice; no ese día ni al siguiente, y tampoco al otro. Mi estado, lamentable en aquel entonces, mejoró muy poco a poco. Regresé al trabajo y a mi rutina, que ahora resultaba un poco más vacía a pesar de los esfuerzos de Julia y las visitas de Marco y de Manu. A este último nunca lo recibí. Me avergüenza decir que me quedaba en silencio detrás de la puerta cuando él llamaba, echando de menos su sarcasmo y sus burlas, pero sin atreverme a hacerle frente. Lo recordaba gritándole a Raúl mientras yo me deshacía al comprender la verdad de sus reproches.

Por primera vez, Julia se puso de parte de su hermano. Me dijo que me equivocaba al no escucharlo, y cada día que pasaba su insistencia iba a más.

Raúl y yo no éramos y nunca habíamos sido en realidad, no de verdad. Manu y yo, en cambio, arrastrábamos una historia de desencuentros que nunca me había parado a analizar hasta ese momento de mi vida, cuando comprendí que me había dolido tanto la humillación a la que me había sometido Raúl como descubrir lo dolido que estaba Manu conmigo y con el resto del mundo. No creáis, lo entendía solo a medias, pero me dolía su dolor, y no tenía ni idea de lo que eso significaba.

Pasaron las semanas en una sucesión de horas interminables que ahora no recuerdo más que como un borrón. Un día de febrero cercano a mi cumpleaños, Julia explotó. Entró en mi casa con su llave, algo que no había vuelto a hacer, se acercó a la televisión y la apagó.

—Habla con él.

Sabía a quién se refería, así que negué. Me di cuenta demasiado tarde de que la puerta se había quedado abierta, justo en el instante en que Manu se plantó en el umbral. Lucía tan guapo como siempre, incluso con las ojeras que se marcaban bajos sus ojos, incluso con la expresión seria que tan rara se me hacía ver en su rostro.

—No voy a entrar si no quieres que lo haga —me dijo desde el descansillo.

Julia alternó la mirada entre ambos, esperando a que yo pusiera fin al silencio que vino después de su comentario. Al ver que no decía nada, se acercó a mí y me obligó a mirarla a los ojos.

—Julia, no —rogó Manu, pero lo que fuera que le estaba pidiendo, ella no le hizo caso.

—Nadia, le conté a mi hermano lo de las tres citas porque él era mi último recurso —confesó, y sus ojos se llenaron de lágrimas—. Era él en el que pensaba cuando te lo propuse, era él el que debería haber aparecido en tu puerta, y no Raúl. ¿Sabes? Creo que siempre se trató de él.

»Yo soy la responsable de todo esto —continuó, llorando ya a lágrima viva—. Yo soy la que a lo largo de los años me encargué, de forma consciente o no, de hacer que Manu creyera que no era lo suficientemente bueno para ti —sollozó. Debería haberme enfadado por lo que estaba diciendo, pero no me quedaban fuerzas—. Solo quería verte feliz y que encontraras a alguien. Pero me equivoqué, a lo mejor ese alguien siempre estuvo ahí... No te enfades con él, enfádate conmigo.

Me encontraba emocionalmente exhausta, y ni siquiera me atrevía a mirar a Manu, pero reuní los restos del humor que en un tiempo fueron mi seña de identidad para contestar a Julia:

—Así que te dedicaste a jugar a ser Zeus.

Manu había sido mi amor platónico, pero yo jamás había albergado la esperanza de que se fijara en mí. Me había enamorado del hermano de mi mejor amiga años atrás, encaprichado más bien, como la cría que era, pero nunca lo había visto de verdad. Durante años habíamos compartido momentos de una forma casual e incluso estúpida y, aun así, recordaba esos ratos con cariño. Pero esto... todo esto era demasiado para mí.

—No estoy enfadada contigo —dije en voz alta, y solo entonces me atreví a posar los ojos sobre él.

Manu continuaba allí, inmóvil y más pálido que nunca. Él no había querido que Julia me contase nada, quizás porque creía que su hermana siempre había llevado la razón y no era bueno para mí.

Al comprender que hablaría por fin con él, Julia se inclinó sobre mí y me abrazó.

—No seas dura con él, Nadia —susurró en mi oído—. Guarda tus reproches para mí, por favor. Soy yo la que los merece.

Aún sollozaba, y sé lo mucho que le costó alejarse de mí y marcharse a su apartamento.

—Pasa —le dije a Manu, cuando ella se hubo ido, y él todavía pareció dudar.

Pero luego su expresión cambió y dio un paso en mi dirección, y luego otro, y otro más. Cuando quise darme cuenta, lo tenía frente a mí, muy cerca, aunque no me tocó. El silencio nos envolvió y no pude evitar alzar la barbilla en busca de sus ojos.

Tantos años... tantos recuerdos.

—Pitufa —murmuró con un hilo de voz.

Solía llamarme así, pero luego había dejado de hacerlo, ni siquiera sabía cuándo había ocurrido; tal vez cuando me convertí en una mujer con el coraje de contestarle y no quedarme callada.

No tenía claro si quería que me contara lo que había sucedido con Raúl. Ya sabía mucho —más de lo que hubiera deseado—, y al pensar en ello aún me daban ganas de encogerme sobre mí misma y desaparecer. Así que no fue eso lo que pregunté, sino algo muy distinto, algo que de verdad quería saber:

—¿Cuándo?

Suspiró y su mirada recorrió mi rostro con una ansiedad que no había visto en él jamás. ¿Cuándo había empezado a sentirse atraído por mí? ¿Cuándo la indiferencia se había convertido en algo diferente? ¿Cuándo?

—Yo tenía dieciocho y tú trece, pero no fue entonces —se apresuró a aclarar—. Hubiera sido preocupante de ser así. Eras solo una niña, y un día apareciste en la puerta de mi dormitorio, en casa de mis padres. Te quedabas a dormir esa noche con Julia y me pediste prestada una de mis camisetas. En ese entonces Julia debía llevar al menos dos tallas menos que tú; no querías dormir apretada —se rio; solo una breve sonrisa provocada por aquel recuerdo—. Te la dejé, pero nunca

me la devolviste. Hasta que años después, otra noche, volví a verte con ella puesta. Tú acababas de cumplir los dieciocho, y yo seguía siendo mayor que tú, pero... —Hizo una pausa. Sus ojos continuaban sobre mí—. Te recordé que la camiseta era mía y tú me mandaste a la mierda con tanto descaró que tuve que dejarte que te salieras con la tuya. De repente ya no eras una cría, sino una mujer preciosa y jodidamente respondona, además de divertida, y yo no tenía ni idea de cómo había sucedido.

Su voz vibraba con cada palabra, repleta de emociones que yo solo empezaba a vislumbrar. No podía creer que durante todo este tiempo él hubiera sentido algo por mí.

—Pero, luego... —No me atreví a continuar. Pensé en los años que hacía de aquello, al menos ocho.

—No sabes cómo lamento lo de Raúl. No debí confiar en él, no tenía que haberle contado nada de ti... Siempre ha creído que entre Laura y yo hubo algo mientras salía con él, pero te juro que jamás pasó nada —aseguró, y yo le creí. Después de todo lo ocurrido, no tenía sentido que mintiera, y la desesperación que empañaba su voz me convenció de que decía la verdad—. Creo que vio la oportunidad de devolverme una afrenta que nunca tuvo lugar y la aprovechó. Estoy bastante seguro de que fue él el que invitó a Laura a la fiesta. Raúl sabía lo que significabas para mí, yo se lo dije. Y te hizo daño a sabiendas...

Se me entrecortó la respiración. Cada vez que lo pensaba, dolía. Era retorcido y cruel.

Él se arrodilló frente a mí, cauteloso, pero tampoco entonces me tocó. Fui yo la que levanté la mano y la llevé hasta su mejilla. La sombra de una barba incipiente me raspó la palma, y él se encogió al percibir la caricia.

Era consciente de lo que había sentido por él en el pasado, pero no se parecía en nada a lo que sentía ahora, al murmullo bajo que había despertado en mi pecho en los días posteriores a Nochevieja, a lo reconfortante que resultaba su presencia a pesar de todo y de todos.

—No necesitabas a un capullo como yo a tu lado para ser feliz, tú ya lo eras, Nadia —aseguró, y recordé la defensa de mi soltería que había hecho frente a Julia—. Pero luego te vi con él y parecías estar bien. No me gustaba, pero se trataba de ti y de tu felicidad.

Así que había sido eso; su recelo al vernos juntos, la desconfianza, sus extraños enfados, incluso en Nochevieja, cuando había perdido los papeles y casi me había contado lo sucedido con Raúl y su exnovia.

—Soy tan imbécil que creo que en el fondo sabía lo que ocurría, pero no te dije nada... Nunca quise que sufieras, Nadia, era lo único que no soportaba que sucediera.

Se había callado a pesar de todo, al margen de sus sentimientos, solo porque creía que Raúl me ofrecía algo que él no podía darme, que estaba bien con él. Esa certeza me traspasó el pecho y me dejó sin aliento.

—Quería que fueras feliz, aunque no fuera conmigo.

—Ya era feliz, Manu —respondí, no como un reproche, sino porque era la verdad—. Os tenía a vosotros, y podía haberte tenido también a ti.

Era extraño pensar en un «nosotros». Quizás hay un momento para cada cosa y cada historia. Tal vez Manu y yo no habíamos sido en el pasado, pero pudiéramos ser... ahora. Yo era otra persona, una muy diferente a la que había sido al acabar el año y también a la que fui después de que este diera comienzo, y al mirarlo me descubrí sintiendo cosas que no creía haber sentido antes, ni por él ni por nadie, ni siquiera por Raúl.

Sus labios se movieron, pero no salía nada de ellos. Los tenía a centímetros de los míos; sin embargo, habían estado prohibidos durante años. Me pregunté si él pensaría lo mismo de mí.

Nuestras miradas se enredaron un instante, familiares, como dos viejos amigos que vuelven a encontrarse; pero a la vez diferentes, ansiosas, exigentes y soñadoras.

—Déjame que lo arregle, por favor —suplicó, y durante un breve instante me horrorizó creer que hablaba de Raúl—. Déjame que te bese de verdad.

No esperé; en un impulso, lo besé yo. Nuestras bocas se encontraron a medio camino y temblé al sentir la caricia de sus labios, la ternura, su sabor y su lengua deslizándose para reclamar la mía. En el pasado, había imaginado muchísimas veces un momento así, pero ni en mis mejores sueños hubiera sido capaz de comprender lo bonito que en realidad podía ser, lo que me haría sentir. Acunó mi rostro con las manos y continuó besándome, murmurando mi nombre en una letanía sin fin, como si no terminase de creerse que estaba allí, compartiendo ese instante con él.

Nos separamos temblando, pero sonreímos; él, sin arrogancia, casi como un niño, y yo, de verdad, con el corazón roto por todo lo que había sucedido, pero sintiendo que había un mañana y que sanaría con el tiempo.

El círculo se había cerrado y estábamos de vuelta en el punto de partida, solo que todo era diferente. Él, yo. Nosotros.

—¿Después de tanto tiempo?

Cité una parte de *Harry Potter* que sabía que reconocería y que no podía ser más adecuada para aquel momento. Manu rio, soltó una carcajada sincera que agitó mi estómago y rellenó un poco el vacío de mi pecho.

—Siempre —contestó, y tuve que volver a besarlo.

Epílogo

Había creído que las cosas serían raras entre Manu y yo, pero no fue así. En los siguientes meses nos vimos con regularidad, casi a diario. Nunca llamé a nuestros encuentros citas, no lo eran y yo no quería que lo fuesen, solo éramos dos personas que se habían querido en silencio durante años y nunca habían dado un paso al frente para ir más allá. Nos conocíamos, pero durante esos días también nos redescubrimos, y fue maravilloso. Él perdió el miedo a no ser suficiente y yo comprendí que siempre había sido sencillo estar con él, no tenía que pensar o hacer un esfuerzo por ser yo, simplemente lo era.

Manu seguía mostrándose descarado, me tomaba el pelo y las burlas entre ambos empeoraron, pero esa pasión que despertábamos el uno en el otro se trasladó también al terreno físico.

—Ven aquí, pitufa. —Me alzó en vilo y me llevó en volandas hasta el baño.

Al cabo de unos segundos estaba metida en la ducha con la ropa puesta y un chorro de agua caía sobre mí.

—¡Manu, joder! —protesté, pero no sirvió de nada.

Él reía a carcajadas. Nunca lo había visto tan feliz, y su felicidad hacía eco en mi pecho de una forma deliciosa.

—Hueles mal —aseguró, riendo, y acto seguido se metió en la ducha conmigo también sin desvestirse.

Mis quejas cesaron cuando deslizó una mano por mi cuello y me acercó con suavidad hacia él. Sus labios estuvieron enseguida sobre los míos, cálidos y decididos, y se demoraron en mi boca un buen rato.

—Me encantan las duchas contigo —afirmó, entre beso y beso—. Me encanta todo contigo.

Manu era rudo cuando quería y dulce cuando lo necesitaba; lo adoraba por ello.

Sus dedos retiraron los tirantes de mis hombros y mi camisón cayó al suelo de la bañera. Sus cejas se arquearon al comprobar que no llevaba ropa interior; su mirada se incendió.

—Eres una rebelde —se burló.

—Y a ti te encanta que sea así.

Me besó de nuevo mientras farfullaba un «no sabes cuánto» y sus manos avanzaron por mi piel.

—Voy a hacerte el amor aquí mismo si te parece bien. Aunque creo que aún no hemos estrenado la cocina...

No creía que fuésemos a tardar en hacerlo, incluso Julia se había quejado de nuestra «fogosidad». Mi mejor amiga había celebrado nuestra relación con una alegría desbordante, aunque había pasado semanas pidiéndonos disculpas por lo sucedido; le dijimos que lo olvidara, eso era lo que queríamos, olvidar y seguir adelante.

Raúl contribuyó a ello mudándose. No volví a verlo, yo no lo intenté y él tampoco hizo nada por darme una explicación. Dolía y, aunque me costó, traté de asumirlo como la mentira que había sido.

Manu no era mi mitad —ahora más que nunca entendía que yo era una persona completa—, se había convertido en mi amigo, mi amante y mi compañero. Salía con sus amigos de vez en cuando, aunque mucho menos que antes, y yo continuaba quedando con Julia, riendo con Marco o dándome un atracón de series siempre que quería, a veces juntos y otras separados.

Nos queríamos; se lo había susurrado una noche al oído, sin titubeos ni miedos, arropada entre sus brazos, y él me había correspondido con un dulce «te amo» y una lluvia de besos. No éramos la mitad de nada, éramos nosotros, juntos, y Zeus había quedado desterrado de nuestras vidas para siempre. Yo le decía «¿En serio?» y él sabía lo que contestar, pero, más allá de eso, sabía lo que significaba.

Enrosqué una pierna en su cadera y él se hundió en mí con un gemido.

—No voy a cansarme de esto nunca —murmuró, y supe que no se refería solo al sexo.

Hubo caricias, más besos y risas que salían de lo más hondo de mi corazón, ese que Manu había logrado volver a recomponer gracias a su sinceridad y una paciencia infinita.

Éramos, simplemente, y me gustaba ser con él.

—No te has puesto preservativo —le recordé, aunque ambos nos habíamos hecho pruebas y estábamos más que sanos.

—Lo haré si quieres que lo haga.

Volvió a hundirse en mí y tuve que esforzarme para comprender lo que estaba insinuando.

—Si no quieres tener a una pequeña Nadia corriendo a tu alrededor, sí.

Me embistió de nuevo, aún más profundo, y sonrió. Yo jadeaba.

—Quiero tenerte un poco más para mí solo. —Salió de mí y sus manos acunaron mi rostro—. Pero más adelante...

Me reí, pero no de él, sabía que lo decía completamente en serio. Reí de felicidad.

—Vamos a llegar tarde —le dije, mientras me mordía el hombro. Julia se casaba ese día con Álvaro y yo era su dama de honor. La boca de Manu comenzó a descender por mi pecho y luego mucho más abajo—. ¿Sabes lo de la boda de tu prima Bea? ¿Lo que estaban haciendo Álvaro y tu angelical hermanita mientras todos estábamos en la ceremonia?

Manu rio contra la piel de mi estómago, haciéndome cosquillas, y supuse que sí lo sabía.

—¿Me estás retando? Porque puedo ser mucho más obsceno que mi hermana pequeña, te lo aseguro, sobre todo si es contigo. Siempre contigo, Nadia.

FIN

Agradecimientos

Antes que nada, a ti lector, que tienes esta novela entre las manos, gracias, nada de esto sería posible sin ti. Eres tú el que hace de cada historia una realidad, todos vosotros. Gracias por vuestro tiempo, vuestros comentarios, vuestros mensajes, por enamoraros y soñar conmigo.

A mis chicas H: Nazareth Vargas, Yuliss M. Priego, Tamara Arteaga y María Martínez. Por estar siempre junto a mí y convertir el camino en algo mejor. Por las risas y el cariño. Sois las mejores.

A Cristina Martín. La literatura me ha dado muchas cosas buenas, una de ellas eres tú. Gracias por tu amistad y por estar siempre que te necesito. Nunca te lo agradeceré lo suficiente.

A mi editora, Esther Sanz, por confiar en esta historia, por su buen hacer y por tratarla con tanto cariño.

Y, por último, a los blogueros, cuya labor es impagable. Gracias por vuestros comentarios y reseñas.

¿TE GUSTÓ ESTE LIBRO?

escribenos y
cuéntanos tu opinión en

 /Sellotitania  /@Titania_ed

 /titania.ed



#SiSoyRomántica